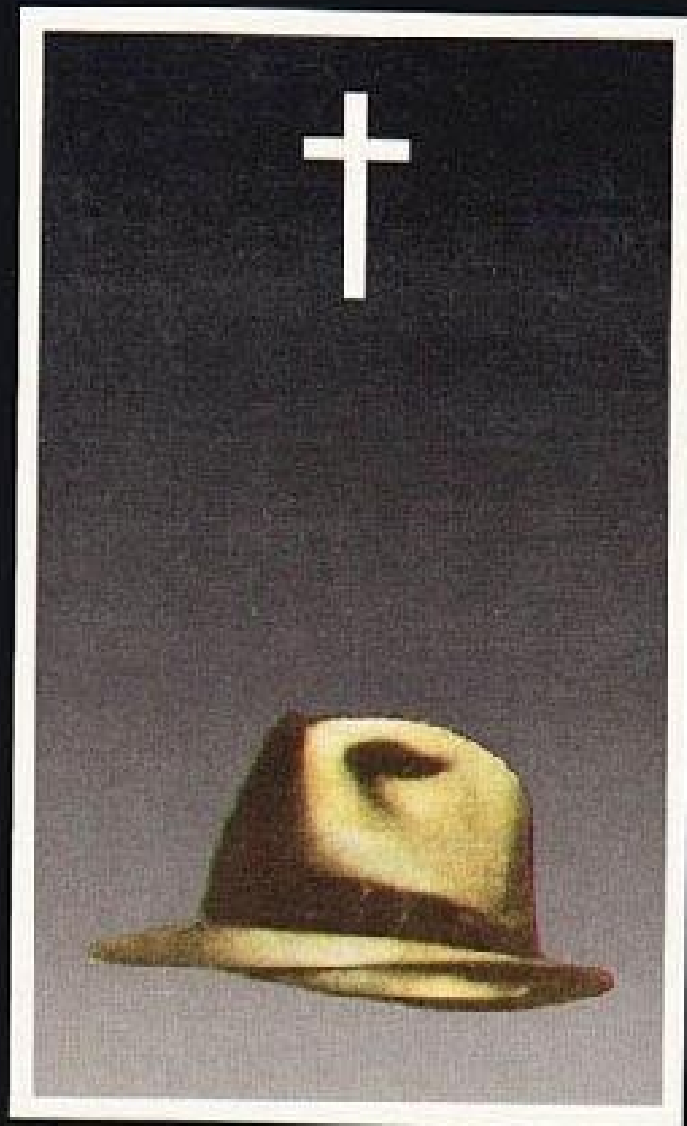

W. R. BURNETT
NADIE VIVE ETERNAMENTE



E T I Q U E T A



N E G R A

Lectulandia

Nadie vive eternamente es una excelente síntesis de la temática de Burnett, de su lenguaje cortante en las descripciones y de la habilidad en la construcción de los personajes secundarios. Es también una revisión de sus temas favoritos: el gángster, la fidelidad, la soledad.

Lectulandia

W. R. Burnett

Nadie vive eternamente

Etiqueta negra - 77

ePub r1.0

Titivillus 20.11.16

Título original: *Nobody lives forever*
W. R. Burnett, 1943
Traducción: Roberto de Pola
Cubierta: Juan Cueto y Silverio Cañada
Ilustración de cubierta: Jorge Argüelles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LIBRO I

1

Doc Ganson era un hombrecillo delgado de unos cuarenta y cinco años. Tenía el cabello negro, como de indio, y muy pálida la afilada y huesuda cara. Aunque no era en modo alguno defectuoso, presentaba a primera vista un aspecto de deformidad; a veces solían llamarlo jorobado. Tenía boca de labios delgados y firmes, y, debido a la palidez del rostro, sus ojos parecían asombrosamente renegridos y brillantes.

Doc estaba de pie junto a la ventana de su miserable cuartucho de hotel en Los Angeles, mirando, malhumorado, a la calle. Una densa niebla de junio borroneaba las luces y flotaba lentamente entre los edificios, empujada por un suave y variable viento. Más allá de las techumbres, Doc veía el dorado fulgor del barrio chino, de aquel barrio chino de los turistas, lleno de restaurantes y almacenes que remedaban tiendas orientales.

Detrás de él, Shake Thomas leía el programa del hipódromo. Doc se volvió, fastidiado.

—Espero que habrás encontrado un buen caballo ganador —dijo, sonriendo sarcásticamente.

—Sí —contestó Shake, echándose atrás el sombrero, aquel sombrero que raras veces se quitaba—. Hay uno que parece bueno en la tercera carrera de Aqueduct. Lo único que necesito ahora es dinero para apostarle.

—Lo único que necesitamos todos es una buena comida —dijo Doc—. ¿Dónde está Windy? ¿Dónde dijo que iba? No me gusta pensar que esté vagando solo. Podría ocurrírsele asaltar a alguno. Cuando está hambriento es difícil de manejar.

—No me importa si lo hace y le sale bien —dijo Shake—. Es como entre los romanos. Lo prohibido no es robar sino dejarse sorprender. Como aquel muchacho que ocultó el tejón bajo su camisa, y al que el animal le comió las tripas...

—Era un zorro —dijo Doc—, y el muchacho era espartano y no romano. ¿Será posible que jamás digas las cosas bien?

—Cinco dólares a que era un tejón —dijo Shake, ofendido por el tono de superioridad de Doc.

Shake había pasado en diversas prisiones doce años de los cuarenta que tenía, y leído centenares de libros; se consideraba, pues, toda una autoridad. En la profesión lo conocían por el mote de «Shakespeare», debido a sus muchas lecturas, y el hombre se tomaba el apodo muy en serio.

Era un individuo corpulento y plácido, de papada y prominente barriga. Parecía muy avejentado debido a los años pasados en la cárcel. Era calvo, usaba gafas y llevaba la dentadura superior postiza. Jadeaba después de hacer el más leve ejercicio y dormía más de doce horas al día; cuando se hallaba despierto, se le encontraba estudiando un programa de carreras o leyendo un libro... cualquiera. Para él, la palabra impresa era palabra impresa. Se hundía durante horas enteras en la lectura de una anticuada historia de la ciudad de Los Angeles, comprada por diez centavos en

una librería de viejo. En él, la lectura era sustitutiva del vicio.

En una época se había destacado entre los lectores. Tenía una agradable inclinación para el comercio; era de aspecto bonachón, honesto y responsable; además, era muy diestro en sacarle el jugo a los tontos. Había logrado algunos éxitos de resonancia, pero una combinación de falta de constancia y de apatía lo llevó a la ruina; empezó a ser arrestado continuamente, y, por último, hasta empezó a dejarse condenar. Una temporada que pasó en una severa prisión del Sur completó su ruina. Y, desde entonces, no sólo estaba fuera de moda, sino totalmente falto de recursos. Sin embargo, aquello no parecía preocuparle mucho.

—¡Conque quieres jugarte cinco dólares! —sonrió Doc—. ¡Basta de hacer el payaso!

—Pues... ¡algún día habré de tenerlos! ¿No? ¿Qué pasa? ¿No confías en mí, Doc?

Doc se dejó caer en una silla y se quedó mirando ceñudamente el piso, pasando por alto las observaciones de Shake. Hubo una larga pausa, y el cuarto quedó sumido en una tranquilidad tal que los ruidos nocturnos de la enorme y animada ciudad empezaron a hacerse oír con intensidad cada vez mayor.

Por último, Doc observó, como hablando para sí:

—Si sólo pudiéramos hallar alguna forma de acercarnos a aquella ricachona...

Shake se estremeció, levantó la vista del programa de carreras y suspiró:

—Sí —dijo, moviendo con pesadez la cabeza—. La tía aquella tiene más de un millón de dólares. ¿Te lo imaginas? ¡Se me pone la carne de gallina con sólo pensar en ella!

Doc alzó la cara y se quedó mirando la sucia y desgarrada alfombra. Aquella ricachona sólo era para Shake y su otro compinche, Windy, un sueño rosado e imposible. Mas para Doc constituía una esperanza real y brillante. Cuando las perspectivas le parecían más negras, se sentaba, y, plácidamente, se obligaba a pensar en ella; volvía y revolvía en su imaginación planes para aliviarla de una cantidad de dinero que lo pusiera a salvo de los oscuros días futuros por los que siempre se sentía amenazado. A veces llegaba a odiar a aquella afortunada mujer que tenía todo cuanto deseaba; dinero y el respeto de cuantos la conocían. A Doc le parecía injusto que ella pudiera pasearse con la conciencia tranquila, gozando del presente y capaz de no hacer caso del futuro, mientras que él apenas podía conseguir lo bastante para comer y se veía destinado al asilo de caridad, y, en última instancia, a la fosa común.

A aquella mujer no la conocía siquiera personalmente; sólo había oído hablar de ella. En toda la región, a Doc apenas le quedaba una relación respetable: era la de un hombre que vivía en Los Angeles, bastante próspero, gerente de la casa de apartamentos más lujosa del barrio de Wilshire. Doc lo había encontrado un día en la calle; en realidad, el hombre lo había interpelado. Habían sido compañeros de colegio. Convidó a Doc a tomar un trago y conversaron de tiempos pasados. Hacía años que se perdieran de vista, y el amigo —Charle Evans—, nada sabía de la

continua lucha de Doc contra la justicia. Doc le dijo que había abandonado su profesión por razones de salud y que por entonces estaba negociando en propiedades raíces en California; hasta llegó a confesar que aquellos negocios eran terribles. En épocas pasadas, Evans había tenido fama de avaro, en el colegio, y Doc se divertía en verlo negarse a responder a los sablazos. Sin embargo, terminó pidiéndole veinte dólares, y se rió para sí al ver lo aliviado que se sintió Evans al enterarse de que la suma pedida era tan modesta.

A Evans lo veía de cuando en cuando y siempre le costaba dinero a éste, pero las cantidades eran tan pequeñas que no le importaba. Le gustaba conversar con Doc del pasado. Una noche, después de un par de vasos de cerveza, sintiéndose ligeramente amodorrado, Evans le habló a Doc de la señora Halvorsen, su principal inquilina. Era una viuda de unos cuarenta años, de excelente aspecto y con millón y medio de dólares.

—Si fuera guapo, trataría de casarme con ella —dijo, riendo—. Es toda una dama; cortés y considerada. No conoce a un alma aquí. Su marido murió en Minneapolis y le dejó todo el dinero; negociaba en harinas, y debió conocer su oficio, si se considera lo que ganó. Era inválido y bastante mayor que ella, quien lo cuidaba con afán. En resumen, es una de esas mujeres que...

Doc sonrió con cinismo.

—Sí —dijo—. ¡Hasta yo mismo buscaría a un hombre de ésos y me dedicaría a cuidarlo!

Evans se rió apreciando el chiste, pero meneó la cabeza.

—Comprendo lo que quieres decir. Pero no creo que haya sido ése el caso. Es una mujer maravillosa... y solitaria. Va al cine sola, come sola. Es triste, desde cierto punto de vista. La presenté a unos señores que viven en casa, solterones de cincuenta años. Pero a ella no parecen importarle. A menudo la invito a mi mesa. De cuando en cuando come conmigo por la noche. Nunca tiene mucho qué decir. A decirte verdad, temo que no le intereso lo más mínimo. No sé... —prosiguió, suspirando, como si con ello lo resumiera todo.

Doc volvió a sonreír.

—Quizá tanto tú como aquellos cincuentones no seáis lo que ella busca. ¿Por qué no pruebas conmigo?

Evans se rió y palmeó a Doc en la espalda. Doc se apartó bruscamente —no le gustaban las intimidaciones— pero se repuso con tanta rapidez que Evans, que de todos modos era algo obtuso, no advirtió el movimiento. Doc había tenido fama de ser «un demonio para las mujeres» en el colegio y Evans consideró que decía un chiste muy gracioso al contestarle:

—No podría hacerlo. Me tomo muy a pecho los intereses de la pobre señora.

Doc se rió. Aunque perdía gran parte de su tiempo tratando de engañarse a sí mismo, aún tenía una idea aproximada de sus limitaciones; jamás tendría la menor oportunidad de lograr un éxito con la elegante señora Halvorsen.

Pero aquella mujer rara vez se alejaba de sus pensamientos. Y Doc empezó a buscar a Evans tan a menudo, que el gerente de la casa de apartamentos empezó a eludirlo. En el interés de Doc por la señora Halvorsen había algo que lo intrigaba y le preocupaba. Además, su amigo Doc, que solía ser una buena pieza, había cambiado. Cuando más a menudo lo veía Evans, menos le gustaba y confiaba en él. Empezó a eludirlo y a verlo sólo cuando decentemente no podía volverle la cara.

Doc se sentó tan repentinamente que Shake dio un salto. Doc siempre lo había asombrado con sus movimientos abruptos e inesperados.

—Mírame las ropas —dijo amargamente—. ¿Cómo podría salir con una señora con esta traza?

Shake se quedó mirándolo; luego comprendió. ¡Qué extraño era su amigo, haciendo planes para apoderarse de aquella candidata millonaria!

—De nada te valdría —contestó, sin tacto—. No se prendería de ti.

—Pues muchas lo han hecho.

—Yo no lo he visto, Doc. Basta de bromas.

Doc ardió en silencio. La ambición de su vida era brillar a los ojos de las mujeres; en realidad, una mujer fue quien lo había empujado por la pendiente. De buena gana habría matado a Shake. Le echó una mirada que molestó al gordo. Shake era cobarde, y a veces temía mucho a Doc.

—No quise molestarte —dijo, sonriendo para aplacar al amigo—. Estaba bromeando.

Doc rechinó los dientes, pero nada dijo, y Shake se quedó meneando lentamente la cabeza.

—Es inútil, Doc. Sería mejor que nos olvidáramos del asunto.

Hubo una larga pausa. Sólo los coches rompían el silencio con sus bocinas. Por último, Doc se levantó y echó a andar de un lado a otro de la habitación. Habló con amargura.

—Basta para darle a uno ganas de ahorcarse. Una candidata como ella, suelta, y nosotros sin un dólar. Ni perspectivas, siquiera. Nada.

Doc volvió a la ventana y se quedó mirando a la neblina. Una negra depresión se apoderó de él. Se puso a temblar. Con una breve exclamación, se metió apresuradamente en el cuarto de baño y echó la llave a la puerta.

Shake meneó tristemente la cabeza.

—¡Otra vez! —dijo para sí—. Si tuviera criterio, abandonaría esa idea. Es absurdo. A cualquiera se le ocurriría que un médico sabría mejor lo que hace.

Y chasqueando la lengua, recogió el programa de carreras y se puso a estudiarlo.

—También le está faltando la droga —dijo Shake, casi en voz alta—. Cuando la haya terminado toda se verá imposibilitado para pagarla y saldrá a husmear por las farmacias.

Al rato, Doc salió del cuarto de baño y volvió a la ventana. Se le habían sonrojado las mejillas. Parecía estar mejor.

—No voy a abandonar la idea —dijo sin volverse—. Aunque tenga que entrar en contacto con los muchachos para acogerla y quitarle los brillantes y los abrigos de pieles.

Shake dejó el programa de carreras.

—No te exaltes, Doc.

—Estoy cansado de vivir así. Alguna vez hay que arriesgarse.

—No te salgas de tu especialidad.

Doc se volvió. Le brillaban los ojos. Shake se sentía muy molesto cuando Doc se mostraba así; parecía peligroso, y lo era.

—Estamos en un bonito lío —gritó—. Si perdemos esta candidata...

—Descansa, Doc. Lo único que podemos hacer es perderla.

Doc se sentó, pero se puso en seguida de pie de un salto y echó a andar por la habitación.

—No quiero abandonar. Proyectaré un plan aunque me cueste el pellejo.

En el preciso momento en que Shake estaba a punto de pronunciar unas palabras apaciguadoras, se abrió la puerta y entró Windy Mather. Era un hombre corpulento, de anchos hombros y expresión de inmovible estupidez. En general era de bastante buen carácter, pero necesitaba ser manejado con cuidado. Era un viejo matón que había trabajado para varias pandillas en el Este. De joven, había sido luchador profesional; tenía la nariz rota y una oreja arrepollada. Mas por entonces, a los cuarenta y tantos años, estaba ya demasiado gordo, aunque era todavía lo bastante fuerte para hacer frente a seis hombres.

Cerró la puerta tras de sí, y, sin decir palabra, se dirigió al centro de la habitación y se quedó sonriendo a los presentes.

—¿Qué hay? —dijo Doc con impaciencia.

Cuando Windy sonreía así, era que había pasado algo. Doc se sintió vagamente esperanzado. Aún sonriente. Windy sacó un pequeño rollo de billetes del bolsillo y lo blandió.

—¿Veis?

—¿Cuánto es? —preguntó Doc.

—Treinta y tres dólares.

—¿De dónde los sacaste?

La boca de Windy se abrió en una amplia sonrisa. Siempre le costaba mucho expresarse, y generalmente lo hacía en monosílabos. Su avergonzado silencio le había valido el sobrenombre.

—Esa señora... la ayudé.

—¿Qué señora?

—Es que ella quería deshacerse del tipo, ¿sabes?

—¿De qué tipo?

—Del tipo que estaba con ella. El tipo armó un escándalo, ¿sabes? La vi salir con él de la casa.

—¿De qué casa?

—De allí donde estaban.

—¡Oh, basta! —exclamó Doc—. Dame el dinero.

Windy iba a protestar, pero Doc le quitó el rollo y se lo metió en el bolsillo. Windy frunció el ceño, después de lo cual sonrió. Doc le estudió la expresión por un momento.

—¿Con cuánto te quedaste?

—Windy se sonrojó.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Me quedé con unos dos dólares.

Shake se levantó y le puso la mano en el hombro.

—Oye, Windy. ¿Te buscan por eso?

—No. Fue fácil. Era una mujer espléndida. Quería que fuese a su casa con ella.

Doc se rió.

—Probablemente quisiera quitarte el dinero que te dio. Alguna vez te vas a meter en un lío.

—Soy cuidadoso —dijo Windy, sonriendo.

Ninguno de ellos habló hasta que hubieron terminado de comer. Se quedaron sin hacer caso el uno del otro. Una espesa neblina algononaba las borrosas ventanas del restaurante. Al lado del mostrador, un gramófono tocaba una canción triste y sentimental.

De pronto, Doc corrió su silla y suspiró.

—Me siento mejor.

—Sí —dijo Shake, limpiándose cuidadosamente la boca con la servilleta y alejando de sí su plato vacío—. Yo también.

Windy siguió comiendo en estólido silencio.

—Miradlo —dijo Doc—. Podéis estar seguro de que es la segunda vez que come. Se atiborró antes de darnos el dinero. ¿No es cierto, Windy?

—Sólo comí un emparedado, Doc. Bueno, digamos dos emparedados. Tenía tanta hambre que no pude contenerme cuando pasé ante uno de esos restaurantes y vi gente comiendo.

Doc sacó un par de cigarros, entregó uno a Shake, los encendieron y fumaron en silencio. Por fin, Windy terminó de comer y soltó un ruidoso suspiro, después de lo cual hizo chasquear los dedos.

—Doc.

—¿Qué?

—Tenía algo que decirte.

—Piensa intensamente.

—Ya recuerdo. Me encontré con Gyp Connors. ¿Lo recuerdas?

—Es un tipo de cuidado. Un canalla.

—No sé. Pues me encontré con él. Me dijo algo. Ese tipo importante está en la ciudad.

—¿Qué tipo importante?

—El jefe. El de Florida.

—Doc se sobresaltó.

—¿Quién? ¿Jim Farrar?

—Ese mismo. Gyp jura haberlo visto en automóvil.

Doc y Shake cambiaron una mirada. Ambos habían trabajado con Jim Farrar en épocas pasadas. Shake se rió con buen humor.

—¿Qué opinas de eso? Es el mayor odio de Doc.

—¿Quién? —preguntó Windy, mirando de uno al otro—. ¿El jefe?

—¡Cuernos el jefe! —exclamó Doc con amargura—. Lo único que tiene es que ha pasado por una época de suerte. Pero ya se le pasará.

—Por ahora no —dijo Shake, riéndose—. Es un verdadero Don Juan, ese Jim. Las muchachas enloquecen por él, y lo ayudan. ¡Maldición!

—Es cierto. ¿Qué verán en ese grandullón que es pura apariencia? —repuso Doc, y se quedó pensativo.

—¿Recuerdas a aquella cantante rubia, Doc? —preguntó Shake—. Aquella que iba a casarse con ese millonario de Nueva York hasta que conoció a Jim Farrar.

Doc se sonrojó levemente. Era la muchacha más bonita que viera en su vida, y no lo había querido mirar siquiera. Y eso que por entonces Doc tenía dinero y vestía de frac. Asintió con la cabeza sin mirar a Shake, perdido en amargas reflexiones.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Windy, con los ojos muy abiertos.

Shake se rió.

—Pues Jim no sólo le quitó la muchacha al ricachón sino que lo alivió de cincuenta mil dólares.

Windy soltó una carcajada.

—Sí —dijo Doc—, pero la muchacha trató luego de volverse contra Jim.

—Eso fue después de que él la repudió.

—¡Canalla!

Doc estaba sufriendo. ¡Imaginarse a un hombre de tanta suerte o capacidad para despedir a una muchacha divina como Rita, la cantante! Antes, Doc habría dado su brazo derecho por ella. Hasta entonces, diez años después, podía verla con la misma claridad, hermosa y deseable.

—¿Qué crees que está haciendo aquel individuo por aquí? —preguntó Shake—. Su protector oficial debe estar cerca. Jim no trabaja sin soborno. Es como dijo Napoleón...

—¡Al diablo Napoleón! —explotó Doc—. Sea lo que fuere lo que haya dicho, no lo comprenderíais. Quizás esté huyendo.

—¿De qué?

—No se puede saber.

Doc vaciló, quedó perdido en sus pensamientos, y, de pronto, se sobresaltó. Por sus ojos pasó un brillo tan intenso que por un momento Shake se figuró que había enloquecido.

—¡Ése es nuestro hombre! —exclamó Doc.

—¿A qué te refieres? —preguntó Shake.

Doc silbó de impaciencia.

—¿No comprendéis? Jim es el hombre indicado para timar a la viuda rica. Es su especialidad.

Shake parpadeó; luego sus labios se entreabrieron en una amplia sonrisa.

¡Qué sabes tú!

—No tengo por Jim la admiración que le tienen otros —dijo Doc—. Pero éste es un bocado para él. Tiene éxito con las mujeres, de eso no cabe la menor duda.

Y se restregó las manos, sonriente.

—No me gusta el individuo —prosiguió—, pero esta vez necesitamos de él, y yo me uniría hasta con Hitler si no pudiera trabajar de otro modo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Windy, mirando de uno al otro.

No le hicieron caso. Doc, preocupado, seguía con su idea. Shake se quedó mirando. Por último, se le desvaneció la sonrisa y meneó la cabeza.

—No, Doc. Estás engañándote a ti mismo como lo has estado haciendo en todo este asunto, Jim no trabajaría con nosotros. Nos echaría a patadas si lo localizáramos.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Usa el entendimiento. Parecemos desarrapados. No tenemos dinero. ¿Cuál sería tu propuesta? Jim proporciona el dinero para las apariencias, hace el trabajo y comparte las ganancias con nosotros. No es razonable.

—¿Cuántos millonarios tontos encuentras? ¿Y cuántas señoras, en particular? Lo único que tenemos que hacer es localizar a Jim. Yo lo buscaré.

—Ni quiero pensar en eso. Con la mala suerte que he estado teniendo últimamente, no lo conseguiría.

—Busquemos a Pop Gruber. Si alguien sabe dónde está Jim, tiene que ser él —dijo Doc, levantándose de un salto, brillantes los ojos de entusiasmo.

—¿Os proponéis trabajar con el jefe? —preguntó Windy, mirándolos.

—Claro que sí.

Windy soltó una carcajada.

—¡Vaya una bobada! Nosotros, ¡vulgares desarrapados!

—Ya veremos —dijo Doc.

2

Pop Gruber era conocido por ser «un tipo raro». Era un hombrecillo delgado, nervioso, de unos sesenta y tantos años; de buen color y ojos brillantes, y parecía como si fuera a durar siempre. Podía tomársele por un librero de ciudad pequeña, y, sin embargo, aparte de «trabajos» violentos, había llegado hasta el crimen. Cuando era vendedor de diarios, en Indianápolis, había aprendido el oficio de ratero; luego, ascendiendo siempre en la profesión, se había convertido en ladrón de hoteles, de tiendas, y por último había entrado en una gran pandilla y prosperado hasta un punto tal que durante dos años se retiró de las actividades. Pero le fue mal cuando Denver fue muerto por Van Cise; lo apresaron, lo juzgaron y condenaron, después de lo cual se le envió a prisión por largo tiempo. Al salir era ya un viejo y lo bastante inteligente para darse cuenta de ello. Los grandes «negocios» estaban ya fuera de su alcance. Consiguió un poco de dinero y se fue a California, donde se hizo popular en las calles de Los Angeles.

Todas las noches claras aparecía en alguna esquina de los barrios bajos con un trípode y un telescopio. Por diez centavos mostraba a la gente la Luna, Saturno o algún otro objeto celestial de interés. A la gente le gustaba aquel viejecillo simpático, de aspecto inocente. De cuando en cuando robaba a algún borracho, pero nadie lo sabía sino el agente de policía de la esquina, que compartía con él el producto del latrocinio. Tenía, además, otra forma de hacer dinero. Era una cámara de compensación de información criminal, actividad que no sospechaba siquiera el agente de policía de la esquina; Pop no era confidente, sólo trabajaba con la gente del oficio. Cualquier delincuente que deseara hacer conocer su presencia en Los Angeles a compañeros de trabajo, se ponía en contacto con Pop. Por un modesto estipendio, éste lo ayudaba. Conocía bastantes datos de media docena de grandes delincuentes para hacerlos ahorcar, pero era totalmente digno de confianza y todos lo sabían.

Pop gustaba a los niños. Les mostraba la Luna por el telescopio y les hablaba de modo que ellos podían entenderlo. Las madres decían que era «un excelente anciano». Mientras Pop estaba con los niños, a veces algún individuo de aspecto sospechoso, buscado por cualquier delito, desde el de violación al de volar cajas fuertes, se mantenía alejado, simulando leer un periódico, esperando poder cambiar alguna palabra con Pop. ¿Dónde estaba asaltando Chicago Louie? ¿Dónde podía encontrarse a New York Blondie? Sonriente, Pop daba la información. Le deslizaban dinero en la mano, y quizás el cliente se allanaba a mirar por el telescopio para solaz de los mansos ciudadanos.

Aunque Pop tenía muchas informaciones con respecto a otros, estaba muy corto respecto a datos relativos a sí mismo. Cuando no estaba en alguna de las esquinas de los barrios bajos, era muy difícil encontrarlo. Solía mudarse con frecuencia. Jamás comía en el mismo restaurante ni bebía en la misma taberna dos días seguidos. En realidad, no tenía motivo alguno por el cual ser tan cauto. Era así por naturaleza, y

cuanto más envejecía, más huidizo se tornaba.

A Doc le costó cuatro días de búsquedas el encontrarlo. Todas las noches Doc maldecía la niebla que caía al atardecer y hacía imposible que Pop consiguiera clientes para su telescopio. La cuarta noche, sopló un fuerte viento que disipó la niebla antes de las nueve. Doc se fue apresuradamente a los barrios bajos. Pop se hallaba en una de las esquinas más concurridas, explicando desganadamente a una joven pareja todo lo relativo a la Luna. La muchacha no dejaba de hacer preguntas. Doc sentía ganas de retorcerle el pescuezo. ¿Qué demonios quería aquella estúpida por diez centavos?

Por fin el joven se llevó a su compañera, entregó a Pop una moneda de veinticinco centavos y le dijo que se quedara con el cambio.

—Gracias, señor —dijo Pop, tocándose el ala del sombrero e inclinándose levemente—. Es usted muy amable.

Doc se adelantó con rapidez y tendió a Pop una moneda de diez centavos.

—Mire usted por aquí, señor —dijo Pop—. Hoy hace luna llena. ¿Es precioso, no?

Doc simuló mirar.

—Tengo entendido que el jefe está en la ciudad.

—¿Sí? —dijo Pop inocentemente.

—¿Estás burlándote de mí?

—No. La información vale bastante.

—¿Cuánto?

—Hemos encontrado una candidata millonaria.

Pop ajustó el telescopio, acercándose más a Doc.

—Es inútil, Doc.

—¿Por qué?

—Se ha retirado. No trabaja más.

—¿Está en la ciudad?

—Estoy informando a todo el mundo. Ha dado un gran golpe y se retira.

—Es que la oportunidad es grande, y se trata de una señora. Es presa fácil para él.

—Es inútil, Doc, y basta.

—Dime una sola cosa: ¿Está en la ciudad?

Pop no contestó. Doc se irguió y se retiró de al lado del telescopio. Una mujer estaba esperando para mirar a la Luna. Doc le deslizó a Pop un dólar en la mano.

—Está bien; está en la ciudad —dijo Doc—. He tenido una buena conversación al respecto. Esto vale mucho para ti, Pop.

Pop ajustó el telescopio para la mujer.

—¿Ve usted? Hoy hace luna llena. ¿No es precioso? —dijo, sonriéndole a la mujer, que miró y exclamó—: «¡Oooh! Parece extraña cuando se la ve tan bien».

Pop se retiró.

—Es inútil, Doc. Vete. De un momento a otro viene el policía.

—¿Dónde estarás más tarde?

Pop vaciló.

—Puede que vaya a tomar un trago a casa de Maxie a eso de medianoche.

Doc se volvió y se alejó.

—¿Qué son esas arrugas tan extrañas? —preguntó la mujer.

—Montañas y valles, señora, como los nuestros, sólo que la Luna es cosa muerta; nadie vive en ella.

La mujer se estremeció y se echó hacia atrás.

—No me gusta —dijo—. Me siento extraña viéndola sola en el espacio.

Pop asintió comprensivamente. Él también se sentía así, al principio. Pero ya la Luna le era tan familiar como la taberna de Maxie; era como una vieja amiga.

Cuando la mujer se hubo ido, Pop se quedó preguntándose por qué había accedido a tener algo que ver con Doc Ganson. ¿Acaso fuera la expresión «una candidata millonaria»? Hasta el menos fogueado de los rateros pensaría mucho antes de decir semejante cosa. A nadie le convenía mofarse de Jim Farrar. Doc tenía una buena candidata, o estaba loco. De todos modos, Jim había abandonado el negocio. Pop suspiró y se quedó pensando cómo el jefe se había retirado tan de pronto de las actividades.

—Ya me lo imaginaba —musitó Pop.

La noche había sido clara, y el telescopio estaba produciendo bastante. Pero de pronto pareció que el aire se llenaba de humedad, los letreros de neón se pusieron borrosos y cayó la niebla. Pop estaba aún recogiendo sus instrumentos cuando por la esquina apareció el jefe, tan corpulento y rudo como siempre, seguido por Doyle, su picapleitos.

—¡Hola, Pop! —dijo éste—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada, y ¿cómo estáis vosotros?

Mientras hablaban, los astutos ojos de Pop habían advertido que había algo serio que afligía al jefe; no sabía exactamente qué. El hecho de que estuviese retirándose de las actividades, sin embargo, era un indicio seguro. Un hombre que estaba ganando tan bien como Jim Farrar no se retira porque sí.

El abogaducho irlandés también se había portado de modo extraño, como si estuviera molesto. El jefe había dicho:

—Si Ray Slavens aparece por aquí, dile dónde puede encontrarme. A nadie más. Estoy ocultándome.

Entonces le hizo un guiño a Pop, pero no fue un guiño alegre según advirtió el viejo; la mirada de Jim era triste. Y, en seguida, el jefe se volvió y se fue, engullido por la niebla. Pop lo vio desdibujarse mientras desaparecía por una esquina.

—Es lo mismo —musitó Pop—. Una candidata millonaria podría interesarle... y más siendo mujer.

Jim Farrar estaba sentado en un miserable cuarto de hotel con su abogado, John Stanislaus Doyle, más conocido por Johnny el Sacerdote. El jefe estaba borracho y Johnny hacía muecas al mirarlo servirse otro vaso de whisky. Hacía tiempo ya que se sentía preocupado por Jim; algo lo estaba lastimando. El abogado le escrutaba las facciones, como hacía desde meses atrás, para saber qué había modificado su modo de ser. Algunos de los muchachos de Florida —Abe Cole, por ejemplo—, se encogían de hombros diciendo que Jim se había enredado últimamente con una mujer que era la horma de su zapato. Pero aquello era demasiado fácil y común. Johnny estaba seguro de que la cosa era más profunda que eso.

Johnny era considerado como el «culto» de la pandilla, principalmente porque se había doctorado en derecho en una buena universidad del Medio Oeste, y también porque usaba quevedos sujetos con un cordón y tenía un aspecto ascético y sacerdotal. Era de estatura menos que mediana, aunque parecía más alto por lo erguido de su porte. Sus ojos azules parecían fríos y distantes detrás de los gruesos lentes. Era de aquellos individuos capaces de dar escalofríos a los tontos.

Había sido inhabilitado para ejercer su profesión de abogado en Illinois por un supuesto soborno de jurados, pero después de un intervalo decente, algunos de sus amigos políticos habían logrado rehabilitarlo. Sin embargo, las cosas no andaban muy bien para él, de modo que se fue a Florida, donde conoció a Jim Farrar y empezó a prosperar. Tenía cuarenta y tantos años, pero parecía tener diez menos.

Jim se estremeció en su silla y se quedó mirando ceñudo el piso, vaso en mano. Johnny lo examinaba, nervioso. Y en verdad que Jim había hecho cantidad de cosas raras últimamente. ¡Enamorarse de esa muchacha de Chicago, dejar que se riera de él ante sus amigos y luego que lo abandonara! ¡Imaginarse que había dado calabazas a Jim Farrar! Parecía increíble. ¡Por último este tonto viaje a California! Johnny había tenido que emplearse a fondo para conseguir los pasajes del tren. No se le podía hacer comprender a Jim lo de la guerra. ¡Al diablo la guerra!, decía. Para él, era lo de menos. Y no sólo eso. Era peligroso para individuos como ellos andar saltando fuera de su guarida; más aún en el caso de Jim, que llevaba dinero; cerca de cien mil dólares que les había quitado a los candidatos de Florida. Claro está que no lo buscaba la policía. En realidad, a pesar de todo, el invierno anterior había sido para él una buena temporada, sin lugar a dudas. ¡Qué profesional!

Jim era un individuo raro. Casi siempre tenía ganas de hablar de cualquier tema de los que dominaba. Estaba lejos de ser taciturno. Y, sin embargo, podría mostrarse tan hermético como un granjero yanqui cuando alguien quería sonsacarle algo. Fue necesario ir a California. El viaje había sido aburrido, desde cualquier punto de vista. Abe Cole había dicho llanamente que Jim estaba loco por correr ese riesgo, y predijo que el lío acabaría mal. Johnny le preguntó a Jim acerca del asunto, pero Jim eludió la respuesta. No quería decir por qué se le antojaba ir a la costa Oeste. No quería, y

nada más.

Johnny se quedó estudiando a Jim en silencio, observando los ojos, inyectados en sangre, el grisáceo cabello, los rastros de tensión en las facciones, la intranquilidad..., en resumen, el enorme cambio que se registrara en aquel corpulento hombre en los últimos meses.

—Jim —dijo por último—, ¿qué te pasa?

El jefe cambió de posición en su silla, pero nada dijo. Johnny se quitó los quevedos, los limpió enérgicamente y echó una vaga y profunda mirada a Jim.

—Los muchachos han estado hablando mucho de ti últimamente.

—¿Cuándo no lo hacen?

—No me refiero a eso.

—Pues, ¿a qué te refieres?

—¡Oh, no sé! —dijo Johnny evasivamente, arrepentido de haber tocado el tema, pero al rato se resolvió—. Dicen que ya no sirves para nada. Ray Slavens me dijo que casi lo perdiste todo por enfadarte con el candidato. ¡Vaya una cosa la de enfadarse con el candidato!

—Es que era un estúpido. De todos modos, tenía bastantes preocupaciones y aquel individuo quería estar conmigo continuamente. No podía sacármelo de encima. Empecé a creer que el pobre estaba enamorado de mí.

—Eso se debe a tu atrayente personalidad.

—Me hastié. Una noche le dije que se fuera al demonio y me dejara tranquilo. Ray casi se desmayó. Pero al individuo le gustó.

Johnny miró a Jim largo tiempo, en silencio. Siempre lo había envidiado y se había sentido intrigado por él. Es que Jim parecía hipnotizar a la gente. Jamás se había dado el caso de un delincuente como él. Algunas de sus víctimas ni siquiera se enfadaban con él después de la estafa. Varias le volvían a tratar, ¡créase o no!

Jim suspiró y se pasó la mano por la frente.

—Estaba teniendo problemas con Tony.

—Jamás supe cómo esa delgaducha pudo dominarte.

—Para mí no era una delgaducha, Johnny. Sé lo que pensaban de ella los muchachos. Pero era más charla que otra cosa. Ninguno de ellos la conocía.

Johnny se volvió y cerró la boca. La mitad de los amigos de Florida de Jim habían conocido a Tony demasiado bien. Pero el resucitar aquel asunto no podía traer más que inconvenientes.

—¡Qué extraño! —se rió Johnny—. No es de imaginar que un hombre con la fama que tienes tú, enloquezca por una mujerzuela como Tony. Ha corrido de mano en mano por algún tiempo.

—No por mucho. Apenas si tiene veintiún años ahora.

—¿Cuándo dejó de cumplirlos?

—¡Está bien! Reconozco no haber visto su certificado de nacimiento.

Johnny se quedó mirando a Jim y meneó la cabeza.

—¡No te comprendo!

Jim hizo una leve mueca, recordando algo.

—Es que fue una cosa que... ¡Oh, bien! Voy a cumplir cuarenta y dos años. No es como si tuviera veinticinco.

Se levantó y quedóse mirando vagamente la habitación.

—Johnny, he dado mi último golpe.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy hastiado. Basta ya.

—¡Oh, estás borracho!

—No. Estoy harto. Ése es el motivo por el cual estoy en California. Me voy a dedicar al descanso.

Johnny sonrió.

—Estás loco. Muy bien. Tienes sólo cien mil dólares. No te durarán dos años, y tú lo sabes.

—Dos años es bastante tiempo.

—Entonces, ¿qué?

—Te contaré un cuento —dijo Jim—. No tardaré mucho.

Jim dudó y se pasó la mano por la cara.

—Muy bien. Adelante —dijo Johnny con un deje de impaciencia.

—¿Has oído hablar de King, Tom Rodney?

—Claro que sí.

—Era el mayor estafador que haya vivido. Estafó a un duque inglés en cien mil libras. ¡Eso sí que fue un golpe! Era un gran operador con las mujeres...

—Como tú.

—No, no como yo. Soy un aficionado comparado a King. He podido comprobarlo.

—Todos nos equivocamos alguna vez.

—No importa. El hecho es que oí hablar de King desde que llevaba pantalones cortos. Mi padre había conocido a King, y opinaba que era extraordinario. Un día me lo mostró en las carreras. Era un individuo enorme, de hombros anchos y buen aspecto, y llevaba a una muchacha de cada brazo. De esas muchachas por las cuales he dado años de vida; yo era un chico de unos catorce años. ¡Qué hombre! ¡Tenía el mundo a sus pies! Unos veinte años después me arrestaron en Toledo y me metieron en el calabozo mientras averiguaban mis antecedentes. King también estaba allí; era un viejo desarrapado y maloliente, y había sido arrestado por molestar a una muchacha. Tenía cataratas en los ojos y llagas en toda la cara. Gemía al hablar. ¡Jesús!

Jim dejó su vaso y se quedó mirando al piso. Johnny lo miró un tanto boquiabierto, al ver a un Jim Farrar que nunca viera antes y que nunca imaginara.

—Después de encapricharme con Tony —prosiguió Jim, como hablando para sí—, empecé a pensar que me quedaba poco tiempo...

Johnny se quedó algo asustado.

—Espera. Lo que pasa es que estás cansado, Jim. Has bebido demasiado. Un par de meses en California te repondrán maravillosamente.

—No. Cuando me haya deshecho de este dinero, estoy perdido.

—¿Qué quieres decir? Un hombre no puede dejar de vivir sólo porque lo quiera.

Jim levantó la mirada, que ya se había tranquilizado.

—¿Y por qué no?

—Vamos, Jim. Basta ya. Te conozco bien. Es esa maldita bebida. Pronto empezarás a ver a enanos de barbas. Juguemos al *rummy*, y olvidarás tus penas. A todos nos pasa sentirnos deprimidos de cuando en cuando. Es natural.

Johnny se levantó y empezó a revolver su valija en busca de un juego de naipes.

—A veces, de noche —dijo Jim—, me despierto bañado en un sudor frío. Sueño con King y con su aspecto en aquella cárcel de Toledo. Sólo que siempre me veo a mí, no a King. Quiero decir que estoy relacionado con él. Soy mitad él y mitad yo.

—¿Dónde metí esas endemoniadas cartas? —dijo Johnny, hablando en voz alta como para tapar las palabras de Jim—. Las he visto esta mañana. ¡Cómo demonios pudieron salir de esta valija sin...!

Cayó un vaso, que se estrelló contra el suelo. Johnny se volvió. Jim estaba echado sobre la mesa, con la cara oculta entre los brazos.

Johnny tuvo miedo. Parecía que el jefe fuese de veras un idiota. Sólo tenía cuarenta y dos años, no era buscado por la justicia y tenía cien mil dólares con que jugar. Todo aquello parecía absurdo.

—Es ese maldito licor y esa imprudente mujerzuela —se dijo a sí mismo—. Ya se repondrá y nos reiremos juntos de esto, dentro de un par de meses.

Jim levantó la cabeza y miró brumosamente al abogadillo.

—Me siento mejor —dijo—, ¡Dios mío, qué resbalón! Me dejo deprimir como una mujer histérica.

Y Jim se rió, pero aquella risa le irritó los nervios a Johnny. Hubo una larga pausa. Johnny encontró por fin los naipes y empezaron a jugar al *rummy*. Johnny perdía continuamente, excitado; Jim jugaba impasiblemente; al rato habló.

—Olvida todo cuanto he dicho, Johnny. He bebido demasiado y comido demasiado poco.

Johnny sonrió, aliviado.

—Es lo que creía.

Hubo otra pausa, y, de pronto, Johnny explotó:

—Espera un poco. ¿Qué es eso de recoger dos cartas a un tiempo y mirar mi juego? ¡Qué tramposo!

Jugaron en silencio por largo rato. Por último, Johnny terminó y Jim mostró sus cartas con indiferencia y se levantó, bostezando de puro aburrimiento.

—Lo que no comprendo —dijo Johnny—, es para qué me has traído aquí..., si es que abandonas las actividades.

Jim enrojeció ligeramente.

—Se me ocurrió que te gustaría el viaje. Vuélvete cuando te parezca oportuno. Te pagaré el viaje.

Johnny estaba a punto de replicar, pero se reprimió a tiempo. Jim entró en el cuarto de baño y dio un fuerte portazo. El abogado encendió un cigarrillo y se puso a fumar, lenta y pensativamente.

—Se siente solo; eso es lo que le pasa —dijo para sí entre dos chupadas—. Se siente solo, como un perro abandonado.

Y Johnny sonrió. A pesar de todo, le gustaba ver a los individuos importantes reaccionar como los demás, aunque fuera para variar un poco.

Doc estaba esperando sentado a una mesa, cuando entró Pop a la taberna de Maxie. Sin decir palabra, Pop se sentó frente a él y pidió un vaso de cerveza fresca.

—¿Y qué me dices? —preguntó Doc, brillantes los ojos de ansiedad.

—No te alborotes. Te dije que no valía la pena.

—Está aquí y lo sé. Lo único que quiero saber es cómo encontrarlo.

Pop se levantó deliberadamente y puso un níquel en la gastada y vieja pianola. El instrumento empezó a tocar una canción de diez años atrás con discordantes sonidos. El viejo se sentó.

—Cuando te entusiasmas, Doc, hablas demasiado alto —dijo Pop suavemente—. Háblame de la candidata.

Así lo hizo Doc, sin mencionar el nombre. Pop guardó silencio durante largo rato. El piano dejó de tocar y un borracho se dirigió tambaleándose hacia él para hacerlo funcionar de nuevo, mas no pudo meter la moneda en la ranura. Pop se levantó y lo ayudó, después de lo cual volvió a sentarse y encendió su pipa.

—En general —dijo—, un individuo que se respeta no trata de despojar a una mujer. Al menos no con los procedimientos clásicos. Las mujeres son más astutas que los hombres y chillan más fuerte.

—Podemos confiárselo a Jim, que podrá actuar como quiera.

Pop consideró la propuesta.

—Dame quinientos dólares y te pondré en comunicación con el lugarteniente de Jim.

—¿Estás loco? —exclamó Doc—. No los tengo. No tengo siquiera cincuenta.

—Es lo que me suponía.

—Lo único que quiero saber es dónde está. ¿Vale eso quinientos dólares?

—Sí, porque se retira. No quiere parte alguna de hada. Y menos aún ser molestado por un estafador venido a menos.

—En un tiempo fui muy importante.

—Pero eso ya no cuenta.

Doc se pasó nerviosamente la mano por su lacio cabello negro. Se había puesto muy pálido. Su rostro adoptó una expresión deprimida casi indescriptible. Necesitaba la información costara lo que costara. Un repentino impulso asesino la hizo ponerse rígido; rozó con los dedos la pequeña pistola automática que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Alzó la mirada. Pop estaba estudiándolo.

—No hagas nada precipitado, Doc —dijo el viejo, suavemente.

—Es que la situación basta para ahorcarse —exclamó Doc.

Hubo una larga pausa. Doc puso las manos sobre la mesa y se quedó mirándolas. Se sentía aullar de miseria. Eran demasiadas las cosas que le habían ocurrido durante aquellos últimos años. Le parecía que la vida sólo perseguía un objeto: hacer de él una piltrafa.

Pop pidió otro vaso de cerveza.

—Doc —dijo—, sigue hablándome de esa candidata.

Jim se sentía intranquilo e incómodo. Había estado sentado al sol por cerca de una hora y aquello empezaba a irritarle los ojos. Miró a su alrededor buscando sus anteojos oscuros pero no pudo encontrarlos; luego recordó haberlos dejado en el bolsillo de la portezuela del Cadillac de segunda mano que acababa de comprar. Se volvió para llamar al camarero filipino, pero cambió de propósito.

—¡Al diablo con ellos! —dijo, y dispuso su respaldo de playa en otro ángulo, tratando de evitar el reflejo directo del sol en el agua.

En esa posición podía ver la playa. El cielo estaba de color azul pálido, y la atmósfera, clara como de cristal. Blancas gaviotas volaban perezosamente sobre las rompientes, chillando como desaforadas; de tiempo en tiempo, algún pesado pelícano se precipitaba hacia las verdosas aguas cual diminuto avión de bombardeo en picada. El sol ardía despiadadamente, y por encima de las rocas que se erguían detrás de la casa de playa de Jim se elevaba como un espejismo.

Físicamente, Jim había mejorado. Ya había perdido casi cinco kilogramos de peso y logrado un color bronceado. Tenía la vista más clara y el paso más firme, lo cual no sólo se debía al sol y al aire de mar, sino también al hecho de que había dejado de beber alcohol. Había visto demasiados muchachos terminar como verdaderos despojos humanos, abandonados por todos. Y por sentirse como se sentía, siempre deprimido, irritado o aburrido, le costaba un enorme esfuerzo de voluntad mantenerse lejos de la botella.

—Aún no estoy para eso —se dijo a sí mismo, con tosca risa.

Durante meses enteros Jim se había contenido y dejado que las cosas siguieran su curso. Nada le interesaba; estaba como ausente, apático, indiferente con todos. Pero había llegado el momento de hacer una de dos cosas; sujetarse y tratar de dominarse a sí mismo, o lanzarse a lo que viniera.

Se quedó mirando la curva de la playa, levantando mecánicamente pequeños conos de arena y volviendo a deshacerlos. De pronto tuvo conciencia de lo que estaba haciendo, se rió rudamente, hundió la mano en la arena, se levantó de un salto y echó a andar hacia la casa. Por la ventana del cuarto de estar pudo ver al criado filipino que manejaba el aspirador de polvo.

¡Ese muchacho sí que era extraordinario! Comía como un caballo porque estaba muy debilitado y no podía entrar en el ejército. Su pueblo natal, en Luzón, estaba en manos de los japoneses, y el muchacho se moría por luchar contra ellos. Jim consideraba muy extraño el antojo, pero le gustaba el muchacho y abrigaba cierto respeto por sus sentimientos.

—¡Yo, jugando en la arena! —exclamó Jim riéndose—. ¡Lástima que no traje pala ni balde!

¿Por qué se burlaba de sí mismo? Sabía perfectamente lo que quería. ¡Tony! ¡Diablos! El orgullo es el orgullo, pero se puede dominar; no hay que revolver la daga

en la herida. Tony tenía un modo de ser propio. Pero ¿había algún mal en ello? Él también lo tenía, y, además, había tenido tanto éxito con las mujeres que se lo había consentido. Tony no quería darse cuenta de ello. Y entonces, en el peor momento, apareció aquel actor amigo de ella.

—Ahora vas a aprender —le dijo Tony, con cortante sonrisa.

Jim le había dado un portazo en las narices y esperado luego que ella lo llamara. La espera duró semanas enteras. Un día la encontró. La muchacha estaba con su amigo el actor, un corpulento afeminado de cabello teñido de rubio. Cuando Jim quiso dirigirle la palabra, Tony le volvió la cara.

Telesforo cortó la corriente del aspirador eléctrico en el momento en que Jim entraba en la habitación. Jim vivía bajo el nombre supuesto de Lloyd y había dicho ser negociante en petróleo. Telesforo, que hasta tres meses atrás había sido un modesto cobrador de autobús, sentía cierto respeto por aquel hombre corpulento, rudo y de aspecto serio, del cual pensaba que debía ser muy rico.

—¿Sabes algo del señor Doyle? —preguntó Jim.

—No, señor —dijo Telesforo, sonriendo tristemente.

—Es extraño que no pueda quedarse una sola vez en casa —murmuró Jim para sí mientras cruzaba el cuarto de estar y entraba a su dormitorio.

Telesforo sintió un ligero temor. Era muy sensible y no ignoraba que su patrón estaba de mal humor. Se inclinó en dirección a Jim, después de lo cual se metió presurosamente en la cocina con el aspirador eléctrico.

Jim se quedó mirando largo rato el teléfono que descansaba en la mesita de noche. Luego, despreciándose por lo que hacía y sintiendo al mismo tiempo un gran alivio, hizo una llamada a la señorita Antonia Blackburn, en Miami, Florida.

Cuando volvió Johnny al atardecer, Jim estaba recorriendo de un lado al otro el cuarto de estar, fumando un cigarro.

—¡Hola, Jim! —dijo Johnny, quitándose la chaqueta y dirigiéndose hacia la improvisada despensa para servirse un trago—. ¡Qué sediento estoy! Hace un calor feroz en la ciudad.

—¿Para qué fuiste allí? ¿Por qué no te quedaste aquí, donde hace fresco?

Jim hablaba con tono displicente, y Johnny se volvió a mirarlo.

—Si quieres que te diga la verdad, es que me canso de esas malditas olas que rompen todo el día. Bastante las oigo de noche. Sacuden la casa.

Jim gruñó.

—Sírreme un trago —dijo.

—Además —dijo Johnny, sirviendo—, tenía algunos asuntos que atender.

Jim le volvió las espaldas sin hacer comentario alguno. No quería reconocer que se había sentido sólo toda la tarde y que estaba enfadado con Johnny por haber estado tanto tiempo ausente.

—¿Qué, no hay hielo? —exclamó Johnny—. ¡Vaya una casa! Es como estar viviendo prácticamente en una carreta de gitanos.

—Telesforo —llamó Jim en voz alta.

En el preciso momento en que gritaba, sonó el timbre del teléfono. Jim hizo un movimiento para atender, pero se dominó. Johnny lo consideró con mirada astuta, sabedor de que algo ocurría. Y ambos oyeron el rumor de la aguda voz de Telesforo que atendía el teléfono en el vestíbulo; luego, el filipino entró.

—Es por su llamada a Miami, señor...

Jim echó una rápida mirada a Johnny, que se volvió con una sonrisa.

—¿Qué dicen? —preguntó Jim.

—Que no pueden dar con la señorita Blackburn, señor.

Jim apretó los labios, y luego sonrió apenas. Con Johnny delante no se sentía tan solo. ¡Al diablo Tony! Jamás habría de enterarse que él trataba de comunicarse con ella.

—Cancela la llamada, y ve a buscar hielo.

Telesforo se inclinó y salió cerrando la puerta.

Jim se volvió y se puso a mirar a Johnny con fijeza, como desafiándole a que dijera algo. Pero Johnny no hizo comentario alguno y al rato se sentó y encendió un cigarrillo. Jim se sentó frente a él. Fumaron en silencio. Entró Telesforo con el hielo, encendió las luces y volvió a salir. La noche estaba cayendo sobre el mar, y en el silencio del anochecer el ruido de las olas se hizo cada vez más fuerte. Johnny terminó de preparar las bebidas y entregó un vaso a Jim. Bebieron en silencio.

—¿Qué asunto tenías que atender en la ciudad? —preguntó, por fin, Jim.

—Pop Gruber se ha puesto en contacto conmigo. Quería verme.

—¡Pop! ¿Por qué?

—Un asuntillo privado —dijo Johnny, terminando su vaso y empezando a prepararse otro—. No es broma, Jim —añadió—. ¿No te hastías de este lugar? Me refiero a que si no te gustaría de vez en cuando ir a algún restaurante nocturno, ver muchachas y oír un poco de música. En fin, un poco de fiesta, ¿no?

—Ya he tenido bastantes fiestas.

—Claro. Pero todo tiene su límite. Estás poniéndote bronceado por el sol y te sientes sano. Pero ¿y qué? El sol te causa arrugas y pronto tu color bronceado se te irá. Y de noche las olas azotan la playa sin interrupción; soldados, marineros y Dios sabe quiénes más patrullan los caminos con armas cargadas, y si a alguno se le antoja hacer un movimiento en falso lo llenan de plomo. ¡Y los apagones! Si quieres ir a alguna parte has de hacerlo por instinto. Espera que llegue el racionamiento de gasolina, entonces te verás encerrado aquí.

—¡Deja de buscarte preocupaciones!

—En realidad, Jim, lo que más me preocupa eres tú. Mira: no puedes pasarte el resto de la vida aquí. ¡Demonios, no eres viejo!

No puedes dejar de buenas a primeras las actividades. No es natural.

—¡Oh, bebe y calla!

—¡Basta de bromas! Te encuentras en un estado de ánimo del que tienes que salir

—dijo Johnny, vacilando al ver que Jim echaba a andar por la habitación, fastidiado—. Está bien, está bien. Haz lo que quieras.

—Dejé de beber, ¿no es cierto?

—Sí, y bastante tarde.

—Mira, Johnny, no puedes conseguirlo todo. Protestas porque bebo, y yo abandono la bebida. Ahora estás protestando porque no quiero ir recorriendo las *boites* como un turista.

Johnny se quedó pensativo, sorbiendo su bebida antes de contestar.

—Quizá sea algo que tengas que conseguir por ti mismo —dijo, por fin, con un suspiro—. Sé franco: ¿volverías a tu vida normal si tuvieras a Tony?

Jim pensó por un momento, después de lo cual se levantó y se quedó mirando a Johnny en silencio, cosa que el abogadillo consideró molesta.

—En cuanto a aquella llamada por teléfono —dijo Jim—, lo único que pasa es que me siento preocupado por ella. No tiene dinero. Y es evidente que ese actor está poco menos que muerto de hambre. A Tony le gusta el lujo y la buena vida. Pensé en que no tenía dinero.

—No sé —dijo Johnny—. Espero que no creerás en las cosas que dice ella acerca de que su viejo solía tener caballos de carrera, ¿no? Si el padre tuviera caballos de carrera, dispondría de dinero para llenar una carreta.

—Ante mí se conducía como si estuviera acostumbrada a tener dinero.

—Pues estaba acostumbrada al tuyo.

—El dinero no es el medio para conseguir a Tony. Reñíamos como salvajes.

—Y tú perdiste. ¿Ésa es la cosa, no?

—No sé.

Jim se sentó. Hubo un largo silencio, en medio del cual Telesforo anunció que la comida estaba servida. Johnny comió con gusto, pero Jim parecía no tener apetito. Mientras bebían el café, Johnny dijo:

—Tengo entendido que hay algunos candidatos espléndidos en esta ciudad y en este momento.

Jim no contestó.

—He oído hablar hoy de una señora que tiene cerca de dos millones. Una viuda.

Jim se levantó, bostezó y se desperezó.

—Creo que oiré el noticiario. ¿Quieres oírlo, Johnny?

Johnny nada contestó, sino que rechinó los dientes de puro fastidio y se quedó mirando, enojado, a su corpulento amigo, mientras éste volvía al cuarto de estar. Luego se sirvió un vaso de coñac puro. Desde el cuarto de estar, la radio invadió la casa con una violenta ola de sonidos, y luego una voz empezó a leer el noticiario de guerra. Johnny se levantó y salió al balcón del comedor en busca de aire fresco. El mar estaba negro como de tinta; a lo largo de la costa sólo se veían unas escasas luces. Pero hacia el Este, unos reflectores escrutaban la oscuridad lentamente, entrecruzándose y apagándose uno por uno.

Johnny aún estaba temblando ligeramente desde su intento de interesar a Jim en la candidata millonaria. Quizás hubiera hablado demasiado pronto o quizá no hubiera dicho bastante. Ante Jim con el estado de ánimo en que se hallaba, era difícil imaginarse qué procedimiento seguir. Johnny sentía un poco de respeto ante la idea de todo aquel dinero que esperaba ser embolsado. El asunto era perfecto para él. No había posibilidad de error.

—Pero eso no es todo —musitó Johnny al sorber su coñac—. Tony es la culpable de esto. Jim odia la idea de envejecer. Pero ¡demonios! Tiene cinco o seis años menos que yo. No es viejo.

Johnny pensó en Tom Rodney y se estremeció levemente. Algo como eso era lo que preocupaba a Jim, y de algún modo habría que quitárselo de la cabeza. ¿Cómo?

El abogadillo se quedó meneando la cabeza en la oscuridad. Una buena presa al alcance de la mano, ¡y el mejor operador en esa clase de negocios —el único—, tenía humores temperamentales como un vulgar actor cinematográfico! Una candidata como ésa no era una oportunidad que se presentara siempre. Tarde o temprano, algún muchacho despierto la explotaría y arruinaría el juego a los demás. Por el momento, la mujer se encontraba en territorio virgen.

La fresca brisa del mar hacía volar el fino cabello del abogadillo. Al Este, los reflectores habían vuelto a encenderse. Pero esa vez Johnny no los vio. Estaba tratando penosamente de lanzarse a la acción. Había recibido una carta de Roy Slavens, que aún no había mostrado a Jim. Entre otras cosas, la carta decía que aquella muchacha de Jim se había ido al Oeste con Austen, el actor, y se había instalado en Phoenix. Sería bueno conseguir que ella fuera a Los Angeles. No importaba lo que Jim dijera, la muchacha lo resolvería todo.

Pero Johnny vacilaba. Tony podía ser buena ayuda, y podía también no serlo. Era posible que trastornase de tal modo a Jim que éste jamás volviera a ser el mismo. ¡Y por otra parte!...

6

Los cinco hombres estaban sentados en semicírculo en un cuarto saturado de humo de tabaco y parecían como un grupo de conspiradores de teatro barato. Habían dicho cuanto tenían que decir, sin llegar a ninguna parte. Todos estaban fastidiados y se miraban entre sí con leve hostilidad.

Windy fue el primero en recobrar su estado de ánimo normal. Echó su silla hacia atrás, lió un cigarrillo, y al encontrarse con la mirada de Johnny, sonrió, complaciente. Al fin y al cabo, el señor Doyle era una persona «bien», educada, bien vestida y abogado del jefe; todo un personaje.

Shake estaba deprimido. Al enterarse de que Johnny el Sacerdote había entrado en el asunto, ya lo consideraba fallido. Las malas noticias que diera Johnny lo habían abatido. Suspirando, recogió un diario y se puso a mirarlo con ademán ausente.

El viejo Pop fumaba fríamente, pero estaba muy desilusionado.

—¡Adiós, Pop! —gritó Johnny, al salir.

Hubo una pausa. Pop se estaba levantando para irse, cuando oyeron caer a Doc en el cuarto de baño. Shake corrió a la puerta, sacudió la manilla y llamó a Doc. Silencio. Shake estaba nervioso. Doc era su único baluarte contra la nada; sin él se encontraría como un niño perdido en una gran ciudad. Windy lo echó a un lado y empujó la puerta con un hombro. Ésta se abrió con un crujido.

Doc yacía en el suelo, pálido como un muerto, haciendo muecas. Estaba sufriendo un ataque. Lo recogieron y lo llevaron a la cama, donde se quedó mirándolos con ojos que no veían, haciendo violentos esfuerzos para respirar. Al rato empezó a revivir. Se volvió hacia Shake.

—Creo que es el fin —dijo.

—No, Doc —le dijo Shake, palmoteándole—. Ya te repondrás.

Unos minutos después Doc se durmió. Sus ronquidos tranquilizaron a sus compañeros.

El vestíbulo del Biltmore estaba abarrotado de gente; soldados y mujeres por todas partes; entre esta multitud de época de guerra, Johnny se abrió paso hacia los ascensores. Se vio obligado a esperar, y mientras se quedaba de pie ante las rejas de bronce de los ascensores, mirando distraídamente a su alrededor a la bulliciosa y alegre muchedumbre, volvía y revolvía en sus pensamientos los diversos sondeos que había realizado durante una noche de insomnio casi total. Tony era difícil de manejar. Lo ocurrido a Jim lo demostraba. Si Johnny daba un solo paso en falso, podía echarlo todo a perder. No era que Tony fuese demasiado inteligente; de ningún modo. Pero era anormalmente tozuda y susceptible. Muy fácil de ofenderse.

Johnny se abrió camino hacia el ascensor. La gente estaba apretada en el ascensor como sardinas, y olía a perfumes y a licor. Al lado de Johnny, un sonriente oficial de infantería estaba abrazando a una rubiecilla.

Johnny se sonrió lúgubrementemente para sí.

—Aprovecha, muchacho —pensó—. Tienes derecho a ello. Pero ¿no podrías esperar a llevártela a tu habitación?

Ante la puerta de Tony, Johnny llamó y esperó largo rato. Pasaba el peso de su cuerpo de un pie al otro. La muchacha sabía que él estaba subiendo. ¿Qué le pasaba? Con un esfuerzo de voluntad, Johnny dominó su impaciencia. Aquella muchacha estaba poniendo nervioso a todo el mundo. Si no tenían cuidado, pronto se verían en la situación de Doc.

Por fin se abrió la puerta. En su marco apareció Tony, con el abundante cabello rojizo que le caía sobre los hombros, los grisáceos ojos verdes pintados y con una máscara de indiferencia en su rostro de pómulos salientes. La muchacha se había envuelto apresuradamente en una bata de terciopelo negro.

—¡Hola! —dijo, fríamente.

Johnny apretó los labios y se obligó a hacer una sonrisa. ¡Vaya recibimiento! La había hecho salir de su madriguera al precio de tres mil dólares, y la muchacha no parecía segura de si lo iba a dejar entrar o no.

—¡Hola, Tony!

Dio un paso y cerró la puerta. La habitación hedía como un cuarto de hotel francés; había ropas diseminadas por todas partes; sobre la mesa se hallaba abierta una caja de bombones y algunas, revistas de cine.

—Este lugar es inmundo —dijo Tony—. Espero que me perdonará usted, señor Doyle —añadió sonriendo con ironía, o al menos a Johnny le pareció así.

Se sentó. Tony encendió un cigarrillo y se echó en el diván, rodeada de su bata. Por un momento, sus largas y bien formadas piernas quedaron al descubierto hasta la cadera. Johnny las miró sin disimulo. ¡Qué buena pieza era aquella pelirroja! No era, por supuesto, de las que se esperaba que pudieran marear a un Jim, pero de todos modos... Johnny tenía cierta debilidad por ella desde que la viera pasar moviendo las

caderas por el vestíbulo de un hotel de Miami. Pero el jefe se le había interpuesto en el camino, de modo que chitón. Johnny no era como otros amigos de Jim. Tampoco era cosa de principios. Sólo que no quería que nada se interpusiera entre el jefe y él. Había muchas mujeres, pero sólo un Jim.

—¿Cómo está mi niño grande? —preguntó Tony—. Demasiado orgulloso para venir en persona, ¿eh?

Johnny meneó la cabeza.

—No sabe que he venido. Cree que estás en Florida.

—Pues entonces me las vas a pagar.

—Perdóname. Fue idea mía... y dinero mío, no es por echártelo en cara.

Tony estudió con desconfianza las facciones de Johnny.

—No te creo —dijo por fin.

Johnny se dejó dominar un momento por el fastidio.

—Jim no necesita intermediarios, ya lo sabes.

Tony se sobresaltó.

—No me hables en ese tono. Nadie me habla así a mí.

—Bueno —dijo Johnny, gruñendo, ¿quién se creía aquella mujerzuela? ¿Lady Astor?—. Pero lo estás tomando por el lado malo.

—¿Qué te propones, pues? —preguntó ella—. ¿Acaso eres un viejo amigo de la familia? ¿O quizá quieras ayudar a las pobres e indefensas mujeres?

—Estaba pensando que quizá podrías ser de gran ayuda en el mayor negocio que se ha presentado desde mucho tiempo atrás. Pero no sé.

—Conque ¿nada personal, eh? Así me gusta. Esos gruesos lentes que llevas son difíciles de pasar.

Johnny se sonrojó un tanto.

—¿Acaso te hice alguna vez una insinuación?

—Sólo con tu mirada, señor Doyle. Siempre me mantuve a distancia prudencial.

—Se me ocurre que de ese modo te habrán hecho muchas insinuaciones. No es extraño, si siempre te sientas mostrando hasta el muslo.

Tony cambió de posición flemáticamente. Johnny se quedó mordiéndose el labio y tratando de reorganizarse. Aquella mujerzuela lo sacaba de quicio.

—Se me ocurre que las cosas no te van muy bien con Austen.

—¿Cómo podrían andar bien? Necesita una madre, y es lo que está buscando. Quería llorar apoyado en mi hombro. No soy de ese tipo de mujer.

—Apuesto que con Jim jamás te pasó nada de eso.

—Sería Un hermoso cambio. Tiene un modo de ser que no desearía a mi peor enemigo. La pisa a una. A mí nadie me pisa.

—Está consentido. Todo le ha sido muy fácil.

—Es un presuntuoso. Esa es la palabra.

Johnny meneó dudosamente la cabeza.

—Creo que es inútil.

Tony le echó una rápida mirada.

—¿Qué es inútil?

—El tratar de obligarte a que te domines. Hay una fortuna en juego.

Tony se irguió.

—Por lo menos te escucho.

Johnny le pidió un trago y la muchacha sacó una botella de whisky de su valija. Después de tomar un largo trago, Johnny se adelantó, se sentó en el diván con Tony y le contó minuciosamente, largo y tendido, cuanto quería que supiera acerca del negocio que tenía entre manos. La muchacha escuchaba atentamente.

Lo único, aparte del cabello rojizo y de la delgada figura, que hacía de Tony una mujer tan atractiva, era la expresión de sensualidad que tenía su rostro en reposo. Johnny lo había advertido varias veces envidiando a Jim. Pero por entonces estaba abstraída en los negocios. Su rostro carecía de toda expresión de sensualidad; su mirada era seria, atenta, despojada de todo cuanto fuera sexual. Al hablar, Johnny se felicitaba interiormente por su astucia. Aquella muchacha valía lo que pesaba. Bien manejada, podía ser de gran ayuda. Lo único que necesitaba era hacer que Jim diera el primer paso. Una vez en movimiento, todos podían echarse a descansar.

—¿Tú, qué me dices? —dijo por último Johnny, por mera formalidad.

Tony asintió sin decir palabra. Cambiaron una mirada. Johnny sintió un leve escalofrío que le corría por la espina dorsal, y se levantó apresuradamente.

—¿Qué te parece si almorzamos?

—Almorcemos aquí —dijo Tony, despreciándose con lentitud—. No tengo gana de vestirme.

Johnny llamó al camarero y pidió el almuerzo, después de lo cual cruzó la habitación y se sentó a buena distancia de Tony, que lo estudió por un momento y soltó una carcajada.

Jim había estado nadando y se hallaba vistiéndose cuando oyó llegar el automóvil de Johnny ¡Vaya unos paseos que daba aquel hombrecillo! Durante la ausencia de Johnny, Jim se había sentido cada vez más fastidiado con él. Al fin y al cabo, el abogadillo bien podía quedarse alguna vez en casa. No era pedirle mucho. Jim se adelantó y cerró la puerta del dormitorio de una patada. Pero casi inmediatamente oyó que Johnny llamaba.

—Jim.

—¿Qué pasa? —contestó Jim con rudeza después de una pausa.

—¿Puedo verte un minuto?

—¿Qué te pasa así de pronto? ¿Acaso no me viste esta mañana?

Johnny abrió la puerta y entró. Jim estaba poniéndose una camiseta de marinero. Tenía los brazos y el torso de color bronceado oscuro, y su busto parecía poderoso. Estaba perdiendo mucha de la grasa acumulada en las tabernas de Florida.

—Estás poniéndote en forma, Jim —dijo Johnny—. Quizá tengas razón en permanecer aquí. Ya parece tener diez años menos.

—Pues no me siento más joven.

Johnny vaciló. No estaba muy seguro de cómo dar la noticia. Tenía miedo de dar algún paso en falso con Jim y Tony.

Por último, terminó de ponerse la camiseta; se volvió y miró a Johnny.

—Bueno. ¿Qué estás mirando?

—Es que me encontré con una persona amiga tuya en la ciudad.

—¿Sí? Pues espero que no le hayas dicho dónde estoy. No quiero ver a nadie.

—Es que creí que a esa persona te gustaría verla.

Jim abrió la boca para hablar, pero Johnny se lo impidió.

—Conque la traje conmigo. Me la llevaré en seguida si así lo dispones.

Jim le cogió el brazo a Johnny y lo apretó tanto que le causó dolor.

—No será Tony, ¿no es cierto?

Johnny hizo una seña afirmativa con la cabeza, sintiendo ganas de cantar. Una amplia sonrisa se había extendido sobre el solemne semblante de Jim y lo hacía parecer un niño travieso. ¡Qué gusto sentía! ¡Pues todo iba a andar bien, muy bien!

—¿Dónde está? —preguntó Jim.

Johnny señaló con el pulgar hacia el cuarto de estar, y Jim salió precipitadamente. Johnny siguió lentamente a su amigo, y cuando llegó, encontró a Jim sentado en uno de los enormes sillones tapizados, con Tony en las rodillas. Se besaban tan largamente que Johnny meneó admirativamente la cabeza, y dijo:

—Basta.

Jim lo miró sonriente.

—Cuando lo quiero aquí, nunca está; cuando no lo quiero...

—Pues a eso voy. Oíd, chicos. Me voy a cenar a Santa Mónica. Es posible que me

quede a dormir en el hotel. Os veré luego.

—No necesitas exagerar las cosas —dijo Jim.

—¡Oh, es que puede que vuelva! Se me ocurre que Tony y tú tendréis muchas cosas de que hablar. Conque, hasta luego.

Jim y Tony cambiaron una larga mirada, y ambos soltaron una carcajada. Johnny se rió también, pero no le hicieron caso. Se quedó mirándolos por un momento y volviéndose salió también aunque ahora se sintiese solo, abandonado y envidioso de Jim. En el momento que cerraba la puerta de la calle, Jim le gritó:

—¡Adiós, Johnny!

El abogadillo hizo una mueca y no contestó. Se dirigió, pensativo, a su automóvil, subió y se alejó. Era cosa agradable ser una *prima donna* y que las cosas salieran siempre bien; claro está que había que pagar por ello, lo cual era la peor parte. La mayoría de los individuos no están dotados de modo alguno. Nada les era entregado en bandeja de plata. Tenían que sudar por todo cuanto conseguían. Pero un hombre como Jim tenía seso, habilidad, nada le faltaba.

Un momento después, Johnny empezó a reírse de sí mismo.

—Es curioso lo que un pequeño disgusto puede hacerle a un individuo. Basta, John Stanislaus. Si hubieras conseguido a esa mujerzuela, opinarías que no valía la pena haberte molestado.

Aquella noche, más tarde, Johnny encontró a una pareja de soldados en una taberna de la costa y se emborrachó con ellos. Uno de ellos era un irlandés de Boston que tenía una hermosa voz de tenor. Cantó *Kathleen Mavourneen* y *Mother Machree* en medio de los aplausos de todos. Johnny lloraba dentro de su vaso. Aquel tenor irlandés le emocionaba.

El reloj dio la medianoche y Tony se sobresaltó. Había estado dormitando en el enorme diván del cuarto de estar, envuelta en un pesado abrigo de Jim. La noche era fresca; el viento soplaba con fuerza y una fuerte marea arrojaba las olas contra la playa, causando a la casa largos estremecimientos. La muchacha se apoyó en un codo. Jim estaba echando leña al fuego. La radio, puesta muy bajo, dejaba oír una suave músicaailable. El cuarto parecía maravillosamente iluminado sólo por las vacilantes llamas del hogar. Tony volvió a echarse con un suspiro. Jim parecía enorme y poderoso, recortando su silueta contra el fuego. La muchacha se arrellanó en el abrigo. No era malo estar junto a él.

Jim echaba lánguidamente leña al fuego, fumando un cigarrillo y tarareando la canción que dejaba oír la radio. Se sentía perfectamente satisfecho. La neblina se había disipado. El pasado parecía haber sido tan sólo una pesadilla. Meneó la cabeza, perplejo. ¿Cómo pudo aquello hacerlo reñir, irritado, con Johnny todos los días y lograr que se portara como un niño de escuela?

Jim se sonrojó de vergüenza al recordar su primera noche en Los Angeles. Se había dejado aplastar como un delincuente de poca monta en manos de los agentes de policía, y nada menos que delante de Johnny. Era increíble.

—No es extraño que el abogadillo crea que estoy listo para que me pongan en manos de los médicos —dijo lúgubrememente para sí.

—¡Hola! —llamó suavemente Tony.

—¡Hola! —contestó Jim, volviéndose para sonreírle—. ¿Hermosa canción, no es cierto? —dijo, señalando la radio con el pulgar—. ¿Tienes ganas de bailar?

—Siento mucho no aceptar, pero creo que no podría levantarme. Estoy cansada a más no poder.

—Oye, muchacha, ¿es que has tenido un día muy agotador?

—Pues no te equivocas, Jim. Dime, ¿qué es ese muchacho filipino? ¿Por quién me haces pasar?

—Pues... por la señora Lloyd. Acabas de llegar de Florida.

—Me echó una mirada extraña.

No te preocupes por él. Sólo piensa en sus parientes de las islas y en entrar en el ejército. Me prometió enviarme algunas orejas de japoneses... si es que llega a ir.

—Esta guerra es algo muy desagradable —dijo Tony, bostezando—. Me gustaría que terminara. Al fin y al cabo, ¿para qué están luchando?

—Pues no lo sé. De tanto en tanto siempre hay guerra. Recuerdo la última. El año en que terminó yo estaba en el colegio secundario.

—¡Dios mío! ¿Tan viejo eres? —exclamó Tony en una carcajada.

Hubo un breve silencio, después del cual Jim también se echó a reír, pero con una risa forzada. Era inútil que tratara de engañarse. Tony era una muchacha muy fastidiosa.

—Sí —dijo—. Mira qué grisáceo se me está poniendo el pelo.

Tony se levantó de un salto y se le echó en los brazos, besándolo repetidas veces.

—Estoy bromeando, Jim. Eres bastante joven. Más que bastante joven. El cabello canoso te sienta bien.

Tony hablaba suavemente, apaciguadora; era dulce y mimosa. De pronto, una repentina sospecha le cruzó por la mente. Tony no era la de siempre, y él se estaba preguntando por qué.

—¿Cómo te encontraste con Johnny? —preguntó, desasiéndose del abrazo de la muchacha.

—Pues estaba entrando en el Biltmore. Levanté la mirada y lo vi. ¡Qué sorpresa me llevé!

¿Y luego?

—Almorzamos juntos.

—¿Fue idea suya la de traerte aquí?

—No —dijo Tony meneando vigorosamente la cabeza—. Le pedí que me trajera.

—¿Qué te dijo de mí?

—No mucho. Dijo que no te sentías muy bien y que estabas prácticamente abatido.

Jim vaciló un largo rato, después de lo cual se levantó y encendió un cigarrillo.

—Has de saber, Tony —dijo—, que no me has contado aún cómo es que estás en esta parte del mundo. No es un interrogatorio, pero...

—Estaba buscándote.

Jim no pudo resistir el brillo de placer que esa sencilla afirmación le causaba.

—¿Cómo es eso?

—Es evidente.

—¿Qué fue de ese..., del otro?

Tony vaciló, encendió un cigarrillo y se arrellanó, cambiando de posición en el diván.

—Creo que será mejor que te lo diga, Jim —dijo, encogiéndose de hombros—. Me quedé sin dinero en Florida. Él me pagó el viaje.

—¿Por casualidad no vino contigo? ¿Estás segura?

—Sólo hasta Phoenix.

Jim meneó la cabeza, fastidiado.

—¿Cómo pudiste vivir con esa inmundicia?

—Pues tenía que llegar aquí... y nada más.

—¿Por qué? —le preguntó Jim.

Tony lo miró sonriente. A Jim le pareció hermosa, verdaderamente hermosa, a la luz del fuego. La muchacha estaba muy cansada, lo cual le daba un aire de languidez que en general no tenía, y le pintaba bajo los ojos azuladas sombras de cansancio, que le suavizaban las facciones y la hacían parecer más joven y menos segura de sí misma.

Jim tuvo una repentina corazonada y se inclinó hacia Tony.

—¿Sabes tú por qué? —dijo Tony dulce y seductora—. Te dije que jamás te daría caza, aunque pasaran mil años —prosiguió, extendiendo el brazo y pasándosele a Jim por el cuello—. Pero aquí me tienes.

Jim estaba completamente vencido. Todas sus sospechas habían desaparecido. Se sentía el verdadero Jim Farrar. Las cosas estaban ya adoptando el ritmo normal.

—Y estoy contento de verte —dijo, magnánimo, besando a Tony y tomándola luego en brazos—. ¿No es una noche divina?

—Sí —dijo Tony, suspirando profundamente y apoyando la cabeza en el hombro de Jim.

Y mientras él la llevaba al dormitorio, murmuró:

—Quiero dormir.

Jim festejó el chiste.

A Jim le habían estado molestando últimamente los ojos, de modo que Johnny conducía el automóvil. Era una noche sin luna, y el camino de la costa, que seguía un curso caprichoso entre la tierra por un lado y el océano por otro, estaba oscuro como un homo. Las luces apenas si eran de alguna ayuda. De no haber sido por la línea blanca que dividía el camino, habría sido imposible viajar en automóvil.

—¡Malditos japoneses! —exclamó Johnny—. Si esto es un semiapagón, quisiera ver a qué llaman apagón completo.

—Mira allí —dijo Jim, señalando con el pulgar el océano.

Johnny echó una rápida mirada, y desvió repentinamente el automóvil, pues casi se había metido en la arena.

—Basta de fastidiarme —dijo, irritado—. Mira tú las maravillas de la naturaleza. Yo conduzco el coche.

Enormes olas refulgían con brillo sobrenatural y su fosforescencia iluminaba la negra costa bajo el oscuro cielo. Una vacilante luz fantasmal temblaba sobre el mar. Parecía irreal, y a veces daba miedo. Jim se sintió molesto al ver romper las olas con retumbante estruendo y despedir una vercosa espuma de aspecto maligno.

Hizo otra observación, pero Johnny no contestó. Era un hombrecillo inquieto, y la tensión de las últimas semanas le había repercutido en los nervios. Cuanto más se acercaba el golpe, tanto más excitado se tomaba, y, demonios, ¡el asunto podía fallar!

Johnny había pensado mucho en la reunión entre Jim, Doc y los demás. El cuarto de hotel de Doc era imposible; Jim no podía ser visto en un cuchitril como aquél. Tampoco se podía en una taberna del barrio bajo; algún miembro ruidoso de la escuadra de policía nocturna podía interrumpir la conferencia. Por último se habían resuelto por un gran restaurante de la playa, cuyo propietario era un irlandés del cual se había hecho amigo y en quien se podía confiar; tenía una habitación privada perfectamente adecuada para el caso. Y allí, Jim y él iban a encontrar a los demás.

Johnny sonrió para sí por su propia audacia. Después de algunos días de estar en compañía de Tony, Jim se había mostrado dispuesto a escuchar razones. Pareció haber olvidado todo aquel absurdo acerca de retirarse de las actividades, gastar el dinero que tenía y desaparecer. ¡Vaya una idea tonta! Sólo había opuesto una objeción.

—Pero Johnny —había dicho—, jamás he tratado de estafar a una mujer.

Poco después, el abogado había tenido unos inconvenientes con Tony.

—Mira —le dijo ella—. Esa señora está cargada de dinero y Jim es todo un talento para despojarla de él. Pero ¿si llega a casarse con ella?

Johnny soltó un gruñido.

—¡Ese hombre no se casaría ni con una Rockefeller!

—No sé —dijo Tony, dudando—. Vale la pena pensarlo.

—Fíate de mí —dijo Johnny, eludiendo el tema con gesto decidido.

En el momento en que Johnny detenía el automóvil frente al restaurante, que llevaba el nombre de *El Buque* y tenía una fachada llena de portañolas, cuerdas y anclas, dijo:

—Son gente de triste aspecto, Jim. Windy y Shake son gente acabada y Doc está en la miseria.

—Los conozco —dijo Jim con impaciencia—. Ninguno de ellos llegó a mucho.

Johnny echó una mirada a Jim por el rabillo del ojo. No había duda: Jim estaba en la cumbre de su profesión; estaba en la mejor forma posible. Sin embargo, había por allí otros individuos que también conocían su oficio, aunque Jim no lo reconocía. Johnny consideraba aquello una debilidad nociva. Era estúpido y peligroso valorar en poco a todo el mundo.

—Doc fue un gran individuo en su época —dijo, sin poder impedírselo, aun a riesgo de fastidiar a Jim—. Y Shake también. Claro está que el pobre viejo Mather jamás usó sus sesos sino sus músculos.

—Pop tiene más sentido común que los tres juntos —dijo Jim suavemente—. Siempre fue así. Y no es decir mucho —añadió.

Se apearon y entraron en el restaurante. Era lunes. En el mostrador tan sólo había un par de soldados que bebían cerveza. El camarero sonrió a Johnny.

—Las personas que esperan ustedes están aquí.

—Gracias —contestó Johnny, y se dirigió hacia una puerta que llevaba, por un pasaje parecido a un corredor de buque, a una entrada en forma de ojiva que se abría en una habitación.

Jim lo siguió con calma, fumando un cigarro. Los soldados se quedaron mirándolos.

—¿Quién es ese hombre corpulento? —preguntó uno de ellos al camarero.

—No lo sé, amigo.

—¿No lo hemos visto en fotografía?

—Pues estoy a ciegas —dijo el camarero, limpiando un vaso.

El otro soldado sonrió como disculpándose.

—Mi amigo se interesa por los actores de cine.

—¿Dónde viven? He recorrido toda la avenida de Hollywood una tarde sin ver a ninguno.

—Es raro —dijo el camarero.

Pop, Windy, Shake y Doc estaban sentados alrededor de una mesa bebiendo cerveza. Al entrar Jim, todos se pusieron de pie menos Doc, que se quedó mirando, pálido el rostro y brillantes los ojos. Johnny gruñó para sus adentros. Doc era engreído hasta las orejas. Jim estrechó las manos a todo el mundo, sonriendo amablemente y con ese ademán cordial que era propio de su oficio. Johnny lo estudiaba a hurtadillas. Era asombroso. Hasta el mismo Doc se ablandó un poco y sonreía casi de buen humor.

Jim se sentó y rechazó una invitación a beber, Johnny llamó al camarero y pidió

otra ronda de cerveza para los cuatro hombres y un whisky con soda para sí. Jim apoyó los codos en la mesa y habló tranquilamente de Florida y de cómo todo se había ido al diablo desde que el ejército administraba el país. Por entonces, Florida era un lugar muerto.

—He oído decir que le ha ido a usted muy bien —dijo Windy tan obsequiosamente que Doc le echó una furibunda mirada, pues estaba acostumbrado a ser el jefe para Windy, y por entonces era menos que nada, cosa que lo enfurecía.

—Bastante bien, sí —dijo Jim sonriendo—, bastante bien.

Johnny miró a su alrededor. Todos estaban sonrientes para corresponder a Jim, todos, menos Doc, que había echado su silla hacia atrás, en las sombras, como borrándose, y estaba mirando enigmáticamente, como el convidado de piedra. Johnny creyó que Doc no pertenecería ya por mucho a este mundo. Estaba pálido y gastado.

—¿Le gusta a usted esta región, señor Farrar? —preguntó cortésmente Shake.

—Sí —dijo Jim—. Será un gran lugar después de la guerra.

El camarero entró con las bebidas, las dejó sobre la mesa y salió.

Shake y Windy sorbieron su cerveza, sonriendo complacidos ante la presencia de Jim. Les parecía algo demasiado bueno para ser cierto. Pero Doc, sentado en las sombras, echado el sombrero casi sobre la nariz, dejó intacta su cerveza al estudiar a Jim, el hombre a quien odiaba y envidiaba. Observaba aquel rostro curtido y viril, los tranquilos y oscuros ojos, el grisáceo cabello rizado, aquel aspecto de incommovible seguridad de sí mismo. Examinó las costosas ropas, su aspecto de adinerado. Doc odiaba y envidiaba a Jim no sólo por sus fáciles triunfos con hombres y mujeres, sino por su salud y fortaleza, por su normalidad esencial. A Doc nada le había salido con facilidad en toda su vida. Se había abierto camino por el colegio sólo para sufrir un desastre en cuanto empezó su carrera. Más tarde, corriendo por la tangente, había prosperado como pistolero, pero sus nervios le habían fallado y había recurrido a las drogas. A cualquier lado que se dirigiera, su camino estaba cerrado. Era como una rata destinada a experimentos en un laboratorio sin salida.

Doc se dominó con un esfuerzo. Era nauseabunda la forma en que Windy y Shake adulaban a Jim. Habría querido saltar y gritarle:

—¡No te necesitamos tanto como te crees, imbécil! Tenemos una proposición para hacerte. Tómala o déjala.

Shake empezó una larga historia acerca de un gran golpe que diera en épocas pasadas. Cuando Shake se ponía a contar anécdotas como aquélla se olvidaba de cuantos lo rodeaban; hablaba para sí mismo. Doc advirtió la mirada de aburrimiento e indiferencia que Jim no trataba de ocultar. En realidad, nadie escuchaba el relato sino Windy, que soltaba carcajadas en los pasajes apropiados, pensando que Shake debió ser todo un hombre en épocas pasadas.

Jim terminó por interrumpir a Shake en la mitad de su relato diciendo amablemente:

—Sí, recuerdo todo aquello.

Pero a Shake era difícil contenerlo. Mentalmente, vivía en el pasado como suelen hacerlo todos los hombres que ya no tienen esperanzas. A veces hasta ponía frenético a Doc al persistir en contarle un relato que ya había narrado cincuenta veces.

—¿Te conté alguna vez algo de la época en que yo estaba sin un duro en Cheyenne, Wyoming?

Y, cualquiera que fuera la respuesta, se lanzaba a contar. Había que escucharlo o salir de la habitación.

—Apuesto a que nunca oyó usted esto desde el punto de vista de la muchacha, señor Farrar —insistió Shake—. Era de Wilkes Barre. Un día me la encontré en el hotel...

—¿Por qué no vamos al grano? —preguntó Jim, volviéndose hacia Johnny.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Doc irritado.

—... parecía ser millonaria —dijo Shake—, pero no tenía un cobre...

Doc se volvió y gritó despreciativamente a Shake:

—¡Basta de estupideces!

Shake se volvió y miró mansamente a Doc.

—Se me ocurrió que el señor Farrar tendría interés en conocer los pormenores del asunto aquel. Nosotros...

—Algún otro día —dijo Jim.

—¿Recordarás contármelo, Shake? —pidió Windy—. Estoy seguro que es un relato muy interesante.

Johnny gruñó para sus adentros. ¡Qué gente! Era un milagro que a Jim no lo sacaran de quicio. A Johnny le pasó por la mente una repentina premonición de desastre. Nada bueno podía salir de una asociación con una caterva de despojos como éstos. Echó una mirada a Jim pero el aspecto de éste lo tranquilizó. Parecía tranquilo, sólo absorto en el negocio.

—Sabemos que no existe duda alguna acerca de la señora Halvorsen —decía Jim—. Johnny la ha estudiado. Tiene millones. En realidad no hay duda acerca de nada, salvo esto: operaré solo, sin intervenciones de ninguna clase.

Pop se quitó la pipa de la boca lo bastante para hablar.

—Naturalmente —dijo.

—Espera un minuto, Pop —intervino Doc—. Nada tienes que ver en esto. Tú has tomado contacto con Johnny, y nada más. Te prometí quinientos dólares, y nada más. La señora Halvorsen nos pertenece a nosotros —añadió, señalando a Shake, Windy y a sí mismo—. Nosotros la localizamos.

Johnny advirtió que Jim estaba fastidiado.

—¿Cuál es tu opinión, Doc? —preguntó Johnny apresuradamente.

—Estoy poniendo a Pop en su lugar y nada más. Así sabemos a qué atenernos.

—Me imaginaba que tendría alguna parte —dijo Pop, desilusionado.

Jim le echó una rápida mirada.

—Yo me ocuparé de ti. Olvídate del asunto.

Pop sonrió, pero nada dijo. Sus preocupaciones quedaban borradas. Jim nunca hablaba en vano. Pop no pudo resistir el echarle una mirada triunfal a Doc.

Doc hirvió de rabia, y echando la silla hacia adelante, se levantó.

—Lo cual significa que no te debemos un centavo, ¿verdad, Pop? —preguntó con voz un tanto temblorosa.

—¿Qué se imagina usted? —intervino Johnny.

—No se meta usted en esto —dijo Doc—. Oiga...

Jim golpeó con la mano en la mesa y todos lo miraron.

—Esperen un momento, muchachos. O dejan ustedes de hablar de dinero o no intervengo en el asunto.

Hubo una larga pausa. Pop sonrió para sí con lúgubre satisfacción. Doc hizo una violenta mueca y se puso más pálido que nunca, pero apretó los labios y no dijo nada. Windy y Shake contuvieron la respiración, asustados por el repentino y desfavorable giro que tomaban las cosas.

—Pop percibirá sus quinientos dólares —dijo Jim—. ¿De acuerdo?

Nadie dijo nada. Johnny miró a Doc, que, después de una larga pausa, asintió.

—Muy bien —dijo Jim—. Ahora, arreglemos lo demás. Ustedes, muchachos, encontraron la candidata, de acuerdo. Pero yo tengo que hacer los gastos del golpe y correr los riesgos. Quiero las dos terceras partes. Es la única forma en que entro en el asunto.

—Pero eso sólo nos deja una tercera parte a nosotros —dijo Doc—. Es un asalto a mano armada.

—Espera, Doc —dijo Shake—. Una tercera parte es mejor que nada. Es aritmética pura.

—Estoy de acuerdo —intervino Windy, pero nadie le hizo caso.

—He de pensarlo —dijo Doc.

Jim se levantó de pronto.

—Acepte o rechace mi oferta ahora mismo —dijo poniéndose el sombrero—. Para mí es lo mismo. No he de morir de hambre.

Doc hizo una mueca, pero se mantuvo firme. ¡Qué situación! No tenía donde caerse muerto, y lo sabía. Sin embargo, algo en su interior lo impulsaba a resistir. Él también había sido un delincuente de gran envergadura. No era uno de aquellos que cualquiera podía atropellar.

Jim se volvió y se dirigió hacia la puerta. Johnny se levantó lentamente y lo siguió. No estaba preocupado, porque estaba seguro de que Jim sólo estaba fingiendo. Jim no estaba nada fastidiado. Sólo obraba automáticamente, como hiciera a su llegada con su actitud benévola.

En el preciso momento en que Jim echó a andar hacia la puerta Doc habló con voz ruda.

—Está bien, Farrar. Pero ¿puedo hacerle una pregunta?

Jim se volvió.

—¿Cuál?

—¿De qué importancia cree usted que será el negocio?

Sin dudar un instante, Jim contestó:

—Con semejante candidata..., unos cien mil dólares.

—¿Nos garantiza usted treinta mil dólares?

—Sí —dijo Jim—. Si me sale bien el golpe.

—Está bien —dijo Doc.

Jim se despidió de los demás y salió seguido por Johnny. Cuando la puerta se hubo cerrado, Doc dijo:

—Probablemente errará el golpe. Está poniéndose viejo. No se puede seguir así indefinidamente.

Pop le echó a Doc una mirada con una divertida sonrisa, pero no hizo comentario alguno.

—¡Diez mil dólares! —exclamó Windy—. ¡Recibiré diez mil dólares! ¡Ya me lo imaginaba!

—Si se da el golpe y, cuando se haya dado, si resulta —dijo Doc.

—Basta, Doc —intervino Shake—. Sabes perfectamente que el jefe no yerra.

Doc se sentó y se puso a tamborilear en la mesa. Su personalidad había sufrido un duro golpe. Estaba acostumbrado a Windy y Shake, ambos inferiores, y a la canalla que encontraba en las tabernas baratas que frecuentaba. No estaba de modo alguno preparado para un choque con un hombre como Jim Farrar. Había sido un choque físico, como si lo hubieran azotado. Se sentía agotado y lleno de vergüenza. Sonrió irónicamente para que lo vieran los demás.

—Siempre que veo a Jim Farrar me asombro de cuánto tiene de teatral.

Nadie dijo una palabra. Todos conocían a Doc mejor de lo que éste se figuraba.

En el camino a su casa, Jim se quedó silencioso durante tanto tiempo que Johnny separó la vista del camino para echarle una mirada interrogativa. El rostro de Jim parecía laxo y triste en la casi completa oscuridad.

—¡Vaya unas pretensiones las de ese pobre infeliz! —dijo Johnny tratando de animar a Jim.

—¡Qué gentuza! —dijo Jim, y volvió a quedar en silencio.

Aunque Jim nada dijo del asunto, el antiguo desasosiego había vuelto a él. El ver a aquellos cuatro ex hombres en aquella oscura trastienda le había disipado del pensamiento relativo a Tony; se sentía deprimido y solo. De cualquier modo que tratara de dar vueltas a las cosas, todo se presentaba fundamentalmente lúgubre y sombrío; sólo tenía por delante la decrepitud. Jim trató de figurarse cómo habría de ser a la edad de Pop; un viejo aburrido en busca de alguno a quien pudiera coger de la solapa y obligarlo a escuchar mientras hablaba de sí mismo y de lo que había sido. Un viejete de cabello blanco, sin dientes ni virilidad. ¿De qué servía seguir viviendo? Jim tuvo un repentino impulso de abandonar todo el asunto. Aquella desesperada búsqueda de la fortuna era absurda. En realidad, ¿no era fútil toda actividad? Todo

llevaba a la ancianidad, y, en última instancia, a la tumba. Gruñó para sus adentros, esperando que Johnny no advirtiera cuál era su estado de ánimo.

Cuando llegaron a la casa de la playa, se encontraron con que Tony había hecho encender fuego y la enorme habitación presentaba un aspecto tan alegre, así como Tony, envuelta en una bata color verde oscuro, que Jim recobró poco a poco su buen humor. La muchacha lo besó y le dijo:

—¿Tienes ganas de comer unos huevos revueltos? Basta que lo digas, y te los haré con mis blancas manos.

—Es tentador —dijo Jim, abrazándola—. ¿No te parece, Johnny?

Johnny se encogió de hombros.

—Creo que me he de callar la opinión, si no tienes inconveniente.

Por detrás de Jim guiñó e hizo una señal con la cabeza a Tony, quien hizo un rápido gesto con la mano queriendo significar: «Buen trabajo, muchacho».

Mientras Tony estuvo en la cocina, Jim se quedó mirando al fuego, que esparcía por la habitación un agradable olor a limpio.

Johnny llegó de la despensa y se quedó a su lado con un vaso de whisky en la mano.

—Este asunto será lo mejor que hayas hecho —observó.

—Sí —dijo Jim—. Con esto habré solucionado mi vida. Sólo que no me gusta embaucar a una mujer.

Johnny sonrió.

—Con el dinero que tiene, no le pesará mucho.

Charley Evans, amigo del colegio de Doc y gerente de *Las Armas de Marwood*, estaba muy entusiasmado con su nuevo «huésped», el señor James Lloyd, el magnate petrolero de Houston, Texas.

—Se ve que es un individuo bañado en oro —le dijo a su hermana, que vivía con él—, pero es muy democrático. Su secretario general, un abogado llamado Riley, hizo todos los arreglos para él y alquiló nuestro apartamento más lujoso sin regatear. Esperaba ver a alguna persona orgullosa, como son, al fin y al cabo, casi todos nuestros clientes, pues muchos de ellos son gente «bien». Me asombró ver al señor Lloyd. Es tan cordial que en seguida me sentí a mis anchas con él. Hasta el último de mis empleados tiene gran opinión de él. Da buenas propinas, por supuesto, y es amable con la gente de servicio, pero la cosa pasa de ahí. ¿Recuerdas las molestias que tuve con aquel príncipe ruso? Era muy generoso, pero, a pesar de eso, la gente de servicio no lo quería; era inaguantable y despótico... hasta conmigo. Me alegró el que se fuera. Hasta podrían haberle echado arsénico en la sopa, porque aquel cocinero italiano... Bueno, pues...

La hermana del gerente asintió con la cabeza para que su hermano viera que estaba escuchándolo. Charley no hacía más que hablar de sus «clientes», y en particular de los ricos. Estaba convencida de que su hermano era un hombre excelente, pero a veces su presunción le atacaba los nervios.

Durante la primera semana que pasó Jim en el Marwood apenas si estuvo en casa. Salía a eso de las diez de la mañana y se iba a su casa de la playa a pasar el día con Tony, recostado en la arena. Johnny llegaba en las últimas horas de la tarde y cenaban juntos. Jim regresaba al Marwood y se iba en seguida a sus habitaciones. Era un trabajador lento y calculador. Sabía que habría de notarse que apenas si estaba en casa, y era exactamente eso lo que quería.

Johnny se había ido a Santa Mónica, a un hotel a pesar de las protestas conjuntas de Jim y Tony. Insistió en que era mejor.

—¿Para quién? —había preguntado Jim sonriente.

—Para Telesforo, por ejemplo.

Pero de todos modos tenía sus motivos. Tony lo ponía molesto. Era precisamente de aquella clase de mujeres que se meten en líos de puro aburrimiento. Era bonita, sí, pero no era lo bastante inteligente ni perseverante para dominar su naturaleza por mucho tiempo, ni siquiera con un objeto importante. Había hecho resurgir a Jim; en cuanto a Johnny se refería, el propósito estaba logrado. Además, sabía que si se quedaba al lado de ella mientras Jim estaba ausente, el conquistarla sólo sería una cuestión de tiempo. Había oído hablar de ella por algunos amigos de Jim, de Florida, y no ignoraba que la muchacha carecía completamente de escrúpulos.

Tuvo un disgusto con Jim por abandonar la casa de la playa, y éste, con algunas de sus observaciones, casi lo incitó a manifestar sus verdaderas razones para irse. A

veces Jim lo asombraba con lo obtuso que era. Johnny jamás se hacía ilusiones acerca de su aspecto personal; estaba lejos de ser apuesto, y lo reconocía. Pero, de todos modos, jamás le habían faltado mujeres. ¿Por qué estaba Jim tan seguro de que Tony jamás le podría ser infiel? ¿Acaso no sabía que el aspecto y la corpulencia no bastan? ¿Acaso no había aprendido el hecho de que para algunas mujeres, especialmente mujeres como Tony, un hombrecillo que se quede con ellas es preferible a cien Adonis lejanos?

Más adelante tuvo otro disgusto, más serio, con Jim. En la casa de la playa había ocultos unos setenta y cinco mil dólares en efectivo, y Johnny era el único que sabía dónde estaban además de Jim. Johnny insistió que aquel dinero fuera depositado en una caja fuerte de un banco y cuando Jim preguntó el porqué, Johnny dijo:

—En primer lugar, porque sé dónde está. En segundo lugar, porque también lo sabe Tony.

—¿Estás insinuando que podría huir con él?

—Es humana.

—Y tú también.

Johnny se dominó con dificultad.

—Precisamente por eso lo digo.

—No es eso lo que quieres decir. Lo que pasa es que no quieres ser responsable en caso de que el dinero desaparezca.

—Eso mismo —dijo Johnny.

—Pues no desaparecerá —dijo Jim, estudiando por un momento el rostro de Johnny—. Quiero que el dinero esté bien a mano. En esta vida nunca se sabe qué puede ocurrir. Podría tener que huir de pronto. Esto no debería haber tenido que decírtelo.

Hubo cierta frialdad entre ellos durante casi toda una tarde, debido al segundo disgusto. Johnny opinaba que Jim estaba conduciéndose como un idiota, y Jim estaba convencido de que Johnny lo hacía como un imbécil. Por fin las cosas se arreglaron y cenaron juntos. Tony se emborrachó un tanto y los divirtió fumando un cigarro y bailando al propio tiempo una conga exagerada.

Al principio de su segunda semana en el Marwood, Jim resolvió que era tiempo de mostrarse a la hora de cenar. Se puso un smoking que le costara doscientos dólares en Florida y bajó al restaurante a las ocho menos cuarto. Presentaba buen aspecto con su hermoso cabello gris cuidadosamente peinado y su bronceado rostro, que ofrecía un gran contraste con la inmaculada pechera de la camisa. Bebió dos vasos de whisky, conversó amablemente con el camarero y no hizo caso de las demás personas que había allí. Unas mujeres hicieron favorables observaciones acerca de él a sus acompañantes, que formularon en respuesta pesadas bromas a costa de Jim.

Un poco después de las ocho, entró al comedor. André, el camarero principal, que jamás había visto a Jim sino que sólo había oído hablar de él a toda la servidumbre, lo reconoció en seguida y lo llevó a la mejor mesa disponible. Apenas se hubo sentado

Jim cuando se le acercó Charles Evans, resplandeciente.

—Buenas tardes, señor Lloyd —dijo, inclinándose cortésmente—. Me alegro mucho de verlo por aquí. Espero que encuentre usted nuestra cocina irreprochable, a pesar de los inconvenientes que tenemos debido a la guerra. Si no se siente usted satisfecho, le ruego que me lo diga.

—Gracias, señor Evans. ¿No quiere usted sentarse? Charley se sentó en seguida, contoneándose.

—Sólo por un rato.

—Me gusta el Marwood —dijo Jim—. Es muy agradable. He tenido tanto trabajo últimamente que no he podido llegar a conocerlo bien. Pero las cosas habrán de aplacarse pronto, espero, y pasaré más tiempo aquí. Necesito un descanso.

—Me preocuparé para que lo tenga. El Marwood es un lugar tranquilo y plácido. Quiero conservarlo así, de modo que cuido mucho a mis clientes. Es que Hollywood está muy cerca, ¿sabe?

Charley alzó la vista al cielo y meneó la cabeza, dando por sentado de que, comparadas con Hollywood, Sodoma y Gomorra eran recursos de retórica para pastores metodistas.

Alentado por el cortés interés que demostraba Jim, Evans siguió charlando. Jim empezó a descubrir que el gerente era un aburrido de ocho cilindros, pero nada dejó traslucir en sus ademanes. Evans resplandecía de placer al estar sentado de igual a igual ante un hombre tan rico y poderoso, tan democrático, accesible y poco parecido a muchos de sus clientes ricos, que parecían creer que un gerente de hotel era una especie de criado.

Evans advirtió de pronto que estaba haciendo perder mucho tiempo a Jim y se levantó muy contra su gusto. En el preciso momento en que estaba despidiéndose, una mujer alta, envuelta en un vestido blanco de noche fue conducida a una mesa vecina por André, todo sonrisas y reverencias.

—Buenas noches, señora Halvorsen —dijo Evans, inclinándose—. Me alegro de verla.

—Buenas noches, señor Evans —dijo la mujer con agradable tono.

Jim no hizo caso. Evans se volvió hacia él.

—Es una mujer encantadora, señor Lloyd. Una de nuestras mejores clientes.

—¿Sí? —dijo Jim sin moverse.

Evans se dirigió a la mesa de la señora Halvorsen, un poco fastidiado por la falta de interés del señor Lloyd por su cliente favorita.

Jim pidió su comida y se quedó fumando un cigarrillo y mirando tranquilamente por el comedor, que estaba llenándose poco a poco de gente. Por el rabillo del ojo vio a Evans alejarse de la mesa de la señora Halvorsen. Poco a poco, fue cambiando su silla de posición para poder ver bien a su «candidata». Se sintió asombrado. Sólo había oído decir que era una viuda rica, de unos cuarenta años. Se la había imaginado cursi o gorda, en resumen, presa fácil. No era gorda ni cursi, y parecía todo menos

«candidata». Era una mujer alta y delgada, de espléndida figura; tenía el cabello oscuro y abundante, y lo usaba peinado alto; su rostro era delgado, sensible y de apariencia distinguida, de hermosos ojos oscuros bajo arqueadas cejas. Parecía muy aplomada y confiada en sí misma. Vestía con sencillez y no usaba alhaja alguna; sólo un anillo de bodas. Aparte de unas pocas arrugas y de una mirada cansada, podía ser una mujer de menos de treinta años.

Jim se sintió levemente fastidiado. Si algo conocía a la gente, la mujer aquella iba a ser para él todo un problema. Había esperado algo más fácil. Aquella mujer iba a necesitar un gran cuidado y mucha astucia. Jim se sintió de pronto muy cansado. Se veía de nuevo en lo mismo de siempre, en aquello que había querido abandonar. Gimiendo para sus adentros, se prefiguró la aburrida comedia, paso a paso; el acercamiento, la construcción, el golpe y el abandono. Podía ser asunto de semanas, hasta de meses enteros, mientras que lo único que deseaba era quedarse echado al sol y gozar de la compañía de Tony. ¡Diablos! Dinero tenía bastante. ¡Al diablo Johnny por haberla metido en ese lío, al diablo con todos, chacales que aguardaban a su alrededor que él cazara la presa!

Volviéndose hacia el camarero, pidió una botella de vino. Necesitaba algo que lo animara y no quería pedir bebidas fuertes en medio de una comida; la gente podía considerarlo una excentricidad y comentarlo. Quería seguir dentro de las normas de cortesía lo más posible, así alejaría toda sospecha que pudiera surgir.

Terminó de comer antes que la señora Halvorsen y se levantó sin echar una sola mirada en su dirección.

La tarde siguiente se encontró con el gerente en el vestíbulo y se detuvo a conversar con él. El gerente comentó la frescura del tiempo en pleno verano y aseguró a Jim que en general los veranos de California no eran frescos como aquél.

—No es que sean calurosos en el sentido que se da a esa palabra en el Medio Oeste —añadió apresuradamente, para decir luego con obsequiosa sonrisa—: La encantadora señora de la cual le estaba hablando, la señora Halvorsen, me preguntó quién era usted. Se asombró al decirle que era usted un magnate petrolero. Me dijo que más parecía usted ser médico.

—¿Veterinario? —preguntó Jim, desempeñando su papel.

Evans se quedó asombrado por el comentario.

—No, no —dijo—. Un verdadero médico, un hombre de ciencia.

—Es una mujer hermosa —dijo Jim—. No la vi muy bien.

—Espero que no interprete mal mis palabras acerca de la señora Halvorsen —dijo Evans, sintiendo que Jim se preguntaba por qué hablar tanto de ella—. Es una de mis clientes favoritas. Se me ocurrió que a usted le agradaría saber que preguntó por usted.

—Gracias, claro que me agrada —dijo Jim, pensando: «Si no hubiera vivido bastante, pensaría que el querido señor Evans es un entrometido».

—Es una mujer muy cultivada —dijo Evans—. Y muy rica.

—Así parece —dijo Jim, y, volviéndose, se dirigió al ascensor.

Evans se mordió los labios, fastidiado. Habría querido presentar a sus dos clientes preferidos. Esperaba que fuera cosa fácil, pues el señor Lloyd parecía ser una persona accesible, pero en ese terreno... Y el señor Evans sintió que había algo de retraimiento en la actitud del magnate petrolero.

—¡Oh, esos ricos! —pensó—. Ciertamente es que tienen que mostrarse cuidadosos. Es una lástima. Es el caballero más presentable y el mejor partido que haya habido aquí desde la llegada de la señora Halvorsen. Espero que la señora no se aburra aquí en mi casa, tan tranquila.

Propenso por naturaleza a las preocupaciones, Evans se sintió algo incómodo; su oficio de gerente era mantener el hotel lleno de gente rica y respetable, y la señora Halvorsen lo era en sumo grado. Ahora bien, si se aburría...

La puerta del ascensor se abrió y salió la señora Halvorsen. Jim se hizo a un lado para dejarla pasar. La mujer vestía un traje azul marino y un enorme sombrero muy atrayente. Por un momento, posó la mirada en el rostro de Jim; aquella mirada era agradable, ni distante ni provocativa; había sin embargo en ella cierta timidez que le gustó mucho a Jim, quien hizo una amistosa sonrisa y se inclinó levemente al pasar ella; luego entró en el ascensor y subió a su habitación. Mientras se afeitaba, habló a su imagen que se reflejaba en el espejo.

—No me costará mucho conocerla. Y por cierto que ese maldito gerente está tratando de facilitar las cosas, como si fuera una comadrona. Es gracioso. Me pregunto por qué una mujer con tanto dinero y tanta clase se aburre. ¡Qué cosa más extraña!

Dos días después Jim bajó al restaurante a la hora del cocktail. Se sentía un poco cansado. Tony se había mostrado salvaje como un halcón durante la tarde; jamás la había conocido tan violenta. La muchacha había cambiado tan rápidamente de modo de ser que Jim se había quedado atónito. Primero le había hecho una escena terrible por nada; luego, en el preciso momento en que él estaba a punto de hacerla callar, se había vuelto dulce como una paloma, y antes de que Jim pudiera acostumbrarse a ese nuevo estado de ánimo, Tony había vuelto a mostrarse amorosa.

—Bueno —había dicho él—. Al menos no es aburrida.

El restaurante estaba muy tranquilo con su aspecto plácido y la reposada y cortés concurrencia diseminada en las mesas que hablaba en voz baja. Jim se sentó ante el mostrador, bebió un whisky y se puso a meditar.

Al rato oyó una agradable voz a sus espaldas y se volvió. Era la señora Halvorsen, acompañada por un hombre alto de unos cincuenta años, muy bien vestido, y de aspecto lánguido y satisfecho de sí mismo, lo cual fastidió a Jim. La tímida y agradable mirada de la señora Halvorsen se le posó en el rostro por un momento. Jim sonrió.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes, señor Lloyd —contestó ella, y siguió su camino.

Con su compañero, se sentó a una mesa a cierta distancia del mostrador, y Jim no pudo observarlos sin volver la cabeza. Pagó y salió. Era ya tiempo de que hiciera algo. El hombre que estaba con la señora Halvorsen parecía tener mucho dinero y haber vivido mucho.

Poco antes de que fuera a cenar, se las arregló para encontrarse con Evans como por accidente. Le habló de modo tan cordial que el señor Evans contestó, muy contento, y lo invitó a comer. Jim aceptó.

Las señora Halvorsen comió con su compañero, pero Jim pudo advertir que no estaba muy interesada en lo que él le decía. La señora miraba continuamente por todo el comedor. Por último miró a Jim, que se sonrió y le hizo una inclinación de cabeza. Evans sonrió e inclinó también la cabeza.

—¿Quién es ese caballero que está con la señora Halvorsen? —preguntó Jim.

—El señor W.W. Manning —dijo Evans rápidamente—. Es un gran abogado comercial. Ha sido cliente mío durante años.

—Su rostro me es familiar, pero creo que me equivoco.

—¿Le gustaría conocerlo?

—Sí —dijo Jim—; es posible que lo haya conocido antes. Me gustaría saberlo.

Cuando hubieron terminado de comer, se detuvieron ante la mesa de la señora Halvorsen. Evans presentó Jim a Manning y a la señora. Conversaron un rato, después de lo cual Jim dijo que tenía que irse a nadar para tener una noche de sueño descansado. Echó una mirada a la señora Halvorsen.

—La playa está preciosa a estas horas —dijo, hablándole directamente.

—No he estado en la playa desde que llegué, es decir, no para nadar.

—Pues yo sí —dijo Manning—. No confío en el Pacífico, que lleva bastante mal su nombre.

«¡Estúpido!» pensó Jim. Era evidente que la señora tenía ganas de ir a nadar.

—Pues, buenas noches —dijo—. Me alegro de haberles conocido.

Sonrió a la señora Halvorsen, que sonrió a su vez muy amistosamente, aunque con una leve expresión de desilusión que a Jim no le pasó inadvertida.

En cuanto Jim hubo llegado al vestíbulo, se deshizo de Evans diciéndole que iba a dar un paseo antes de recogerse. Se fue a una farmacia y de allí llamó a Johnny para comunicarle las disposiciones que había que tomar: Tony debía pasar todo el día en el hotel de Johnny o en cualquier otra parte que le gustara; Johnny debía ir a la casa de la playa y aparentar ser su dueño.

—Yo haré lo demás —dijo Jim.

—Buen trabajo —contestó Johnny.

Aquella noche Jim durmió muy mal. Estaba con los nervios de punta, como siempre, al comenzar el largo proceso que terminaba invariablemente con la separación del «Candidato» de su dinero. En la madrugada se levantó y miró por la ventana. A lo largo de la amplia avenida las palmeras se erguían, rígidas, a la pálida luz de la mañana. El aire estaba claro como cristal, lo cual auguraba un día caluroso,

perfecto para la playa.

—A esa mujer le gusto —observó al volver a la cama—. Sí, pude verlo en sus ojos. Pero tendré que andar despacio con ella.

Jim telefoneó a la señora Halvorsen a las diez de la mañana siguiente. Se disculpó por llamar tan temprano, pero ella le dijo que hacía horas ya que estaba levantada; su voz era muy agradable y amistosa, y Jim creyó notar en ella algo de ansiedad. Le dijo que su secretario general, el señor Riley, poseía una casa en la playa y que a menudo iba hasta allí a nadar. Añadió que como hacía un día tan hermoso, se preguntaba si ella no le gustaría ir con él. Podían volver al hotel a la hora de la cena, si ella quería.

—Acepto encantada —dijo la señora Halvorsen.

—¿Podría usted estar lista dentro de una hora? —preguntó Jim cortésmente.

—Y en media hora también, si usted prefiere.

Tres cuartos de hora después estaban en el automóvil de Jim en dirección a la playa de La Junta. La señora Halvorsen se había puesto un sweater azul marino, y un traje sastre blanco; parecía bastante joven, no sólo por su delgada silueta sino también por su expresión; estaba contenta y entusiasmada como un niño que sale de excursión.

«Es una mujer espléndida, y toda una señora», se dijo Jim para sí, mirando respetuosamente a la señora Halvorsen de tiempo en tiempo. «No es mi tipo, pero de todos modos, es admirable».

—Tengo entendido que se ocupa usted de negocios de petróleo —dijo la señora Halvorsen cortésmente.

—Más o menos —contestó Jim.

—¿En Texas?

Jim asintió.

—Hubo una época en que mi marido tuvo muchos intereses en el campamento de Santa Ana.

Jim la miró de soslayo y se tranquilizó. Aquella mujer no estaba tratando de sonsacarle; sólo estaba iniciando una conversación.

—Todos perdimos un poco en aquel yacimiento —dijo él, con una adecuada expresión de indiferencia—. En realidad donde más dinero gané fue en las refinerías de petróleo. Todo cuanto gané allí lo perdí en los yacimientos. Y ahora que el gobierno sé ha hecho cargo de todo... pues, me contento con tener para comer...

Se volvió y sus miradas se encontraron. Jim se rió, y ella también.

—... pero como muy bien.

—¡Qué lindo hotel es el Marwood! ¿No es cierto?

—Sí —dijo Jim—. Es un precioso lugar.

—Un poco tranquilo para usted, quizás.

Jim le echó una mirada. Había algo de ironía en la sonrisa de la mujer. «¿Qué diablos te propones?», pensó él.

—A veces —concedió.

—No quisiera que me interpretara usted mal, señor Lloyd. No estoy insinuando

que sea usted un juerguista. Lo único es que no parece usted tan... tan fosilizado como algunos de los hombres que he conocido aquí.

Jim se rió. Era verdaderamente divertido. No había oído la palabra «juerguista» empleada en ese sentido desde su niñez. Antes, su madre siempre solía censurar a los «juerguistas».

—El Marwood es muy respetable —dijo Jim, y, en un aparente arranque de candor, prosiguió—: Personalmente me gusta emborracharme de vez en cuando. No demasiado a menudo. Pero no lo repita usted. Al señor Evans no le gustaría.

La señora Halvorsen se rió bastante del chiste. ¿No es divertido? Pensó Jim, y se rió también. Cuando llegaron al camino de la playa, ya la señora Halvorsen había empezado a hacer observaciones que para él apenas sí eran chistosas, en realidad, algunas de ellas eran bastante tontas. «Bueno», pensó Jim «quizá sea consecuencia de vivir en Minneapolis».

Al llegar a la casa de la playa, Johnny se mostró tan puntilloso que Jim tuvo miedo de que estuviera exagerando. En realidad, Johnny, algo intimidado por la señora Halvorsen, estaba nervioso. Envidiaba a Jim su soltura y su total naturalidad. ¡Qué hombre! Se le podía dar una semana y él conseguiría conquistar a cualquier mujer de la región.

Después de una pequeña conversación, Jim propuso que fueran a nadar. Johnny estaba hablando demasiado y Jim tuvo miedo de que cometiera algún desaguisado. De vez en cuando, miraba a la señora Halvorsen. La actitud de la mujer lo tranquilizó; parecía aceptarlo todo sin examinarlo y estar completamente a gusto.

Johnny la condujo a un dormitorio llevándole la bolsa de playa, obsequioso como un portero.

—Mi mujer está fuera de la ciudad, señora Halvorsen —dijo—. Ésta es su habitación. ¿Encuentra todo bien?

—Perfecto. Gracias.

Johnny se inclinó levemente, cerró la puerta y bajó apresuradamente a la habitación en que Jim estaba desvestiéndose para ir a la playa.

—¿Quieres hacerme creer que esa señora se siente sola? —preguntó, mientras Jim se desvestía flemáticamente.

Jim asintió.

—Eso te dije.

—Pero ¿por qué? No lo comprendo. Tiene una hermosa presencia y, mucho dinero. ¡Y qué aire tiene, hermano, si parece una reina!

—¡Oh, no exageres!

—¿Cómo llegaste a conocerla? ¡Eres un demonio!

—¿Te asombra? Hace quince años que hago lo mismo o poco menos.

Johnny se quedó mirando a Jim con respeto y admiración. El jefe era fastidioso; a veces parecía ser muy obtuso y tozudo, pero ciertamente sabía hacer las cosas. No era extraño que siempre le saliera todo bien.

—Mira, Johnny —dijo Jim, buscando entre sus maletas—. No hables tanto. Descansa. Si ella te hace una pregunta, contéstala y basta. Déjame el resto a mí.

—Creí que lo estaba haciendo muy bien —dijo Johnny—. Claro está que me sentía un poco nervioso.

Le echó una mirada cargada de reproches a Jim, quien no le hizo caso.

—¿Dónde está Tony?

—Se fue a Los Angeles en ómnibus.

—¿A qué hora vuelve Telesforo?

—Volverá muy tarde.

—Mira; esta vez no quiero que se quede a comer. Más tarde será otra cosa. Trata de disculpar de alguna manera la presencia del filipino.

Johnny asintió.

—¿Quieres que me quede por aquí?

—Sí —dijo Jim—, y muy cerca. Tengo que andar muy despacio.

Johnny sonrió y asintió, después de lo cual se quedó mirando a Jim, que ya estaba listo para la playa. Parecía mucho más corpulento y rudo sin ropas; estaba muy tostado por el sol y a pesar de estar más gordo de lo que le correspondía, por el cuerpo no parecía tener cuarenta y dos años.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —dijo Jim equivocándose sobre el significado de la mirada de Johnny—. Estoy gordo. Pero ya adelgazaré.

—Pues a mí me gustaría ser gordo como tú —dijo Johnny, haciendo una ligera mueca al pensar en su cuerpo flacucho y de pecho angosto.

Johnny silbó por lo bajo cuando la señora Halvorsen bajó a la playa llevando una malla blanca que le sentaba a la perfección. Jim le tendió la mano y la ayudó a bajar los escalones. Johnny vio cómo la mujer echaba a Jim una rápida mirada de admiración, después de lo cual bajó modestamente los ojos. Jim le sonrió.

—Me llamo Jim —dijo él.

—Y yo, Gladys —contestó ella, y ambos se rieron.

Avanzaron por la playa y se sentaron bajo la sombrilla. Hacía un día hermoso; el cielo estaba azul y en el horizonte se destacaban algodonosas nubes blancas. Por todas partes volaban gaviotas.

—Parece extraño todo esto sin barcos ¿no es cierto, Jim? —dijo la señora Halvorsen, vacilando un momento antes de llamarlo por su nombre de pila.

—Sí —dijo Jim, a quien aquella vacilación le encantó—. El océano parece muy solitario a veces. Nunca se ven sino algunos botes de pesca. De noche es peor, Gladys.

Y la llamó por su nombre como si la hubiera conocido siempre.

Johnny se quedó mirándolos por un minuto, después de lo cual carraspeó y dijo:

—Perdonadme. Pronto he de volver.

Jim lo miró, fastidiado, pero Johnny se metió apresuradamente en la casa, sin hacerle caso.

—Me gusta el señor Ryley —dijo la señora Halvorsen—. Es muy cordial y considerado.

—Es un buen muchacho; un poco charlatán a veces.

—No se fije usted en eso. En general, no me gusta mucho hablar. Me siento más inclinada a escuchar.

—En cambio a mí me gusta oírme hablar a mí mismo —dijo Jim—. Tendríamos, pues, que llevamos muy bien.

La señora Halvorsen sonrió y posó la mirada en el rostro de Jim.

—De eso estoy segura —dijo al rato.

¿Qué demonios era aquello? Jim la miró de soslayo. Pero no. No era una astucia femenina. Sólo era una observación amable. Aquella dama era toda una dama. Jim se tranquilizó.

Hablaron unos minutos de California, después de lo cual se presentó Johnny. Se había mudado de ropa. Por entonces vestía una camisa de polo azul y blanca, pantalones blancos y una gorra de marino. Jim lo encontró ridículo y tuvo ganas de reírse, pero se contuvo. La señora Halvorsen se volvió y le dijo:

—Pero señor Riley, ¡qué elegante está usted!

Y Jim vio cómo a Johnny se le dilataba el pecho.

Se detuvieron en el camino de regreso y cenaron en un pequeño restaurante especializado en mariscos, en una escollera. Mientras comían, pudieron oír el agua bajo sus pies y sentir el golpeteo de las olas que rompían bajo los pilotes. Habían bebido dos cocktails antes de cenar. La señora Halvorsen había protestado, diciendo que no solía tomar más que uno, pero de todos modos había tomado otro. Se embriagó un poco, lo cual divirtió mucho a Jim, y se puso locuaz, sin tener la menor idea de que se sentía mareada.

Jim tomó un coñac después del postre, y ella también «sólo por hacerle compañía».

Había caído la noche. Una suave brisa empezó a soplar y la oyeron silbar en el pequeño restaurante. En el mar, se oyó la sirena de un buque, que resonó, lúgubre, en la oscuridad. El dueño del restaurante hizo un pequeño fuego en la chimenea de piedra y pronto las llamas crepitaron en el hogar.

—¡Qué bonito es esto! —exclamó la señora Halvorsen—. No recuerdo haberme divertido tanto.

—Me alegro mucho oírsele decir —dijo Jim.

—Es que lo he pasado muy mal durante años. Mi marido nunca tuvo buena salud; además, no le gustaba viajar ni ver a otras gentes. Le gustaba quedarse en casa, leer y escuchar la radio.

Vaciló y miró su vaso de coñac.

—No es que me importara, en realidad. Me sentía muy feliz al hacer lo que él quería.

—Pues no siempre suele ocurrir así —dijo Jim.

—¿Sí? —preguntó ella un tanto asombrada—. Jamás se me ocurrió pensarlo. Es que vea usted... Yo se lo leía todo a mi marido. Fui su secretaria.

Al oír aquello, Jim se sorprendió. Jamás Ja señora Halvorsen le habría parecido ser una secretaria que se casara con su patrón; no era ésa la idea que él se había hecho de las secretarias.

—Trabajé para él alrededor de diez años —prosiguió ella—. Era el hombre más solo que hubiera visto en mi vida, y le tuve mucha lástima.

Jim murmuró cortésmente algo por lo bajo, y ella levantó en seguida la vista.

—No sé por qué le estoy contando todo esto —dijo la señora—. Dígame, por favor, si le aburro, pero ¡hace tanto tiempo que no encuentro a nadie con quien pueda hablar!

—No me aburre en absoluto.

La señora Halvorsen vaciló, sorbió un trago y sonrió a Jim.

—Mucho me temo que sí, y que usted me está tolerando.

No volvió a hablar de su vida particular, y Jim no trató de sonsacarla. Al regresar a la ciudad, propuso que fueran a un cine.

—Siempre que no esté cansada —añadió.

—No lo estoy —dijo ella.

A Jim el cine le aburría; raras veces iba y sólo para matar el tiempo o por motivos de «trabajo». Pero a la señora Halvorsen le gustaba mucho el cine; conocía a todos los astros de la pantalla. Después de la función, mientras volvían hacia el hotel, le dijo a Jim que el cine y la radio eran excelentes para la gente que se sentía sola.

Jim pensó que su compañera era una persona curiosa, pero que le gustaba. Había cierta sinceridad en el modo de ser de aquella señora que no podía dejar de admirar. En verdad, la sinceridad era algo que no esperaba en las mujeres ni en los hombres, pero, de acuerdo con lo que había vivido, menos la esperaba en las mujeres. Por sinceridad entendía él «rectitud». Un individuo «recto» no traicionaba a sus compañeros ni trataba de negar una deuda. Mucha gente considerada perfectamente sincera por la sociedad no habría podido ser clasificada de ese modo por las normas de Jim; carecían de «rectitud» y en muchos casos fallaban por el lado económico. Pero sentía que la señora Halvorsen no fallaba por ese lado. Era «recta».

Durante dos días Jim se alejó del Marwood en cuanto le fue posible. No quería que la señora Halvorsen concibiera la idea de que la estaba persiguiendo; y, además, por estar seguro de que le gustaba, creía que a la mujer le haría bien sentirse un poco impaciente y empezar a preguntarse por qué no la había llamado por teléfono.

Por la tarde del segundo día tuvo una pelea con Tony en la playa. La muchacha había tomado una o dos copas de más y empezó a formular observaciones que disgustaron a Jim. Johnny trató de aplacarla, sabedor de que Jim no iba a soportar aquello, pero Tony estaba en uno de sus momentos de terquedad e insistió. Por último Jim le habló con tanta dureza y desprecio que la muchacha se levantó de un salto, le arrojó un plato y se echó a llorar.

El plato no dio en el blanco y se estrelló contra la pared en el momento en que Telesforo entraba con el café. El pequeño filipino dejó apresuradamente el café sobre la mesa y se volvió a la cocina, donde se quedó temblando. Johnny se cogió la cabeza con ambas manos y se puso a gruñir.

Jim se quedó mirando a Tony con disgusto.

—¿Por qué no sientas la cabeza de una vez? —le preguntó por fin, con tono frío y despreciativo—. ¡Siempre estás llorando y arrojando cosas!

Tony se volvió y entró corriendo en el dormitorio, dando un portazo. Hubo un largo silencio. Johnny suspiró y encendió un cigarro, mirando a Jim, que estaba sirviendo tranquilamente el café.

—¿Estás hastiándote de ella? —preguntó Johnny cautelosamente.

—No sé —dijo Jim—. Tuvimos una escena parecida la segunda vez que salí con ella. Quisiera que descansara un poco, por amor de Dios.

—Si se queda por aquí, te fastidia; si no está, deseas que esté. ¡Así son las cosas, Jim!

Jim se volvió y estudió a Johnny.

—Así es. ¿Por qué?

—Pues... yo la encontré. La traje aquí. Siempre puedo volver a llevármela.

Jim se levantó con su taza de café en la mano y echó a andar por la habitación.

—Es algo difícil de expresar —dijo—. Ni yo mismo lo entiendo.

—Algún día te dará con uno de esos proyectiles —dijo Johnny—. Espero que sea un tomate y no una sartén.

—Tiene mala puntería —dijo Jim, y de pronto soltó la carcajada.

Johnny se quedó mirándolo.

—¿Qué te divierte tanto?

—Estaba recordando una noche en Miami. Estábamos en un restaurante. Un individuo sentado en otra mesa se quedó mirando a Tony. Era algún estirado de Nueva York que había tenido mejores tiempos. Tony se enfadó tanto conmigo que trató de pegarme en la cabeza con el bolso. Eludí el golpe en el preciso instante en

que el hombre estaba empujando el codo, de modo que el tipo recibió un whisky en la boca junto con el bolso de Tony.

Jim se recostó en el respaldo de la silla para reírse, y casi derramó su café.

—Nunca en mi vida vi una mirada como la de ese tipo. Era uno de esos individuos pomposos y dignos. ¡Qué risa!

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció Tony con aspecto muy contrito.

—¿Qué te divierte tanto? —preguntó con voz suave y llena de disculpas.

—Tú —dijo Jim—. Estaba contándole a Johnny de aquella vez en el Moulin Rouge.

—¡Dios mío! —exclamó Tony—. El individuo a quien le di tenía diez millones de dólares. Pero fue divertido.

Y, junto con Jim, se carcajearon. Johnny se quedó mirando a la pareja, asombrado. Tony tenía mucha influencia sobre Jim, de ello no le cabía la menor duda. El jefe aceptaba de ella cosas que no habría tolerado a nadie más.

Tony miró a Jim, luego le rodeó la cintura con el brazo y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Siento haberme portado mal —dijo.

—¡Oh, basta de niñerías!

Tony se alejó de él.

—Estoy tratando de disculparme —exclamó elevando la voz—, y mira cómo me recibes.

Jim abrió la boca para hablar, pero Johnny lo interrumpió.

—Siéntate, Tony. Te serviré café. Descansemos todos. Tony se sentó, muy serio. Jim se quedó mirando al suelo, sorbiendo su café.

—Oíd —dijo Johnny—. ¿Por qué no tratáis de llevaros mejor? Me estáis cansando.

Tony y Jim se miraron y echaron a reír. Jim se adelantó, e inclinándose la besó en la boca. La muchacha se volvió rápidamente y le rodeó el cuello con los brazos.

—Ninguna viuda millonaria te conseguirá —dijo—. No se te ocurra jamás.

—Lo que Jim quiere es su dinero, querida —dijo Johnny—. Por favor, por amor a Dios, descansemos.

Media hora después, Johnny salió para Santa Mónica, contento de alejarse. No sólo porque estaba cansado de las constantes riñas sino porque Tony estaba volviéndose cada vez más atrayente para él. Era una maldita muchacha, loca, que sólo causaba molestias, tozuda, voluntariosa, violenta, y, sin embargo...

—Me la jugaría si las circunstancias fueran otras —pensó Johnny—. Pero he de contribuir a suavizar las cosas hasta el momento de embolsar la pasta. Quizá Jim por entonces esté tan cansado de ella que me dirá que se la quite de encima. ¡Y entonces, vive Dios, sí que he de hacerlo!

No mucho después que Johnny se hubo ido, Jim se levantó para irse a su vez, pero Tony protestó.

—Sólo son las ocho y media.

—Quiero estar de vuelta alrededor de las diez. Cosa de negocios.

—¿Cómo es esa mujer?

—Es alta, de cuarenta años —dijo Jim con indiferencia.

—Será mejor que le quites el dinero sin hacer tonterías, porque en caso contrario me dará mucho, pero mucho fastidio.

—Es una mujer decente. No seas absurda.

—¿Sí? —dijo Tony—. Sé mucho de esas viudas cuarentonas. Ni un paralítico puede considerarse seguro.

Jim se encogió de hombros. Comparada con la señora Halvorsen, Tony parecía a veces bastante grosera. Se sentía ansioso por irse.

De pronto Tony lo abrazó, lo besó con violencia, lo mordió pero se echó atrás en cuanto él la rodeó con sus brazos.

—Espero que no tendrás tanta prisa ahora —dijo, sonriendo.

Jim trató de atraerla hacia sí, pero ella se desasíó y puso una silla entre ambos.

—Ven a buscarme —gritó, después de lo cual salió corriendo, entró en el dormitorio y mantuvo la puerta cerrada.

Jim terminó por conseguir abrirla. Tony estaba en el centro de la habitación, riéndose de él. En el preciso momento en que Jim avanzaba hacia ella, apagó la luz. Jim la sujetó después de corta lucha.

—Tony —dijo—. ¿Sabes qué eres? Eres un animalucho.

—¿Hay algo malo en ello? —contestó Tony.

Jim no regresó al Marwood hasta pasadas las tres de la mañana.

En la ciudad la noche era calurosa. Pop estaba sentado al lado de una ventana abierta en la taberna de Maxie, bebiendo cerveza fresca, abanicándose y rogando para que soplara una brisa. La angosta calle parecía mísera y lúgubre a la media luz. El mostrador estaba abarrotado de marineros borrachos y balbucientes, que mantenían la vieja pianola en continuo movimiento.

Pop se sintió un poco cansado y derrotado. No era el hombre que fuera unas semanas atrás, y no lo ignoraba. La breve mirada que echara al El Dorado lo había puesto fuera de sí. Había llegado a odiar la idea de estar en una esquina al lado de su telescopio, ganando monedas; peor aún, la memoria había empezado a fallarle; había perdido su vivacidad y sus clientes del bajo fondo que siempre lo elogiaran y dijeran que era de lo mejor, estaban empezando a preguntarse qué le pasaba.

Pop, por entonces, siempre estaba soñando. Doc le había prometido quinientos dólares; aquello no era una fortuna, pero, de un golpe no era cosa de despreciar. El jefe había dicho que se ocuparía de él. Y Pop se quedaba especulando durante horas enteras sobre qué había querido decir Jim. ¿Había significado que a Pop le tocaría una parte entera? ¡Aquello equivalía a diez mil dólares! No podía ser eso, y, sin embargo, ¡era tan linda la idea! O quizás hubiera querido decir que iba a cuidar de él personalmente, por unos dos mil dólares. De todos modos, tendría una buena cantidad de dinero en el bolsillo y podría descansar un rato. Quizás un rato bastante largo.

Pidió otra cerveza. Dos marineros estaban bailando juntos al son de la música de la pianola, haciendo payasadas, y se mostraron fastidiados cuando el camarero les dijo que se quedaran tranquilos. Pop buscó algo detrás de lo cual resguardarse para el caso de que se produjera una pelea. Pero uno de los marineros, más viejo que los demás, suavizó las cosas.

El camarero llegó con la cerveza de Pop, y éste se quedó bebiéndola y mirando por la ventana. ¡Dios, qué calor hacía! Habría sido hermoso estar en el campo con una noche como aquélla. Mas Pop no pensaba en la campiña de California. Había nacido en Indiana, y, a medida que pasaban los años, pensaba cada vez más en su tierra natal. Estaba pensando en una región llana, de granjas, bañada por la suave luz de la luna, en que los grillos cantaban en la alta hierba y las ranas en los pantanos mientras que las vacas rumiaban en la oscuridad, donde los perros ladraban contestándose unos a otros de granja en granja, y donde las luciérnagas volaban entre los enormes árboles produciendo un pálido brillo verdoso. Por todas partes se oía el verano, y el aire estaba un poco húmedo, fresco y delicioso.

Pop se estremeció. Alguien le estaba tocando el hombro. Era Doc, que sonreía irónicamente, sin presentar el desaliñado aspecto que le era habitual. Tenía corbata y camisa nuevas, y su ropa había sido cepillada; hasta estaba recién afeitado.

—¡Hola, Doc! —dijo Pop, volviendo de su sueño con esfuerzo—. Siéntate.

Doc se sentó frente a Pop y pidió con ademán pretencioso un whisky con soda. El

camarero le echó una mirada burlona pero no hizo comentario alguno.

—Estaba buscándote, Pop —dijo Doc—. Te echaba mucho de menos, y se me ocurrió que estarías aquí...

—¿Sí?

—Pues no pasa nada importante. Sólo que me preguntaba si sabías algo de nuestro asunto.

—Ni una palabra.

—No me ocultarías nada, ¿eh?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Pues... Me figuro que te llevas muy bien con Johnny y Jim.

—Estoy esperando... como vosotros.

—Ojalá le resulte el golpe, pues cuento con el dinero. Necesito mucho ese dinero. A Pop se le ocurrió que a Doc le pasaba algo. Tenía una mirada extraña.

—Si él no lo consigue es que no lo consigue nadie —dijo Pop—. Conque, paciencia, Doc.

—Me gustaría saber qué pasa. Se me ha ocurrido sondear a mi amigo Charles Evans. No me gusta estar a oscuras, y menos cuando hay un gran golpe de por medio.

Pop se quedó meditando, y habló luego con suavidad.

—Haces bien en hablarme así, Doc, pero no se lo comentes a nadie más. Si el jefe oye hablar de eso podrías pasar un mal rato. Espero que no estarás insinuando que pretende engañarnos, ¿eh?

—No es el hombre que solía ser.

—¿Y tú? ¿Y yo?

Pop sorbió filosóficamente su cerveza, deseando que Doc se fuera y lo dejara solo. Había algo muy inquietante en ese intranquilo doctorcillo. Algo inhumano, difícil de expresar. Pop recordó algo que oyera decir a un juez: «Es un hombre desesperado por falta de esperanza». Aquellas palabras en cierto modo se aplicaban a Doc.

—Se razonable —prosiguió Pop—. No hables así con nadie. Podrías armar un lío. Déjalo en manos de Jim. Hace años enteros que está en este negocio.

—Sí, aprovechándose de los subalternos que trabajan con él. ¡Dos terceras partes! Es un aprovechado.

Pop terminó de beber su cerveza y se levantó.

—Tengo sueño.

—Siéntate. Te invito a tomar un trago.

—No, gracias. Doc, si mi consejo te vale de algo, escucha: no te metas con Jim. Domínate. Es un buen individuo, pero no hay que cruzársele en el camino. Buenas noches.

Y salió apresuradamente. Doc se quedó mirándolo.

—Veremos quién puede más —dijo Doc, casi en voz alta, y luego se volvió a pedir otro vaso de whisky.

Shake estaba sentado con la silla hacia atrás en dos patas y los pies en el marco de la ventana, hablando con Windy y mirando sobre las miserables techumbres de la oscurificada ciudad.

—Con ese dinero —dijo Shake—, me retiraré. Un hombre cuidadoso puede vivir perfectamente con ochocientos o novecientos dólares por año. Piensa en eso, Windy. Una vez que ponga las manos en ese dinero, podré vivir sin preocupaciones por diez u once años. Me quedaré en mi cuarto, leyendo todo el día. La lectura completa la vida de un hombre —añadió mirando a Windy.

Windy miró pensativamente al suelo.

—¿Qué es eso de «la vida completa»? —preguntó por fin.

—Quiere decir que es beneficioso —explicó Shake.

—Entonces, ¿por qué lo dices de esa manera?

—Porque es una forma literaria de hablar.

—¿Y por qué no dices que es beneficioso?

—Porque también se dice de otro modo.

Windy se quedó cavilando.

—¿Por qué la lectura completa la vida de un hombre?

—Porque es así.

—¿Estás seguro de que no te equivocas?

—¡Claro que no me equivoco! —exclamó Shake, indignado—. ¿Estás tratando de culturizarme o algo por el estilo? He leído unos mil libros y apuesto a que leeré otros mil antes de morir.

Windy consideró por un momento a Shake con reverencia.

—Me gustaría poder leer alguna vez un libro —dijo—, pero siempre me duermo.

Hubo un corto silencio, después del cual Shake preguntó:

—¿Qué harás con tu dinero, Windy?

Windy se rascó la cabeza.

—No lo he resuelto aún, pues son muchas las cosas que me gustaría hacer. Primero tuve el propósito de conseguirme una chica. Con ese dinero, se puede conseguir la muchacha que se quiera. Pero no sé. Luego, tuve intención de depositar el dinero y entrar en el ejército.

—No te aceptarían. Has pasado de la edad militar.

—¡Al diablo con eso! Puedo vencer a seis individuos que se te ocurran —dijo Windy, temblando de indignación—. Soy fuerte como un toro. Al terminar la guerra, volvería con una medalla. Recogería mi dinero y sería alguien.

—Suponte que te maten.

—Sí —dijo Windy—. Ya había pensado en eso.

Al rato, Windy se levantó, bostezó y se desperezó, después de lo cual se echó en el diván. Hubo un pesado silencio, durante el cual los ruidos de la calle invadieron la calurosa habitación. Windy se quedó dormido y soñó que era un héroe y que un general le colgaba una medalla en el pecho. Shake se quedó mirando sobre los techos

de la oscura ciudad, pensando qué agradable sería tener una habitación para él solo, libros, comida y ninguna preocupación.

Jim encontró a la señora Halvorsen en el restaurante. Estaba sentada en un sillón, sorbiendo un coñac. Se volvió en el momento en que él entraba, como si hubiera estado esperándolo. Jim advirtió que había algo forzado en el saludo de la mujer, y se preguntó por qué. ¿Acaso a la señora Halvorsen le parecía haberse mostrado demasiado amable? ¿Acaso estaba un poco fastidiada por no haber tenido noticias de él? Jim sonrió, se sentó a su lado y pidió un coñac doble.

—Estoy agotado —dijo.

—¿Qué le pasa, señor Lloyd? —preguntó ella, muy cortés.

—Es que he estado trabajando mucho estos últimos días.

La mujer se volvió a mirarlo.

—¿Cosas de negocios?

—Sí. Cosas que se presentan de pronto, y Riley no puede con tanto. La guerra lo ha complicado todo. Un hombre de negocios no puede saber a qué atenerse.

Bebió un largo trago de coñac y se estremeció.

—Es el primer vaso que bebo en dos días. Es probable que me emborrache y me ponga pesado.

La señora Halvorsen sonrió levemente.

—Me preguntaba por qué no lo veía en el comedor. Aún se mostraba un poco reservada, y Jim resolvió que había llegado el momento de ejercer un poco de presión.

—Iba a llamarla. Pensaba invitarla a cenar. Conozco un lugar en Palos Verdes que creo le gustaría. Pero como no podía zafarme de mis cosas resolví no molestarla.

La señora Halvorsen no dijo nada sino que se quedó mirando pensativamente su copa, y Jim prosiguió:

—¿Le gustaría ir a Palos Verdes esta noche?

La señora Halvorsen se mordió los labios.

—Lo siento... esta noche no puedo. Tengo que cenar con el señor Manning.

—¿No podría usted deshacer el compromiso?

—No creo que debiera. Ha sido muy bueno conmigo.

—Bueno —dijo Jim—. No quiero insistir. Es que había contado con usted...

Hizo una pausa, mirándola y volviendo a advertir aquella extraña mezcla de ansiedad y de retraimiento en la actitud de su compañera. No dudaba de que ella preferiría cenar con él, pero, por otra parte, no era de esas mujeres que se desviven por un hombre.

—Está bien —dijo—. Será en otra ocasión.

La señora Halvorsen tomó un trago.

—Quizá pudiéramos salir mañana por la noche —dijo, con cierta frialdad.

—Excelente idea —dijo Jim, sonriendo—. ¿La encontraré aquí a las ocho?

—Preferiría que viniera usted a buscarme a mi apartamento.

—Allí estaré.

El pequeño restaurante de Palos Verdes estaba situado en medio de eucaliptos en lo alto de una loma que dominaba el océano. Se sentaron a una mesa ante un ventanal enorme. La noche era clara, y, por debajo de ellos, la borrosa costa se extendía a lo lejos. Jim advirtió que la señora de Halvorsen se sentía muy feliz. Tomaron dos cocktails antes de cenar.

—Estoy volviéndome alcohólica —dijo ella—. Le voy a contar un secreto. Jamás había bebido coñac antes de la otra noche. Me gusta... pero es fuerte.

—Debería tomarlo en pequeñas dosis —dijo Jim—. De otro modo, sentirá usted que alguien le toca el hombro y al volverse no verá a nadie.

La señora Halvorsen, se quedó intrigada un momento por aquella salida, luego sonrió. Tenía una sonrisa encantadora y Jim la miró con cierta admiración.

—Jamás he oído a nadie hablar como usted —dijo ella—. A veces tengo que detenerme a comprobarlo.

—Es que he pasado mucho tiempo con gente ruda... en los campamentos petroleros —dijo Jim—. No hablo como debiera.

—¡Oh, no es so! Me gusta su forma de hablar. Sólo que a veces me asombra.

En el camino de regreso, la señora Halvorsen guardó un silencio tan largo que Jim empezó a mirarla por el rabillo del ojo. Pero el rostro de ella parecía tan tranquilo a la media luz que se sintió seguro de que todo andaba bien.

—Al separarse de él ante la puerta de su apartamento, la señora Halvorsen le tendió la mano. La mano estaba fresca y firme; a Jim le gustó el contacto.

—Temo no ser muy buena compañera —dijo con una de sus encantadoras sonrisas—. Pero en realidad he pasado una hermosa velada.

—¿Qué quiere usted decir con que no es buena compañera? —dijo Jim—. No recuerdo haberlo pasado mejor.

—¿No será usted tan perverso de decírmelo por pura cortesía? —dijo ella, echando la cabeza a un lado y sonriendo a Jim, que no dejó de pensar en que a pesar del aplomo del porte de su compañera había a veces algo de torpeza, sin duda porque aquella mujer no tenía mucho mundo.

Y, al despedirse, volvió a observar en la actitud de ella aquella extraña mezcla de ansiedad y retraimiento.

Jim abrió pensativamente la puerta de su apartamento. Con la señora Halvorsen era menester andar con cuidado. Era una mujer de una clase totalmente nueva para él.

Después de la cena en Palos Verdes, salieron juntos casi todas las noches. Iban al cine, a teatros, y recorrieron todos los lugares a que solían concurrir los turistas. Olvera Street, Chinatown y hasta el cabaret de Earl Carrol, donde Jim vio una muchacha alta y rubia entre las coristas, que resolvió recordar para más adelante... pero cambió de opinión al pensar que tenía el espíritu ocupado por el momento.

La señora Halvorsen era tan elegante y sus movimientos eran tan majestuosos que Jim empezó a sentirse orgulloso en su compañía. Formaban una hermosa pareja y la

gente los miraba.

Ella gozaba en silencio. A veces, Jim se preocupaba por ella, preguntándose si se aburría. Pero siempre, al despedirse, su compañera le decía haber pasado un momento muy agradable, y había algo en su modo de decirlo que lo convencía de su sinceridad.

Se hicieron cada vez más amigos, pero a pesar de ello Jim no dejaba de sentir cierto retraimiento en su actitud para con él, como si estuviera probándolo. A veces aquello le hacía incurrir en torpezas de modales.

Jim se sentía totalmente intrigado. No estaba seguro de sí mismo.

Estaban en un cinema del bulevar Hollywood. Una de las películas que se proyectaban era de pistoleros. Ante el gran asombro de Jim, la señora Halvorsen se mostró tan entusiasmada durante una escena de persecución en que un automóvil caía de un muelle, que soltó un gemido y le agarró el brazo. Jim se volvió a mirarla. Estaba totalmente embelesada con la película, con los ojos dilatados, los labios entreabiertos; pero al momento sintió que Jim la miraba y se volvió hacia él.

—Es impresionante, ¿no?

—Sí —contestó Jim, reprimiendo la risa.

¡Una mujer de su edad entusiasmarse por una persecución de pistoleros! ¡Si hasta los niños estaban hastiados de ellas! De todos modos, aquello le dio una agradable sensación que él mismo no pudo comprender.

—Es por haber estado aislada tanto tiempo —pensó—. Diez años sin moverse de su casa escuchando la radio con un marido que podía haber sido su abuelo, o poco menos. Es como un tipo que sale a la calle después de un largo encierro. Todo cuanto ve le impresiona más que antes. Es como cuando Pete Weston fue puesto en libertad en Joliet; le ladraba un perrillo y casi se desmayaba.

Jim empezó a creer que la película no acabaría jamás; cruzó y separó diez veces los dedos, pero la señora Halvorsen parecía estar perfectamente a gusto. Vieron dos películas largas, un noticiario, un dibujo animado, una película educacional que mostraba qué hacer durante un ataque aéreo y una película corta del ejército. Era cerca de la una cuando salieron del cine y habían llegado bastante temprano.

—Ambas películas me gustaron, ¿y a usted? —dijo la señora Halvorsen mientras caminaban por el bulevar Hollywood hacia el lugar donde habían dejado el automóvil.

—También —dijo Jim.

Hacía una calurosa noche de verano y había mucha gente en la calle, dado la hora. Antes, por la tarde, había habido un poco de neblina, pero ya la atmósfera estaba clara y las estrellas titilaban en el cielo.

En una bocacalle, la señora Halvorsen cogió a Jim del brazo. Una pareja de muchachas que pasaban lo miraron e hicieron una observación. Jim miró a la señora Halvorsen; su compañera había fruncido ligeramente el ceño.

—¿Qué pasa? —dijo él.

—Nada.

—Está usted ceñuda.

—Es por aquellas muchachas —dijo la señora Halvorsen.

—¿Qué hicieron?

—Estaban mirándolo a usted. Una de ellas dijo: «Mira a ese muchacho, querida».

—Quizá se refirieran a algún otro. ¿Y aunque hubiera sido por mí?

—He visto cómo lo miran las mujeres en el hotel.

—Es por la forma en que me hago el nudo de la corbata —dijo Jim, riéndose y preguntándose adónde diablos quería llegar ella.

Hubo una pausa. Cruzaron la calle y entraron al parking. Jim entregó su ticket al vigilante y le dio una buena propina. El hombre sonrió y salió corriendo a buscar el automóvil.

—Es extraño —dijo la señora Halvorsen—, pero al verlo por primera vez supe que no era casado.

—¿Será porque no tengo aspecto triste?

—¿Así opina usted del matrimonio? Es una pregunta puramente personal, por supuesto. Es que soy muy curiosa respecto a usted, Jim. Jamás conocí a nadie como usted.

—Bueno —dijo Jim—. Nunca he pensado mucho en él. Lo que pasa es que jamás se me ocurrió casarme.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Pues, no sé. No tengo nada en contra del matrimonio, pero creo que no soy de los que se casan.

La señora Halvorsen guardó silencio por un rato tan largo que Jim se volvió a mirarla. ¿Qué demonios le pasará?, pensó. Luego tuvo un leve sobresalto. Aquella mujer millonaria estaba jugando con él, con la idea de casarse; de ello no le cabía la menor duda. Aquel pensamiento lo hizo salir por un momento de su madriguera de magnate petrolero. Se echó el sombrero hacia atrás y se pasó nerviosamente la mano por el rostro. Un agradable panorama se abría ante él. Casarse con una señora dos veces millonaria era algo en que podía pensarse. Pero en un minuto retrocedió ante la idea, recordando lo que había dicho durante años: «El que se case por dinero va por mal camino». Y sin embargo...

La señora Halvorsen lo llamó varias veces por su nombre antes de poder volverlo a traer a la tierra.

—¿Sí? —dijo él, recobrándose de pronto.

—Está portándose usted en forma muy extraña.

—Es que estaba pensando —dijo Jim.

La señora Halvorsen se sumió en meditaciones. A Jim no se le ocurría nada qué decir. Llegaron al Marwood en silencio. El portero abrió la portezuela y la señora Halvorsen se apeó. Jim iba a seguirla, cuando vio a un hombrecillo de pie en la esquina bajo un farol de alumbrado. Era Doc.

—¿Quiere que lleve su coche al garage? —preguntó el portero.

—No —dijo Jim—. Quiero ver al empleado del garage —y, asomándose por la portezuela le dijo a la señora Halvorsen—: ¿Quiere usted que tomemos un trago o es demasiado tarde?

—Me gustaría tomar un cocktail. Lo aguardaré en el vestíbulo.

El portero acompañó a la señora Halvorsen al hotel. Jim hizo avanzar el automóvil hasta la esquina y disminuyó la marcha. El hombre se volvió.

—¿Doc?

—Sí, soy yo.

—¿Está buscando a alguien?

—A nadie en particular —dijo Doc con insolencia.

—¡Oh, sólo está buscando complicaciones!

—Si usted quiere.

Jim se dominó con dificultad. Era evidente que Doc estaba intoxicado con alcohol, drogas o ambas cosas.

—Mire, Doc. Sea bueno. Váyase a su casa y descanse. Todo irá muy bien.

—Es mejor que así sea.

—No se haga el gracioso. ¿Con quién cree usted que está hablando? ¿Con Windy? Y ahora váyase antes de que el gerente del hotel lo vea. Otro movimiento en falso y le devuelvo la candidata. En realidad no sería mala idea hacerlo ahora mismo.

Y Jim soltó los frenos. Doc reconoció el engaño, pero no pudo hacer nada. Siempre existía la posibilidad de que Jim no estuviera simulando.

—Me voy —dijo Doc, y, volviéndose de pronto, echó a andar por la calle y se perdió en las sombras.

Jim llegó al garaje del hotel murmurando para sí. ¿Por qué no se moría Doc y ahorrraba a los demás muchos sinsabores? Estaba viviendo de más, eso podía verlo cualquiera.

—Revíseme usted la gasolina, el aceite y el agua —le dijo Jim al empleado del garaje.

—Sí, señor Lloyd.

Tomaron un coñac en el bar, que estaba desierto salvo una pareja de señores de cabellos grisáceos y aspecto digno, clientes del hotel que estaban ebrios a más no poder. Ambos hablaban a la vez y ninguno de ellos escuchaba. La cosa se ponía de lo más divertida. La señora Halvorsen hacía esfuerzos inauditos por contener la risa. Meneando solemnemente la cabeza, Jim dijo:

—Al señor Evans no le gustará esto. Le da mal nombre al lugar.

Subieron en el ascensor juntos y Jim llevó a la señora Halvorsen hasta la puerta de su apartamento.

—Son casi las dos —dijo mirando el reloj—. No me figuré que fuera tan tarde.

—¿De veras? Iba a preguntarle si no quería entrar un rato. Pero como es tan tarde...

—Sí —dijo Jim—. Será mejor que me vaya a echar un buen sueño.

Pero vacilaba. Estaba estudiando a Gladys de cerca y le parecía que aquel leve asomo de retraimiento que advirtiera en su actitud había desaparecido. Parecía ansiosa y esperanzada. Había en ella una dulzura y un encanto en ese momento, que hizo que Jim se sintiera extraño. Sus oscuros ojos generalmente brillantes y alertas tenían una expresión suave y casi suplicante. Jim sintió que por fin lo había aceptado, al menos en un sentido emocional. Aquél no era el momento de precipitar las cosas.

Que pensara en él por un tiempo.

—Buenas noches —dijo—. ¿La veré mañana?

—Si usted quiere.

—¿A comer?

—Sí, Jim.

Lo dijo de tan buena gana que Jim se sintió emocionado. Sonriendo, le palmeó el brazo, después de lo cual se volvió y echó a andar apresuradamente hacia su apartamento. Ante la puerta, se volvió. Ella lo estaba mirando. La saludó con un gesto de la mano y ella le contestó.

Sentada ante su tocador, envuelta en un negligé y peinándose el oscuro y abundante cabello, la señora Halvorsen estaba tratando de explicarse a sí misma su actitud para con Jim Farrar, pero finalmente, con un suspiro, abandonó la empresa. Era inútil. Nada en su vida la había preparado para un encuentro con un hombre como él. Instintivamente, sabía que no era de la clase de hombres en los cuales puede labrarse un futuro; nada acogedor había en su presencia; el efecto que tenía en ella era demasiado poderoso. En realidad, aunque se resistía a reconocerlo, aquello importaba un poco.

Se inclinó hacia adelante y miró de cerca a su imagen reflejada en el espejo. Tenía arrugas alrededor de los ojos, y eso la preocupaba, y, unos días antes, se había descubierto algunas canas. ¡Qué raro! Hasta poco tiempo atrás no había prestado atención a esas cosas. Pero desde entonces...

Peinándose lentamente pensó en el pasado, que, tal como había sido para ella, le parecía tan anormal, tan inevitable. No sólo había aceptado su destino por incapacidad para alterarlo; estaba contenta. No se había sentido muy triste al tener que abandonar sus estudios en la Universidad por haber perdido su padre su fortuna. La muerte de su padre, después de una larga enfermedad, le había parecido justa, pues terminaba con los sufrimientos del ser querido. Y se había considerado muy feliz, aun sin tener un centavo, por haber conseguido un empleo en la empresa Halvorsen y compañía. A los ojos de los demás empleados, su ascenso fue fenomenal; en dos cortos años había pasado del departamento de personal al *sancta sanctorum*, la oficina del señor Halvorsen. «El viejo» —como lo llamaban los empleados—, la intimidó en el primer momento con su apariencia lúgubre y lejana. Pero cuando llegó a conocerlo mejor, se dio cuenta que era una postura, que el anciano se sentía solo, que no confiaba en nadie y que por tal motivo temía a la gente. Además, era casi inválido y siempre estaba en manos de médicos. Se convirtió en su secretaria confidencial y durante ocho años no sólo cuidó de todos sus asuntos personales sino que lo animó, lo atendió, y, cuanto pudo, lo hizo feliz. Nadie se asombró más que ella cuando «el viejo» le pidió que se casara con él. Ella apenas si tenía treinta años; él tenía cincuenta y era un enfermo. Gladys vaciló, pero el anciano le aclaró que no pretendía absurdos y que sólo quería que ella heredara el dinero cuando él muriese. Después de la boda, «el viejo» volvió a gustar de la vida; su triste

cara se suavizó y se le oyó reír en los despachos, ante el asombro de muchos empleados viejos. Vivió unos diez años más y murió en sueños, con una sonrisa. La señora Halvorsen aún lo echaba de menos; a su modo, había sido un hombre excelente, pero ella sólo conservaba para él los sentimientos más suaves y apacibles. Y aquello lo sentía por entonces más que nunca, después de haber conocido a Jim, quien le hacía acelerar el pulso y que había modificado el aspecto del mundo para ella, sólo con su presencia.

La señora Halvorsen se inclinó aún más hacia adelante, hacia el espejo, y, frunciendo sus hermosos labios, se arrancó cuidadosamente tres canas. Luego estudió la cara por un largo rato y terminó por sonreír. Sin duda no representaba la edad que tenía. Consecuencias, quizá, de los largos años pasados con Carl. De pronto se sintió joven, animada, intranquila.

Se levantó y dio unos pasos de vals con un compañero imaginario, observándose en el espejo; luego se quitó la bata, subió a la cama de un salto, apagó la luz y se quedó en medio de la cálida oscuridad del verano, esperanzada, apenas capaz de esperar el alba de un nuevo día.

Estaban sentados en el cuarto de Johnny en el hotel Santa Mónica. Habían abierto las ventanas de par en par y una fuerte brisa soplaba del mar haciendo volar las cortinas.

Jim le había dicho a Johnny todo cuanto quería que supiera acerca del asunto, sin mencionar para nada la idea del matrimonio, por supuesto. El abogadillo estaba pensando en el plan, mirando al puerto, en que brillaba la resplandeciente luz del sol.

—Casi ha llegado el momento de dar el golpe —dijo Jim—. Pero no tengo prisa.

—¿Cómo lo harás?

—Aún no me he decidido. De cualquier modo saldrá bien, confía en mí. Hasta con un buen pretexto podría pedirle una buena cantidad de dinero prestado. Pero eso no me gusta; la separación sería más violenta, a menos que saliera de la ciudad. Creo que lo mejor es una inversión en petróleo. Son tentadoras. Será posible aliviarla de unos cien mil dólares; más quizás.

Johnny asintió pensativamente. Había visto operar a Jim todas las veces, y el jefe siempre actuaba con esa indiferencia tan poco ortodoxa. Pero sabía que Jim actuaba sin desperdicio. Trabajaba cuidadosamente hasta que el candidato estuviera presto a jurar que su palabra valía tanto como un título del gobierno; entonces enfocaba un ángulo, y antes de que nadie pudiera darse cuenta, el candidato caía; el dinero quedaba dividido y todos eran felices, hasta a veces el mismo perjudicado, que no se daba cuenta de haber sido engañado.

—Te haré saber cuándo has de dejar la casa de la playa —dijo Jim—. Es inútil irnos antes de lo necesario. A Tony le gusta el lugar.

—¿Cómo os lleváis Tony y tú? —preguntó Johnny al rato.

—Un día bien y otro mal. Pero las cosas no andan tan mal como antes. La estoy cansando, o ella a mí.

Johnny encendió un cigarrillo y no hizo comentario alguno. Hacía dos días que la muchacha había ido a verlo al hotel para decirle que sola en la playa se aburría mortalmente, y que si no la invitaba a tomar un trago y le hablaba, saldría a buscar al primer soldado que encontrara, sólo para divertirse. Johnny la sacó del hotel y se la llevó a un restaurante lo más pronto posible. La llevó a un departamento reservado, le sirvió bebida y le dio un sermón diciéndole que tuviera más cuidado. Ella se rió de él. No tenía miedo a Jim, y alardeaba que lo tendría cuando quisiera.

—Del mismo modo te tendría a ti en cuanto quisiera —añadió, riéndose de Johnny.

Se emborracharon un tanto y Tony se sentó en sus rodillas, por jugar, pero lo puso en un estado tal que trató de convencerla de que volvieran al hotel. Después de aquella demostración de poder, Tony se despidió inesperadamente de él y salió. Johnny, desde entonces, siempre se había sentido molesto. Era una mala muchacha, esa Tony. Por aburrimiento, metía en un lío a cualquiera.

En el preciso momento en que Jim se levantaba para irse, sonó la campanilla del teléfono y Johnny atendió la llamada. Retrocedió ligeramente y luego se recobró.

—Jim está aquí —dijo.

—¿Quién es? —preguntó Jim, sorprendido.

—Es Tony.

—¡Hola! —dijo Jim, fastidiado—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Lo ignoraba —dijo Tony—. Quería citarme con Johnny.

Jim hizo una mueca.

—Basta de comedia. ¿De qué se trata? ¿De comprobar dónde estoy?

—¡Eres inteligente! Lo sabes todo.

—¿Qué te propones? ¿Conquistar a Johnny?

Johnny levantó la mirada, molesto. Jim lo miró y se encogió de hombros como diciendo: «Esta muchacha es tonta». Johnny sonrió, aliviado.

—Me gustaría conquistarlo, Jim, pero prefiero conquistarte a ti. Si no me dedicas más tiempo haré algo desesperado.

—Como por ejemplo, ¿qué?

—Tenlo en cuenta.

—Mira, tengo mucho que hacer. Descansa.

—¿Vienes esta tarde?

—Pasaré por allí, pero no podré quedarme. Tengo que estar en la ciudad para cenar.

—¡Cómo! ¿Otra vez? ¡No haces más que comer con esa mujer! Pero por otra parte, espero que no hagas más que eso.

—Estaré allí dentro de unos minutos, hasta luego.

Jim miró a Johnny y se encogió de hombros.

—Cuando a éstas les falta sesos...

—Si fuera tan inteligente como bonita, sería demasiado —dijo Johnny.

En cuanto Jim se hubo ido, Johnny llamó a la muchacha.

—¡Hola, querido! —dijo perezosamente la muchacha—. Creí que estarías llamando. ¿Te asusté?

Y se rió por lo bajo, con ironía.

—Jim acaba de salir.

—Yo lo veo.

—¡Sé cuidadosa, por amor de Dios, Tony!

—Estaba a punto de ir a verte.

—No vuelvas por aquí, Tony. Nos meterás a ambos en un lío.

—Bueno. Iré al restaurante en cuanto se vaya Jim. —Johnny vaciló.

—¿A qué hora?

—¿Cómo puedo saberlo? Espera.

Y colgó el auricular. Johnny se levantó y empezó a recorrer la habitación. ¡Vaya una desfachatez la de la muchacha al citarlo! ¿Quién se imaginaba que era? Johnny

tembló de rabia, después de lo cual sacó una botella y bebió un trago. Lo que le ponía tan furioso era el estar seguro de que iba a ir al restaurante lo más pronto posible y que la esperaría por más que tardara.

Era una noche de sábado y el elegante salón nocturno estaba abarrotado de gente. Jim y la señora Halvorsen estaban vestidos de etiqueta, lo cual, unido al hecho de que eran gente de buen aspecto, los hacía blanco de todas las miradas. La gente que los rodeaba estaba relacionada en su mayoría con la industria cinematográfica y vestía en las formas más diversas; sólo había otra pareja vestida de etiqueta.

Un cronista de Los Angeles iba de mesa en mesa, conversando con sus conocidos y tratando de descubrir quiénes eran Jim y la señora Halvorsen. Ambos parecían ser personas adineradas y presentaban un aspecto fuera de lo común. Nadie los había visto antes, de modo que el cronista abandonó sus investigaciones con un suspiro: si aquellos muchachos y muchachas nada sabían de ellos... entonces aquella pareja no podía ser «gente».

La orquesta alternaba los bailables con alguna que otra pieza de rumba y conga. Jim no quería bailar con música sudamericana y la señora Halvorsen no sabía hacerlo. Se quedaron sorbiendo sus bebidas, observando a los bailarines y esperando que tocara la orquesta sudamericana.

—Me gustaría saber bailar la rumba —dijo la señora Halvorsen, mirando a Jim.

—A mí no —dijo Jim con una sonrisa—. Tendría que bailar si usted supiera. Queda feo que un hombre baile esa danza. A las mujeres les queda bien.

—En realidad hace diez años que no bailo.

—Yo solía bailar bastante en Florida —dijo Jim—. En un momento de debilidad dejé que una mujer me enseñara la rumba, y me fastidié. Desde entonces quería bailar la rumba continuamente.

—¿Qué fue de ella?

Jim la miró, asombrado.

—¿De la bailarina de rumba? ¡Oh, está en Nueva York, creo! ¿Por qué?

—Por curiosidad —dijo la señora Halvorsen, bajando la vista y sorbiendo un trago.

Jim la estudió rápidamente. Por primera vez desde que la conociera se sentía atraído por ella como mujer. Gladys vestía aquella noche un vestido amarillo; en el cabello llevaba flores y sus oscuros ojos brillaban de entusiasmo; presentaba un aspecto impresionante y poco común. Jim no pudo impedir mirarla con fijeza. No podía ser debido al alcohol; apenas había bebido dos coñacs. Le gustaban las miradas de Gladys, delicadas, aguileñas, patricias; mas a pesar de su evidente interés en él, siempre le había llamado la atención por su retraimiento y su señorío. Pero ya las cosas se presentaban de otro modo.

—¿Tomamos otro trago? —preguntó Jim—. Creo que esta orquesta sudamericana no dejará de tocar.

Gladys terminó su copa y dijo:

—Estoy lista para tomar otra ahora. Será la tercera y ya me he excedido en dos,

de modo que...

—Yo haré que vuelva usted a su casa.

Jim se volvió y pidió las bebidas. La orquesta sudamericana concluyó su número y abandonó la escena. El camarero les llevó más bebidas, y la pareja se quedó sorbiéndola, esperando que tocara la segunda orquesta.

—Gladys —dijo Jim—. Está usted hermosa esta noche.

—Gracias. Y usted está muy guapo. En realidad, me gustaría que aquella rubita que está allí dejara de mirarlo.

Jim sonrió pero no miró a la rubia. No necesitaba hacerlo; ya lo había advertido, catalogado y rechazado. Había visto centenares como ella en Nueva York y Florida. El hombre que estaba con ella parecía tener todo menos buen sentido. Una combinación perfecta.

—¿Le parece bonita? —insistió la señora Halvorsen.

Jim miró a la rubia.

—Según lo que usted quiera decir.

—¿Le gustaría ese tipo artificial?

—No divido a las mujeres en tipos —dijo Jim—. Al menos cuando no las conozco.

—Y ha conocido a muchas, ¿no es cierto?

—No más que los demás.

La señora Halvorsen le echó una mirada incrédula, después de lo cual echó a reír y bebió la mitad de la copa de un trago. Jim se quedó tratando de imaginarse adonde quería llegar. Varias veces ya pareció ella querer llevarlo a hablar de las mujeres que conociera. ¿Qué se proponía?

—Aún lo está mirando —dijo la señora Halvorsen, que estaba empezando a acusar el efecto de la bebida.

—Probablemente esté pensando en que tengo dinero en el banco.

—Es usted demasiado modesto.

El director de orquesta levantó las manos con gesto aburrido y lánguido, y la música empezó a tocar con ritmo lento una suave canción.

—Bailemos —dijo Jim, levantándose.

La señora Halvorsen sonrió y se levantó. Su sonrisa era un tanto insegura, y Jim la cogió del brazo y la ayudó a llegar a la pista. La gente llegaba de todas partes. Jim y la señora Halvorsen empezaron a bailar. A los pocos pasos, chocaron con una pareja. Era la rubia con su acompañante, hombre de aspecto desagradable, de edad mediana, gordo.

—Perdón —dijo Jim sonriendo.

El hombre se mordió los labios y no contestó, pero la rubita sonrió a Jim y con dulce voz le dijo:

—No es nada.

Lo siguió mirando. Después que la multitud los hubo separado, se volvió a

mirarlo. Jim oyó que el hombre le decía, furioso:

—Eloise, si no...

Jim sonrió.

—Ese hombre lo está pasando mal —dijo mirando a la señora Halvorsen, que a su vez lo miraba con fijeza con una expresión que Jim no podía definir.

—Quiero volver a casa —dijo ella.

A Jim se le borró la sonrisa.

—¿Qué pasa?

—No me siento bien, hay demasiada gente aquí. Hace calor, no puedo respirar. No me gusta la muchedumbre. Me pone nerviosa.

Había elevado la voz. Jim miró a su alrededor, molesto, y la acompañó a la mesa. La señora Halvorsen se sentó sin decir palabra mientras él pagaba la cuenta y esperaba el cambio. En cuanto volvió el camarero, Jim se levantó y la ayudó a ponerse el abrigo. Gladys se levantó de prisa y echó a andar entre las ocupadas mesas, sin volverse una sola vez a mirarlo.

Se quedaron en silencio esperando que les trajeran el automóvil. Las estrellas brillaban en el cielo y una suave brisa soplaba del Sur.

—Hermosa noche, ¿no? —dijo Jim, mirándola con curiosidad y sintiéndose un poco incómodo.

Gladys miró a su alrededor como una sonámbula.

—Me figuro que sí.

Volvieron en silencio al Marwood. Jim estuvo mirándola por el rabillo del ojo durante todo el viaje. Por último preguntó:

—¿Pasa algo malo?

—No —dijo suavemente la señora Halvorsen.

—¿No se siente usted bien?

—No debí haber tomado aquella tercera copa.

Hablaba con tono lejano, casi con rudeza.

Jim empezó a sentirse fastidiado. ¿Por qué había de hablarle de ese modo? No le había hecho nada.

—Lo siento —contemporizó.

Ella se instaló cómodamente, suspiró y se quedó mirando ante sí.

Al llegar casi a Marwood, Jim le preguntó:

—¿Se siente mejor?

Ella asintió levemente con un movimiento de cabeza.

Por entonces Jim ya se sentía un poco más que fastidiado. Tenía que recordar continuamente que aquello era estrictamente cosa de «negocios» y que la señora Halvorsen, para todo propósito práctico, no tenía individualidad sino que era un mero problema impersonal.

Sentía un fuerte deseo de expresar de algún modo su irritación.

Tomó una curva en forma muy brusca. La señora Halvorsen, sorprendida por la

maniobra, cayó contra él. Jim la miró. Gladys estaba pálida y sus rasgos se destacaban tensos a la suave luz de la calle. Lo miró fijamente en los ojos con una expresión que él no pudo sondear, y se retiró.

Cruzaron el vestíbulo en silencio y subieron por el ascensor. Ambos contestaron amablemente al saludo del ascensorista, pero no se hablaron. ¡Qué diablos!, pensó Jim, tratando de dominar el fastidio.

Mientras iban por el corredor hacia el apartamento de ella, Gladys sacó su llave. Jim creía que se la iba a entregar como hacía siempre, pero cuando llegaron a la puerta, ella abrió y entró. Y en el preciso momento en que la cerraba detrás de sí, dijo con extraña voz:

—Buenas noches.

La puerta se cerró. Jim se quedó mirándola, después de lo cual atravesó el vestíbulo, intrigado y molesto.

Al abrir su puerta, dijo en voz alta:

—¿Está loca o lo estoy yo?

Se quitó el abrigo y lo echó sobre una silla; se arrancó cuello y corbata y se desabrochó la camisa; luego se quitó los zapatos de charol. Bostezando, se sirvió un whisky que bebió de un trago.

—Que sufra —dijo, sirviéndose otro vaso—. No sé qué le pasa, pero sea lo que fuere... ya se le pasará. Siempre sucede lo mismo.

Era agradable descansar y dejar de representar un papel. Estaba cansado de ser el formal magnate petrolero. Quería ser él mismo. Le pasó un pensamiento por la cabeza, que lo hizo erguirse de pronto. ¡Tony! Eso era lo que necesitaba.

—Está loca —suspiró Jim—, pero ¡que mujer!

Había conocido a muchas mujeres durante los últimos veinte años, pero ninguna tan atrayente como Tony. Así lo consideraba desde la primera vez en que la viera en el Casino. Vestía un vestido de noche verde oscuro que destacaba su cabellera rojiza. Estaba ante la mesa de ruleta, fumando un cigarrillo y mirando, apasionada, el plato giratorio. Cuando perdía, soltaba un gemido, cuando ganaba, gritaba de entusiasmo.

Jim estaba con Roy Slavens. Señalando a Tony, dijo:

—Ésa es para mí.

Roy examinó a Tony y luego a Jim.

—Sólo es una pelirroja más.

—No me parece así. Averigua quién es.

Desde aquella noche, apenas si tuvo momento de paz. Ni siquiera alejado de ella podía verse libre; llevaba su imagen consigo a todas partes. A veces lo irritaba a más no poder; reñían violentamente y llegaban a odiarse; poco a poco, el odio disminuía, pero la violencia emocional suscitada por la riña, aumentaba y llegaba a agotarlo.

Jim se levantó de un salto y empezó a cambiarse de ropa, arrojando al suelo las que se quitaba. En el preciso momento en que estaba anudándose la corbata sonó la campanilla del teléfono. Ante su gran asombro oyó la voz del señor Evans, que

parecía nervioso.

—¿Señor Lloyd?

—Sí.

—Deploro molestarlo, señor, pero ¿me permite usted hacerle una pregunta? ¿No salió con usted la señora Halvorsen esta noche?

—Sí, fuimos a comer y luego a un cabaret.

—¿Pasó algo desagradable? Quiero decir, ¿pareció disgustada la señora?

Jim vaciló. No le gustaba el giro que tomaban las cosas. ¿Qué diablos había ocurrido? Sin duda la mujer estaba en algún estado de ánimo especial. Jim se sintió helado ante un pensamiento. ¡Gladys se había suicidado! Varias veces le había hablado de lo sola que se sentía. No tenía parientes ni amigos íntimos, nadie.

—No observé nada en particular.

Hubo una pausa, y el señor Evans prosiguió:

—Siento molestarlo, señor, pero ¿sabía usted que la señora Halvorsen pensaba marcharse?

—¿Cómo?

—Está haciendo sus maletas. Acabo de llamarle un taxi que llegará dentro de media hora, y estoy preparándole la cuenta. Me preguntaba si usted...

—Es nuevo para mí —dijo Jim—. Gracias por la noticia.

—Es que me siento tan molesto por todo —dijo el gerente—. No puedo figurarme qué...

Distraídamente Jim colgó el auricular y se quedó en medio de la habitación, mirando a la alfombra, anonadado. Aquel inesperado giro de los acontecimientos le borró por completo a Tony de la imaginación. Todos sus instintos se rebelaban ante la idea de que se le escapara una candidata millonaria. ¡Cómo se reirían de él!

Dudó, y cogió el teléfono, cuya campanilla sonaba agudamente.

—¿Jim? —dijo la voz de la señora Halvorsen, con tono tímido.

—Sí, Gladys.

—¡Qué agradable suena su voz! Jim, me asombra que no me corte usted la comunicación.

—¿Por qué habría de hacerlo? Me figuré que no se sentía usted bien.

—Me he portado como una chapucera que soy. ¡Vaya un modo de comportarse! ¡He pasado con usted los momentos más deliciosos de mi vida!

Jim suspiró, aliviado. ¡Ah, las mujeres!

—Pues me alegro. Y olvídense del asunto —dijo Jim, que casi agregó «muchacha», y se sonrió para sí al preguntarse qué le habría parecido a ella, llegando a la conclusión de que probablemente se habría reído.

—Casi lo abandono sin despedirme, de lo avergonzada que estoy.

—¿Cómo?

—Me voy, Jim.

—¿Por qué?

—Tengo mis motivos.

—¿Cuáles son?

—No creo que le interesen.

—Pues pruebe usted.

—No... No.

Gladys empezó a protestar, pero Jim colgó el auricular, salió apresuradamente de su apartamento y atravesó el vestíbulo. Llamó a la puerta. Después de largo rato, Gladys abrió. Estaba vestida de calle, de traje sastre. Tenía los ojos enrojecidos; había estado llorando. Aparte de eso estaba hermosa, elegante y aristocrática. Jim se sintió un poco intimidado y torpe pero en seguida se repuso. Como habría dicho Doc: «El canalla mostró la hilacha».

—¿Qué pasa, Gladys? —preguntó Jim—. No comprendo.

—Entre.

Jim entró y ella cerró la puerta.

—Siéntese, Jim. Comentemos el asunto con calma.

Jim se sentó y encendió un cigarrillo. Advirtió que le temblaban las manos, y las bajó rápidamente. Ella se sentó frente a él.

Por un momento, no consiguió hablar. Jim la miró. Gladys parecía triste pero resuelta, como si hubiera adoptado cierto criterio a pesar de todo.

—He resuelto no volver a verlo más, Jim.

—¿Qué le he hecho?

—Nada sino hacerme feliz y ofrecerme los ratos más divinos que haya pasado en mi vida.

Jim sonrió levemente.

—Tendría usted que explicármelo mejor.

—Así me lo propongo.

Gladys se levantó y se quedó mirando fijamente a Jim, haciéndolo sentirse un poco molesto.

—El hecho es que si seguimos de este modo, Jim, se me va usted a hacer indispensable. En realidad, ya lo es. Sólo me siento feliz cuando estoy con usted. Pero aquello ha durado poco. Así, pues, esta noche me resolví a irme y a no volver a verlo. Es la única solución. Si me quedo aquí... jamás llegaré a nada.

Jim le echó una mirada de soslayo. Advertía perfectamente que la tranquilidad de Gladys era simulada y que se contenía con gran esfuerzo.

—Comprendo.

—A pesar de que no es usted muy comunicativo —prosiguió ella— he podido hacerme una idea del hombre que es usted. El hecho de que nunca se ha casado me prueba lo que digo.

—No la comprendo.

—Por lo menos una docena de mujeres debieron haber tratado de casarse con usted... evidentemente sin resultado. Usted no es de la clase de hombres que se casan

y sientan cabeza.

—Tiene usted más o menos razón.

—Si por casualidad, se casara usted, su esposa tendría muy poca tranquilidad de espíritu.

—¿Por qué dice usted eso?

—Esta noche aquella muchacha rubia, la más bonita de todas las mujeres que había en el cabaret, lo destacó. Eso fue lo que me decidió.

—Probablemente haya creído que yo era rico.

—Eso fue lo que usted dijo. Pero yo no lo creo.

—En cuanto a que ella fuera la mujer más bonita... ni siquiera es de la clase de usted.

Jim se sintió mucho mejor. La señora Halvorsen quería casarse con él, pero tenía miedo de hacerlo. Lo único que necesitaba era ser manejada con habilidad y dulzura. En cierto modo, era inconveniente que las cosas se presentaran en esa forma. A aquella altura, toda clase de tino era ya imposible. El casamiento era otra cosa. Tony, Doc, los muchachos. Pero ¡qué excelente forma de retirarse de las actividades, con un millón!

La señora Halvorsen había vuelto a sentarse. Evidentemente estaba nerviosa y sin saber qué decir.

Sonriendo para sí, Jim dijo lentamente:

—Aún no comprendo por qué ocurre todo esto. Pero voy a adivinarlo. O estoy loco o ambos estamos pensando en casarnos.

—Yo al menos, sí —dijo tristemente la señora Halvorsen.

—Lo cual hace que seamos dos.

Gladys se quedó como pegada a su silla y empezó a retorcer su pañuelo y a hacer de él una pelota. Jim la estudió, preguntándose cuál sería su próxima actitud; no quería echar las cosas a perder.

—¿Lo dice en serio, Jim?

—Claro que sí.

—¿Y por qué conmigo?

—Podría yo preguntarle lo mismo.

Vaciló y apagó el cigarrillo.

—Si duda, piénselo, tómese tiempo. Si no, vámonos a México y casémonos.

Gladys se levantó y empezó a recorrer nerviosamente la habitación.

—No creo que resulte, Jim.

—Haré cuanto pueda para que resulte, es lo único que puedo asegurarle. No quiero prometerle milagros.

La señora Halvorsen se quedó mirándolo en silencio, con expresión indecisa.

—Sólo hay una cosa que no me gusta —añadió Jim y es que usted es más rica que yo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—El señor Evans me ha hablado de usted. Dijo que era muy rica.

—Así lo creen. Tengo dinero, y bastante, pero los impuestos se han tragado la mayor parte de los bienes de mi marido.

Jim se rió.

—Los impuestos me han devorado prácticamente a mí. Estoy al borde de la miseria.

La señora Halvorsen se encogió de hombros, impacientada.

—Eso no es importante.

—Para mí sí lo es. Espere que le pida dinero prestado. No le gustará.

—Le repito que no es importante. Nunca pasaremos hambre, si es eso lo que le preocupa.

Hablaba con tanta rudeza que Jim se levantó como fastidiado. Para sus adentros estaba aplaudiéndose por lo astuto de su juego.

—Es una preocupación que cuadra a todo hombre digno —dijo.

—¡Oh, Jim! —exclamó ella.

La abrazó. Gladys se puso a sollozar. La sentía temblar.

—Creo que México es nuestra mejor solución —dijo Jim con calma.

—Encárguese de todo, Jim. Estoy cansada de preocuparme por todo. Quiero descansar.

Lo abrazó con fuerza como si tuviera miedo de que se le escapara.

—Piense por mí, Jim. Dígame lo que hay que hacer.

Jim la abrazó con ternura y se quedó preguntándose cómo iba a arreglárselas con Tony y los demás. No se hallaba en un lecho de rosas.

LIBRO II

1

La ciudad mexicana resplandecía bajo el sol de la media tarde. Unos perros yacían jadeantes en cuanto sombra podían encontrar y a lo largo de las aceras, hombres cubiertos sólo por camisas, pantalones y sombreros de paja, estaban sentados en el suelo, apoyados de espaldas contra las paredes de adobe de sus casas, dormitando o fumando lánguidamente. De vez en cuando, algún viejo Ford pasaba dando tumbos por las adoquinadas calles, tocando su bocina para alejar a las cabras y gallinas que se salían perezosamente del camino.

Más allá de la ciudad, las montañas se erguían, abruptas, de aspecto rudo e imponente a la clara luz del día. El cielo era muy azul y casi sin nubes; rodeaba los altos picos montañosos una leve neblina y en lo alto, un águila describía círculos, vigilando sin duda algo que había bajo él, en tierra.

Jim, en mangas de camisa, recorría lentamente la calle principal, acalorado y sediento. Estaba transpirando profusamente y de cuando en cuando sacaba el pañuelo y se enjugaba la frente. Con un suspiro de alivio, entró en una cantina. Las persianas estaban bajas, y el interior, húmedo y fresco, olía a cerveza. No había nadie. Jim golpeó en el mostrador con una moneda de cincuenta centavos y aguardó. Volvió a golpear con impaciencia. Aquellos sudamericanos nunca se preocupaban por sus negocios. Esperaban que si no hacían caso al cliente éste habría de marcharse. A los pocos minutos una mexicana gorda salió de la trastienda con un niño en brazos. Sonreía acogedoramente.

—Buenos días —dijo.

—¡Hola! —dijo Jim—. ¿Será posible conseguir una botella de cerveza? Medio litro.

Y con las manos evocó la forma de una botella grande.

La mujer hizo un movimiento de cabeza afirmativo, buscó bajo el mostrador y sacó una botella y luego otra.

—Sólo hay de cuarto de litro —dijo—. ¿Le gusta mi niño?

—Es hermoso —dijo Jim apresuradamente—. Oiga; la cerveza está tibia. ¿No hay cerveza helada?

—Lo siento mucho pero no hay. Sólo tiene cerveza helada el hotel —dijo la mujer, sonriendo y acariciando al niño bajo la barbilla—. ¿No es hermoso mi hijo? Es fuerte y grande.

—Muy hermoso —dijo Jim, malhumorado—. ¿Qué le parece si me abre esas botellas?

—¡Oh, me olvidaba! En general es mi marido quien se ocupa de esas cosas. Anoche enfermó. No quiere levantarse. Creo que ha estado bebiendo...

Mientras trataba de abrir las botellas, el niño se puso a chillar y empezó a darle puntapiés a la madre con sus oscuros y descalzos pies. La mujer se rió, abandonando las botellas para ocuparse del niño.

—Basta, Antonio —dijo—. Me vas a enloquecer —y, volviéndose hacia Jim, añadió—: Patea como una mula, de tan fuerte que es.

Jim abrió las botellas y pagó a la mujer, quien sonrió e hizo una leve inclinación. Jim se fue a una mesa, cerca de la puerta, se quitó el sombrero y se sentó.

—Póngase usted cómodo, señor —dijo la mujer—. Tengo que trabajar.

Salió haciéndole mimos al niño, que aún la pateaba vigorosamente.

La cerveza no estaba tan tibia como Jim temiera. En realidad, estaba mucho más fresca que la que probara en el hotel. ¡Qué lugar! Nada salía bien y a nadie le importaba. Los frigoríficos del hotel se habían descompuesto la noche anterior y aún no habían sido arreglados. El cetrino gerente se había pasado el tiempo afanándose y tranquilizando a todo el mundo, pero nada se hizo. Probablemente no habría hielo en una semana.

Jim se sintió algo avergonzado mientras bebía lentamente su cerveza, gozando de la húmeda y fresca cantina. Gladys, que no se había levantado debido al calor, hubiera querido que se quedase con ella, nunca había estado en país extranjero y lo extraño de la aventura la trastornaba un poco. No le había pedido que se quedara, pero a Jim le constaba que a ella no le había gustado quedarse sola en aquel caluroso y miserable cuartucho de hotel.

Pero Jim no había podido resistir. Le era necesario salir. Desde hacía una semana apenas si había tenido un minuto para sí. Por primera vez en su vida se había visto acaparado día y noche, por otro ser humano, y aquel confinamiento lo había tomado irritable y molesto. Más adelante haría las cosas a su gusto; saldría y volvería cuando le conviniera, pero aquello era una luna de miel y estaba tratando de desempeñar su papel en ella.

Gladys no sólo era nerviosa y sensible sino muy afectuosa. Lo trataba como si fuera un enorme y torpe perro de San Bernardo. Lo acariciaba, palmoteaba y le hacía mimos, y no quería perderlo de vista un minuto siquiera. Dos cosas lo asombraban mucho en ella: la violencia de sus emociones y su sencillez. Parecía una colegiala enamorada. A Jim le costaba creer que su esposa hubiera tenido alguna experiencia en su vida.

Gladys tenía el sueño liviano; él, no. Si se volvía de pronto en la cama o se ponía a murmurar en sueños, Gladys se despertaba inmediatamente, creyendo que algo le pasaba, y no se mostraba satisfecha hasta que Jim abría los ojos y le aseguraba que se sentía bien.

Por último, le había dicho:

—Tesoro, me disgusta comentarlo, pero estás acostumbrada a un inválido y yo nunca me siento mal. No te preocupes tanto por mí.

Le había hablado con más rudeza de la que se proponía, y Gladys se mostró tan herida que no logró cerrar los ojos por el resto de la noche. En cuanto se despertó Jim por la mañana, Gladys empezó a contarle lo rudo que había estado con ella durante la noche, y Jim se vio obligado a disculparse dos o tres veces antes de lograr que ella

abandonara el tema. Le parecía que su esposa era demasiado sensible para propio bien de ella; a ese respecto, Gladys no desmentía su aspecto. Había algo muy fino y distinguido en ella que a Jim le hacía pensar, en cierto sentido, en un caballo de pura sangre.

Si las cosas hubieran tenido otro cariz, Jim no se habría mostrado tan paciente. Como con Tony... por ejemplo. No era el que Gladys fuese su mujer lo que le impulsaba a dominar su difícil carácter. A pesar de su intimidad, aún pensaba en Gladys desde un punto de vista impersonal; ella era un problema de negocios, y, como tal, merecía una atención cuidadosa y paciente.

Jim terminó la primera botella de cerveza y empezó la segunda. No quería apresurar las cosas con Gladys, pero en pocos días tendría que regresar. No se había comunicado con nadie más que con Johnny. Y ni siquiera el abogadillo sabía que se casaba. Jim se sintió algo extraño acerca de esa inesperada fase de la trama. Aquello iba a causar no pocos inconvenientes. Primero, Tony iba a armar un alboroto tremendo. Luego, tendría una escena terrible con Johnny, quien le haría ver que estaba patinando sobre una delgada capa de hielo y que podría verse enredado en las garras de la ley. Y por último, Doc se aprovecharía de ello para interponer aún más dificultades.

Jim no abrigaba duda alguna acerca de su capacidad para solucionar los diversos problemas planteados por su matrimonio; sin embargo, aquello iba a darle mucho trabajo.

Tony era la que más inconvenientes iba a suscitar. Quizá ya estuviera haciéndole la vida imposible a Johnny, tratando de averiguar dónde estaba. Jim le había confiado a Johnny la desagradable tarea de decirle que había sido llamado para atender un asunto importante. No había querido decírselo personalmente y verse obligado a pasar por la tonta, molesta e inevitable escena.

¡Tony!

La imagen de la muchacha se irguió ante sus ojos, seductora y burlona, despeinado el abundante cabello, entrecerrados por la risa los verdosos ojos, entreabiertos los gruesos labios, que dejaban al descubierto unos blancos dientes de animal. La imagen era tan vivida que casi fue una alucinación, y Jim se pasó nerviosamente la mano por los ojos. ¡Malditos sus ojos, que tantos inconvenientes le causaran últimamente! Desechó la idea de gafas, pues ¡diablos, aún no era tan viejo!

Terminó la segunda botella de cerveza y se levantó. Por la puerta, podía ver los cegadores rayos del sol. Habría querido quedarse en aquel lugar fresco y apacible y beber unas botellas de cerveza más. Pero sabía que Gladys estaría preguntándose dónde había ido.

—¡Al diablo! —exclamó—. Bueno, volveré.

—Salió al calor y a la violenta luz de la desierta calle.

Gladys estaba recostada en un sillón, muy hermosa en su negligé pero un tanto pálida. Jim acababa de bañarse y estaba sentado en la cama, envuelto en una bata,

estiradas las musculosas y velludas piernas.

Había caído la noche. De la calle llegaban unos sonidos musicales. Música mexicana, melódica y triste.

—¿Cómo te sientes? —preguntó por fin Jim.

—¡Oh, pues me siento muy bien! —contestó ella, pero Jim sabía que no era cierto.

—Oye, creo que debiéramos volver.

Gladys lo miró con leve sonrisa.

—¿Hastiado ya?

Jim se encogió de hombros con impaciencia.

—Por supuesto que no. Me preocupas tú. Desde que estamos aquí nunca te has sentido bien. Hace demasiado calor; demasiada sequedad; no puedes conseguir nada de lo que quieres. Es como vivir en Alaska.

—Podríamos ir a la capital.

—Sí, podríamos, pero ¿por qué? ¿Por qué te parece mal California?

—Por nada —dijo ella, echándole a Jim una penetrante mirada.

Él la advirtió y la miró pensativamente, preguntándose qué quería decirle.

—De todos modos —dijo él—, estamos en guerra. No es mala idea la de estar en nuestro país.

—Creo que tienes razón, y, a propósito de guerra, Jim, ¿cuál es tu estado? Se me olvidó preguntártelo —repuso Gladys, mirándolo con ansiedad y tratando de mantener la expresión imperturbable.

Jim se quedó un poco asombrado ante la pregunta.

—¿Yo? Pues me alisté en Florida. Que yo sepa, aún no he sido clasificado. No hay motivo alguno para que no me consideren apto.

—Ahora estás casado.

—Tienes razón —dijo Jim.

Gladys sonrió levemente.

—Podríamos adoptar unos niños.

—Preferiría ir a la guerra.

—¿Sientes de veras lo que dices, Jim?

—No, estoy hablando en broma.

A veces es difícil saber lo que piensas o sientes. A menudo me pregunto si siempre dices lo que sientes.

—¡Oh, de vez en cuando! —contestó Jim, riéndose para sus adentros de esa broma para su uso particular.

—Al poco de conocerte creí que eras el hombre más franco que había conocido. Ahora te considero todo lo contrario.

—¿Es malo eso?

—A veces me hace sentirme incómoda.

—¿Por qué habrías de estar incómoda?

Gladys vaciló. Mirándose las manos, dijo de pronto.

—Jim... ¿quién es Tony?

Jim no movió un músculo, sino que por el contrario se quedó demasiado inmóvil, pero sintió un leve calambre en el estómago.

—¿Tony? —contestó, mirando a su mujer—. Pues, conocí a una muchacha de Florida, llamada Tony.

—La conocías muy bien, ¿no es cierto?

—Sí.

—Anoche estabas revolviéndote en sueños. Creí que sufrías y traté de despertarte. Me empujaste diciéndome: «¡Tony, Dios mío! ¿Por qué no me dejas en paz?».

Jim lanzó una carcajada.

—¡Vaya un chiste!

Gladys se volvió y le sonrió tratando de parecer divertida, pero hubo algo triste en la expresión de su mirada. Jim dominó su fastidio y se dirigió hacia ella. Gladys le cogió la mano.

—Jim —le dijo, mirándolo—. Se sincero conmigo; es lo único que te pido.

—Claro que sí —contestó él—. ¿Por qué no habría de serlo?

—A veces me parece que no lo eres. No podría explicarlo. Trato de no pensar en ello. Pero es inútil. Siento que me estás ocultando algo... no sé qué. Poco a poco, ese sentimiento se desvanece. Pero vuelve.

Jim sonrió con indiferencia, y a Gladys se le contrajo el corazón. ¿Cómo podía pensar así de él? ¡Qué ridículo! Ningún hombre que sonriera así podría ser sino sincero y franco. Sólo cuando yacía despierta en la oscuridad mientras él dormía, o cuando estaba lejos de ella, desconfiaba.

—Me duele que no seas feliz —dijo Jim—. Quizá no haya sido una buena idea la de casarnos... para ti.

—Pero ¡si soy feliz! —declaró Gladys con una vehemencia que lo asombró—. Nunca he sido tan feliz en mi vida. Soy tan feliz que me siento incómoda.

—¿Incómoda en cuanto a qué, querida?

—Pues... parece demasiado hermoso para durar.

Jim le palmoteo el hombro.

—Vamos, querida, no debes pensar así. Vamos a cenar. Eso es lo que necesitas... comer algo.

—¿Pedirás la cena aquí?

—Bueno, aunque ¿por qué no bajamos a comer al comedor?

Ella lo miró suavemente.

—No. Quisiera comer aquí, a solas contigo, escuchar la música, salir quizás al balcón y mirar las estrellas...

Jim se inclinó y la besó; estaba muy fastidiado pero resuelto a no demostrarlo. Habría querido vestirse lo mejor posible y recorrer el hotel, pedir champán en el comedor y echar un vistazo a las muchachas de la clase superior, algunas de las

cuales no eran feas aunque un poco oscuras para su gusto.

—Como digas, querida. Es una buena idea. ¿Por qué no tomamos un poco de champán?

—¡Muy bien! ¿Nos vestimos?

—No, comamos como estamos. La noche es calurosa.

Más tarde, salieron al balcón a mirar las estrellas. Debido al champán, Gladys se sentía más bien alegre. Se quedó apretada contra Jim rodeándolo con los brazos; escuchando la música mexicana que les llegaba perezosamente desde una cantina que había cruzado la calle.

Era una noche sin luna, aunque tan clara que las montañas destacaban detrás de la ciudad su borrosa dulzura bajo los inalcanzables brillantes de las estrellas. Una cálida brisa traía olor a vegetación seca.

—Te quiero, Jim —dijo Gladys.

—Yo también querida.

Una aguda y melancólica voz de tenor, acompañada por guitarras, entonó una canción de amor mexicana.

—Siempre soñé en algo como esto —dijo Gladys—. Nunca tuve idea de que me fuera a ocurrir en realidad.

Jim estaba a punto de hacer un chiste sobre el tenor, pero, prudentemente, se contuvo.

2

Jim se mostraba tan preocupado que de tiempo en tiempo le preguntaba si le pasaba algo. Él le contestaba siempre que no, pero como no la convencía, le dijo por fin que los ojos le estaban molestando.

—Sí —dijo Gladys—. He advertido que frunces el ceño como si te dolieran los ojos, en particular cuando estás al sol. Creo que debieras hacerte examinar la vista, Jim. Es algo con lo que no hay que jugar.

—¡Oh, ya mejoraré! —dijo Jim—. Veo muy bien.

—El cansancio visual acarrea cantidad de inconvenientes, lo sé. He sufrido de eso durante años sin darme cuenta.

Se volvió y le apoyó la cabeza en el hombro. Estaban viajando en automóvil hacia la frontera. Era un día muy caluroso; el cielo era de un color azul casi metálico y lucía un sol cegador. Olas de calor bailaban sobre la llanura, desierta salvo algunos cactus gigantescos. Ante sí, en el camino, veían de vez en cuando reflejos que desaparecían rápidamente: eran charcos, como si hubiera llovido hacía poco. Al cruzar una zona desierta, el espejismo se presentó ante ellos durante kilómetros enteros y desapareció. Gladys observó que debía ser terrible encontrarse perdido en un lugar como aquél, y se estremeció. Jim le dio la razón. En el desierto un hombre no era nada; menos que un lagarto, un chacal o un cuervo.

—Nunca me molestan los ojos sino al sol —dijo Jim.

Gladys se rió. Estaba sintiéndose mucho mejor y más aplomada. A veces parecía tan joven que Jim tenía que recordar constantemente que había cumplido cuarenta años.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —dijo ella—. En que eres demasiado vanidoso para usar gafas.

Jim le echó una mirada, un tanto fastidiado.

—Puede ser.

—Estoy segura de ello.

Volvió a mirarla, sonriendo.

—Y tú, ¿las necesitas?

—¡Que si las necesito! Siempre las uso para leer. Ése es mi profundo y oscuro secreto.

—¿Sí? Nunca te las vi puestas.

—Es que nunca me viste leer. En cuanto termine nuestra luna de miel, dentro de nueve o diez años, volveré a empezar a usarlas.

Jim se rió, después de lo cual guardó un largo silencio. Gladys siguió mirándolo pero no dijo nada. Los preocupados silencios de Jim siempre le daban qué pensar, y quería hacerlo salir de ellos, principalmente porque había llegado a creer que cuando Jim no la tomaba en cuenta de uno u otro modo, sólo vivía a medias. Era un estado de ánimo desagradable. Gladys luchaba contra él, cada vez con mayor ansiedad al ver

que se le presentaba más a menudo. Aquello explicaba muchas cosas de ella que Jim no podía comprender; su falta de tranquilidad y sus repentinos retraimientos, cuando se sentía herida.

Jim no estaba preocupado por sus ojos. Tenía otros problemas que se le antojaban por el momento mucho más importantes. Lo que más le preocupaba era Doc; en cuanto aquel miserable se enterara de que él se había casado con la señora Halvorsen habría de arrepentirse de haber aceptado solamente la tercera parte del producto del golpe. Nunca es posible prever la actitud de un adicto a las drogas y menos aún la de uno como Doc; inteligente, educado, vivido, aporreado pero no resignado.

—¡Oh, bueno! —se dijo Jim—. Quizá me esté buscando preocupaciones. Diez mil dólares bastan a cualquier individuo como él.

Claro está que no tenía intención alguna de contarle a Doc, a Shake ni a Windy que se había casado con la candidata. Pero Doc le había seguido la pista a Gladys por intermedio de Evans, y era posible que lograra averiguarlo. ¡Si sólo pudiera encontrar algún modo de convencer a Gladys de que guardara el secreto!

Jim se sobresaltó levemente. Le pareció que Gladys le estaba leyendo el pensamiento, porque decía:

—Apenas puedo figurarme la cara que pondrá el señor Evans cuando le cuente, Jim. ¿Qué pensará de mí? Hace tan poco tiempo que te conozco, me fugo y me caso contigo así...

—Eso no me preocupa —dijo Jim—. ¡Es un individuo entrometido!

—Sé que se sorprenderá. Pero en cierto modo es divertido. Será la primera vez que haya sorprendido a alguien en mi vida.

Jim no pudo impedir reírse ante aquella salida tan juvenil; jamás la habría supuesto en boca de una mujer de cuarenta años. De todos modos, Jim sólo reía superficialmente. Estaba perfectamente seguro de que si proponía que la noticia de la boda fuera mantenida en secreto, Gladys empezaría a sospechar, y era demasiado pronto para ello. Más adelante, cuando le hubiera sacado algún dinero, no habría de importarle tanto.

Jim resolvió de pronto: haría su juego considerando solamente a Gladys, sin hacer caso de Doc. Ya se sentía mejor. Arrellanándose en el asiento, empezó a hablar a Gladys de las carreras de caballos en Florida y sus muchas ramificaciones, que tan bien conocía. Gladys se deleitaba y suspiraba con alivio. Jim le estaba hablando, le prestaba atención y se interesaba por ella; su preocupación había desaparecido por completo.

Pero mientras llenaban las formalidades aduaneras en el paso fronterizo. Jim volvió a quedar en silencio al pensar en Tony. ¡Otro dolor de cabeza! Si no estuviera tan entusiasmado con ella, ése sería el momento de sacársela de encima. Por otra parte, con un pequeño esfuerzo podía hacérsele indispensable a Gladys, viuda solitaria, crédula y sin experiencia. Pero había en el mundo otras cosas más, aparte de la seguridad; algo en que Jim no había pensado mucho. Necesitaba a Tony. El motivo

por el cual la necesitaba era otro asunto, y nunca lo examinaba muy profundamente. Sólo sabía que por primera vez en su vida necesitaba a un ser humano determinado. A pesar del hecho de que había defendido muchas veces a Tony contra los ataques de Johnny, no ignoraba que la muchacha no lo amaba en el verdadero sentido de la palabra y que si las cosas llegaban a ir mal, era posible que ella lo traicionara. Y Jim se daba cuenta de que estaba luchando contra algo demasiado fuerte para él.

—Debe de ser la edad —se dijo—. Esto nunca me habría pasado a los veinticinco años.

—¡Cuánto tardan estos aduaneros! ¿No es cierto, querido? —dijo Gladys tratando de despejar a Jim de su preocupación.

—¿Cómo? —contestó Jim, volviendo lentamente a la realidad.

—Digo que estos funcionarios tardan mucho.

—¡Claro que sí! Les gustan las formalidades. Ponle uniforme a un hombre y empezará a darse tono por todas partes.

Parecía estar de mal humor. Gladys se sentía incómoda cuando lo veía así. Lo palmoteo. Jim se volvió con esa sonrisa que siempre la desarmaba.

—Creo que podemos aguantarlo —dijo—. No vamos a ninguna parte en particular y no tenemos prisa alguna.

Gladys se rió.

—¡Tienes un modo tan divertido de decir las cosas! —exclamó palmoteándolo.

—Jim se quedó pensando que aquella señora debió conocer ciudadanos bastante aburridos.

3

Johnny estaba ante el mostrador bebiendo whisky, cuando entró Jim. El abogadillo parecía pálido y descompuesto, y, al volverse, su sonrisa era forzada.

—¿Estáis aquí? —preguntó Jim señalando con la mano la habitación reservada.

—Sí —dijo Johnny—, y todos están muy nerviosos. No puedo soportar a gente tan hambrienta. Me has defraudado.

—Tú tampoco tienes buen aspecto.

—¿Por qué habría de tenerlo? Llevo encima treinta mil dólares en billetes. Casi traigo revólver, pero me quité la idea de la cabeza.

—¡Buena la habrías hecho!

—No puedo impedirlo. Estoy nervioso. Dime, por amor de Dios, Jim, tranquilízame. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Cómo está Tony?

Johnny vaciló por una fracción de segundo, cambió de posición y tomó un trago.

—Está bien. Pero nos ha dado malos ratos.

—¿Qué ha hecho?

Tuve que hacer un gran esfuerzo para poder echar mano al dinero sin que ella estuviera delante. Le pedí que viniera a la ciudad a tomar una copa conmigo. Luego falté a la cita. Llamé por teléfono al lugar donde debía estar, pero ella ya se había ido. ¡Qué me lleve el diablo si no vuelve a la casa de la playa antes que yo pueda salir! Gracias a Dios que tengo el dinero en el bolsillo. Pero seguramente habré de darle alguna explicación. No me creyó una palabra de lo que le dije.

—¿Está en son de guerra?

—¿Con respecto a ti? Sí.

—Iré por allí luego.

La taberna estaba desierta salvo el camarero y una pareja sentada en un rincón. Jim pidió whisky y lo bebió de un solo trago.

Johnny se quedó mirándolo con ansiedad.

—Por favor, Jim. Dime qué ocurre. No he dormido una sola noche desde hace una semana.

—Domínate —dijo Jim—. No grites. La señora Halvorsen es ahora la señora de Jim Lloyd.

Johnny se sobresaltó, y su vaso, que se le escurrió de entre los dedos, se estrelló en el suelo. El camarero lo miró, sonriente.

—Tráigale otra copa —dijo Jim—, y ponga la rota en mi cuenta. Yo también tomaré otro trago.

Cuando el camarero se presentó con el whisky, Johnny dijo:

—Me sudan las manos. El vaso me resbaló. ¡Dios, qué noche de calor!

—Ignoraba que mis bebidas tuvieran ese efecto —dijo riendo el camarero, irlandés de aspecto rudo.

Y volvió a la rutina riéndose de su chiste.

—¿En serio? —preguntó Johnny en cuanto el camarero se hubo alejado.

—En serio —dijo Jim—. Voy a pagar a esa gentuza con dinero mío. Es demasiado pronto para dar el golpe y quiero quitarme a esos canallas de encima.

Johnny se quedó pensando.

—A Doc no le gustará. Tratará de intervenir si descubre que te has casado con ella.

—Entonces será el momento de preocuparme por él. Puede que me deshaga de su persona antes de que se dé cuenta.

—Nunca te desharás de él —dijo Johnny, sorbiendo un largo trago—. Es un verdadero canalla.

—Muchos solían tener miedo a Doc; yo nunca se lo tuve. Él lo sabe y eso le fastidia. Si es sensato, no me provocará.

Johnny lo miró. La expresión bonachona había desaparecido del semblante del jefe; su rostro parecía más huesudo, duro y peligroso. Era el rostro de Jim Farrar, que, aquella noche en el casino lleno de gente, le había quitado el revólver a Fargo, conocido matón de Chicago, y no sólo eso, lo había humillado echándolo a patadas del lugar. Fargo había andado diciendo luego que o Jim abandonaba la ciudad o él iba a matarlo, pero luego terminó en un calabozo.

Sólo de vez en cuando recordaba Johnny lo valiente que era Jim. Estaba demasiado acostumbrado a él, y conocía las flaquezas del gigante. El abogadillo era como un adiestrador de animales, de éstos que bostezan ante una pantera, más que por valor, por exceso de intimidad. Johnny palideció ligeramente pensando en Tony. ¡Maldita muchacha! ¡Dios, cómo deseaba no haberla sacado jamás de Phoenix!

—Vamos —dijo Jim—. Paguemos a esa chusma.

Y se volvió, dirigiéndose hacia el cuarto reservado. Johnny sonrió débilmente al camarero.

—Mándanos una ronda, Clancy, por cuenta del señor Lloyd.

Al abrir Jim la puerta del salón reservado, vio a Shake, Windy, Pop y Doc sentados alrededor de la mesa en tenso silencio. Todos lo miraron ansiosamente, casi suplicantes, menos Doc, que estaba sentado de brazos cruzados y con una leve sonrisa de superioridad en los labios.

—¡Hola muchachos! —dijo Jim, quitándose el sombrero y sentándose.

Shake, Windy y Pop lo saludaron, le sonrieron y hablaron a la vez como un grupo de escolares que saluda al maestro. Doc se contentó con echarse el sombrero hacia atrás y ponerse un cigarrillo entre los labios. Sus ojos tenían un brillo poco natural. Johnny lo consideró molesto.

—Bueno, señor Farrar —dijo Shake con plácida sonrisa—, tengo entendido que ha salido airoso.

Johnny levantó la mano.

—Aguarden. Van a traer de beber.

A los pocos minutos entró el camarero con las bebidas. En cuanto hubo salido, Jim dijo:

—Sí, muchacho, tuve éxito. Ahora el señor Doyle va a pagarnos según mis instrucciones.

—Creo que teníamos un convenio —dijo Doc, suavemente.

—Y lo tenemos —dijo Jim—. Lo cumplo como es natural.

—Siempre puede confiarse en usted —dijo Doc con amable ironía que escapó a Shake, Windy y Pop, demasiado ansiosos por recibir su parte.

Pero Johnny miró a Jim, muy nervioso. ¿Por qué esos adictos a las drogas nunca estaban contentos hasta que se les diera una paliza? Jim hizo como si Doc no estuviera.

Johnny sacó cuatro paquetes de billetes de banco, consultó la anotación en cada faja y los distribuyó. Las viejas manos de Pop temblaban tanto que apenas si podía dominarlas. Por un momento, su parte quedó ante él sobre la mesa, intacta. Windy se apoderó de la suya inmediatamente y arrancó la faja con un alarido de triunfo. Shake se quedó con su fajo en la mano mirándolo cuidadosamente y con incredulidad; dos lágrimas le corrieron por las pálidas y gordas mejillas; sacó un sucio pañuelo y se sonó la nariz como una corneta. Doc recogió su dinero sin mirarlo y se lo metió indiferentemente en el bolsillo.

—Pop —dijo Jim—. Encontrarás dos mil quinientos dólares en tu paquete. Te dije que me ocuparía de ti. Los demás encontraréis diez mil dólares cada uno menos la tercera parte de quinientos dólares. La parte que prometisteis a Pop. ¿Estáis todos satisfechos?

—¡Claro que sí! —dijo Shake con voz emocionada, después de lo cual volvió a sonarse la nariz.

—Gracias señor Farrar, gracias —balbuceó Pop, contento en cierto sentido, pero también, enterado ya de su parte, un tanto desilusionado.

En sus sueños, despierto, había llegado a convencerse de que le tocarían diez mil dólares. Al fin y al cabo, dos mil quinientos no constituían una suma exagerada. Miró a los demás con envidia.

Windy contaba afanosamente su dinero con un sucio dedo que humedecía con la lengua. De pronto, levantó la vista y volvió en sí. Consideró que el jefe estaba mirándolo con marcada desaprobación.

—No es que crea que falte —balbuceó, sonriendo a Jim—. Es que me gusta contarlos. Jamás he visto tanto dinero junto. Discúlpeme, señor Farrar.

Jim miró a su alrededor dominando un sentimiento de disgusto, y luego se levantó. Johnny lo siguió, ansioso por irse.

—¿Está usted satisfecho también, Doc? —preguntó Jim.

—Sin duda, sin duda —dijo Doc enseguida—. Un convenio es un convenio. Sólo que me gustaría hablarle un minuto a solas, Farrar. Es un asunto privado que nada tiene que ver con este dinero.

Shake, Windy y Pop se volvieron a mirar a Doc, preguntándose qué ocurría. Johnny miró a Jim y vio cómo se le endurecía el rostro. Esperó, sin embargo, que todo fuera para bien.

Jim echó una mirada al reloj.

—Bueno, Doc, dispongo de unos minutos.

—Gracias —dijo Doc con exagerada amabilidad.

Los otros empezaron a salir, mirando hacia atrás.

—Aguardaremos afuera, Doc —dijo Shake.

Doc asintió con la cabeza. Johnny se los llevó fuera, después de lo cual se volvió a Jim.

—Me ocuparé de ellos.

—Bueno —dijo Jim—. En seguida estaré contigo.

Johnny miró de Jim a Doc, luego vaciló, tragó saliva y salió cerrando suavemente la puerta.

—¡Qué suavidad! —dijo Doc.

—¿Le parece?

—Sí. Eso demuestra lo que significa el fajo de billetes de banco. Se necesita capital para operar. A veces un individuo tiene que gastar treinta mil dólares; si los tiene, bien. Jamás he visto aún a un hombre que dejara de desembolsar treinta mil dólares para ganar un millón.

—Vamos al grano.

—Pues se trata de lo siguiente: Pop, Shake y Windy son gente de menor cuantía. Usted puede engañarlos, si quiere. Es asunto de usted. Pero a mí no puede engañarme.

—Pues acabo de entregarle diez mil dólares. ¿A eso lo llama usted engañar?

—En cierto modo... sí.

—No desde mi punto de vista.

Jim se puso el sombrero y se volvió para salir.

—Oiga usted, Farrar —dijo Doc—. No quiero líos con usted. Sé que es mal enemigo. Yo también lo soy.

—Dentro de un minuto voy a enfadarme —dijo Jim suavemente.

—No se lo aconsejaría. En primer lugar, tengo un revólver en el bolsillo de la chaqueta. En segundo lugar puedo echar a perder sus hermosos planes en cinco minutos. Lo único que tengo que hacer es cantar y habrá gastado usted treinta mil dólares para nada, absolutamente en balde —prosiguió Doc, soltando una risa sardónica—. Fue una excelente idea casarse con la señora. Pero tengo una idea mejor. Meta usted a Doc en el asunto; todo resultará mucho más íntimo.

Jim se dominó. Le costó mucho trabajo. No quería que un canalla como ése le echara a perder el negocio; por otra parte, tampoco quería emplear la violencia contra Doc... por el momento.

—Lo malo que hay en usted, Doc —dijo tranquilamente aunque con tono hiriente

—, es que no es usted un delincuente ni un hombre honrado. No se ha resuelto aún entre ambos caminos, pero es propenso a convertirse en un canalla en cualquiera de los dos. Y eso es malo.

Doc sonrió con calma.

—Muy bien, injúrieme.

—Hay que elegir un conjunto de normas y atenerse a ellas; no se puede forjar normas a gusto y medida. Al menos, no es saludable.

—Pues me siento muy bien.

—Lo que quiero decirle es que un convenio es un convenio.

—Exacto, y el treinta por ciento de un millón —y sólo diremos un millón para ser justos—, es trescientos mil dólares. Pero... no estoy loco. No pido nada semejante. Lo único que quiero es estar en la combinación y nada más.

—Eso tengo que pensarlo, Doc —dijo Jim, mirando escrutadoramente a Doc y restregándose la barbilla, como si en realidad estuviera pensándolo. En realidad, se preguntaba si Doc podía ser quitado del camino de otro modo que matándolo.

—No lo piense usted demasiado.

—Puede usted llamar a Johnny. Vive en el hotel Ocean en Santa Mónica.

—Y usted y su esposa viven en Marwood, donde mi amigo Charley Evans ejerce las funciones de gerente. Considera que hacen ustedes una pareja excelente. Me lo dio todo sin necesidad de estímulo.

Jim se volvió.

—Buenas noches, Doc. Escuche un consejo. Abandone las drogas por un tiempo. Quizá vea usted las cosas desde otro ángulo.

—Lo dudo. Buenas noches, señor Farrar.

Mientras Jim hablaba con Doc, Johnny logró conseguir por fin comunicación telefónica con Tony.

—Oye, Tony. Jim está aquí. Pronto irá a verte. Ojo con lo que haces.

—Celebro la novedad —dijo Tony perezosamente—. ¿Cómo está mi niño grande? ¿Se mostró contento al verte?

—Basta, Tony.

—¿Le hiciste saber las noticias sociales de La Junta Beach? La nota social principal es la siguiente: «El señor John Doyle, de Florida, está durmiendo siestas con la señorita Antonia Blackburn, también de Florida vía Chicago en el Holland Tunnel».

—Aquí viene Jim.

Johnny cortó de pronto y se alejó de la casilla del teléfono sin que Jim lo viera.

A Jim le intrigó la actitud de Tony. Cuando llegó, estaba echada sobre el diván leyendo una revista. Levantó la vista con expresión calmada y le dijo con indiferencia:

—¡Hola Jim! ¿Tuviste buen viaje?

—Sí —le dijo él, mirándola sorprendido.

Esperaba alguna reacción violenta, y en cierto modo la deseaba. No le importaba que Tony se enfadara, pues a veces perdía el dominio de sí misma hasta llegar casi al borde de la histeria, pero se le pasaba pronto y sus emociones, tan violentas como antes, cambiaban de dirección; se echaba a llorar como si hubiera perdido cuanto tenía en el mundo o se ponía muy amorosa. Jim solía preguntarse si aquella emotividad extremada no explicaba el atractivo que tenía para él.

Intrigado, Jim reaccionó en la forma que le era característica. Se mostró indiferente. Se quitó el abrigo y lo puso junto con su sombrero en el guardarropa del vestíbulo, después de lo cual se aflojó la corbata, encendió un cigarrillo y se sentó frente a Tony, quien se había quedado mirándolo con aparente indiferencia.

Hubo una larga pausa. Tony dejó de lado su revista y encendió un cigarrillo. Estaba despeinada; sólo se había pintado los labios y sobre el puente de la nariz y los prominentes pómulos se destacaban las pecas que la hacían parecer más joven, menos artificial. Aún así, comparada con Gladys, parecía un payaso; incitante, codiciosa y traicionera.

—He oído decir a tu amigo Johnny que has tenido que ir a México por asuntos de negocios —dijo, con algo en la voz que hizo enfadar a Jim; algo frío y burlón.

Entonces él resolvió darle una sacudida.

—Sí —dijo, preparándose para lo que seguramente iba a suceder—. Un gran negocio. Me casé con un millón de dólares.

Tony se rió y dio una chupada a su cigarrillo.

—Me lo esperaba.

—Eres muy inteligente —dijo Jim, fastidiado por la actitud de la muchacha.

—Algo. Pero estoy conforme. Con la pequeña Tony en brazos habrás de necesitar ese millón de dólares.

—Pues me estaba arreglando con menos.

—Ahora las cosas son diferentes.

Jim se levantó, se dirigió hacia Tony y se quedó mirándola con fijeza.

—Oye, querida. Quizá no haya oído bien, pero me pareció que me amenazabas. No te estires más de lo que puedes alcanzar. No es saludable.

Tony estudió el rostro de Jim, impresionada por una sensación que jamás había sentido con él antes. Tenía miedo. Para ella, Jim siempre había sido perezoso y benévolo, vivaz a su modo, sí, pero nada difícil de manejar. Por primera vez al verle el rostro, que en general tenía algo suave pero que en aquel momento parecía

descamado y duro, y al verle los oscuros ojos entrecerrados, sintió algo rudo, inhumano y despiadado que la llenó de intranquilidad.

Su actitud cambió por completo. Miró a Jim con expresión suave y conciliadora.

—¿Estás enamorado de ella, Jim?

—Por supuesto que no. ¿Por qué demonios se te ocurre semejante disparate? — contestó Jim con rudeza, presintiendo una victoria.

Tony se volvió de pronto y se echó a llorar.

Cuando entró Doc, Shake estaba sentado a la mesa ojeando plácidamente unos libros que acababa de comprar en una librería de viejo. Miró a Doc y volvió a mirarlo. Apenas lo reconocía: vestía un costoso traje de chaqueta cruzada, zapatos nuevos, negros, sombrero negro, camisa blanca y corbata azul oscuro. Un pañuelo blanco de angosta orla azulada le sobresalía del bolsillo. Doc había estado en la peluquería donde le habían dado un masaje y afeitado, y su rebelde cabello negro había sido cuidadosamente peinado.

—¡Demonios! —dijo Shake, verdaderamente asombrado—. ¡Pareces un magnate, Doc!

Doc se estudió complacientemente en el espejo.

—Esto te demuestra lo que puede un poco de capital. El tipo de abajo no me reconoció. Ahora estoy dispuesto para trabajar.

—¿Para qué?

—Para el primer negocio que se presente. He conseguido la posición que deseaba.

—Sí —dijo Shake—, pero... Mira. Acabamos de dar un buen golpe. ¿Por qué no descansas, Doc?

Doc se rió sardónicamente y se sentó, arreglándose cuidadosamente los pantalones para conservar la raya.

—Shake —dijo—. Acabo de mudarme al hotel Marwood.

—¿Qué? —exclamó Shake, y se rió—. ¡Basta de bromas!

—No estoy bromeando.

Shake se quedó mirando a Doc por un momento, intrigado hasta comprender que hablaba en serio.

—Pero Doc... No puedo vivir allí. Es demasiado caro.

—¿Quién te dijo que te fueras a vivir allí?

—Pues creí que...

Y Shake se quedó perplejo. Parecía un niño que va a llorar. La flácida papada le tembló ligeramente.

—No —dijo Doc encendiendo un cigarro—. Doc vivirá sólo en adelante. Deberías haber visto la cara de mi inseparable y viejo amigo Charley Evans —prosiguió, riéndose burlonamente—. No me quería admitir, pero ¿qué podía hacer? Yo tenía dinero para pagar por adelantado... Doscientos cincuenta dólares por un mes. ¡Vaya un asalto! Y sabía que tenía habitaciones vacías.

Y Doc volvió a reír. Shake se quedó boquiabierto.

—Pero Doc... Allí es donde el jefe engañó a la candidata.

De pronto, entrecerró los ojos y su rostro adoptó una expresión de exagerada astucia.

—¿Qué te propones, Doc?

—Nada, nada. Cualquier hotel que sea bueno para Jim Farrar es casi lo bastante

bueno para mí.

Rió y se palmoreó el muslo.

—Se me ocurrió que sería un buen terreno para cazar puesto que también nos fue allí.

—Te vas a meter en un lío. ¿Por qué no descansas un tiempo y gozas de tu dinero?

—Lo que tengo apenas si es una bagatela comparado con lo que voy a tener —dijo Doc, dando una meditativa chupada al cigarro y levantándose—. Bueno, creo que es hora de que me vaya. Tengo que ir a una tienda de baúles y recoger unas maletas que compré, después de lo cual iré a casa del sastre a buscar mis otras ropas nuevas; tomaré un taxi y estaré listo.

Se volvió y echó a andar hacia la puerta.

Shake se sentía herido. Le parecía mal por parte de Doc que lo abandonara después de todo lo que habían pasado juntos. Empezó a invadirle una vaga sensación de intranquilidad. Iba a sentirse muy solo sin Doc.

Al llegar Doc a la puerta, Shake se levantó. Le temblaban las manos y sentía una sensación extraña en la boca del estómago.

—Puedes tomar mis ropas viejas y arrojarlas a la basura o venderlas —dijo Doc—. Desde ahora tengo ropas nuevas. Y, Shake, te regalo mi maleta; me costó setenta y cinco dólares en Chicago.

—Gracias, Doc —balbuceó Shake—. Será muy raro andar por allí sin ti ni Windy.

—¡Windy! ¿En dónde está?

—En San Francisco. Se fue a mediodía.

—¿A qué?

—¿Recuerdas aquella mujer con la cual bebía? Se la llevó consigo. Dice que es una mujer espléndida.

—¡Demonios! —exclamó Doc, riéndose—. No te extrañe que Windy esté de vuelta dentro de unos días sin un centavo. ¡Esa mujer mataría a un hombre por diez dólares, cuanto más por diez mil!

Shake vaciló y dijo con extraña entonación:

—Llámame de vez en cuando por teléfono, ¿quieres, Doc? Puedo enfermarme y no tengo a nadie. No quiero que me maten en un hospital.

—Vamos, tonto —dijo Doc, riéndose—. Nada te pasará. Morirás a los noventa años. Si fueras como yo, tendrías algo por qué preocuparte. Hasta la vista.

—Shake dio un paso hacia Doc y le tendió la mano, pero éste, con uno de sus movimientos bruscos, ya había traspuesto la puerta, que se cerró de golpe.

—¡Qué Doc! —dijo Shake en voz alta—. ¡Qué hombre tan extraño! Parecería que me conociera de ayer.

Shake se sentía profundamente herido. Se sentó y empezó a mirar descuidadamente los libros que con tanto gusto comprara, aquellos libros que ya no le importaban mucho.

—¡Y su maldita maleta! —exclamó, ofendido—. ¡Vaya un regalo!

6

Al salir Pop de la casa de empeños donde se había visto obligado a quedarse un tiempo mayor que el que pensaba, vio, al mirar un reloj de la calle, que el suyo estaba atrasado. Inmediatamente se puso nervioso y echó a correr, mirando si encontraba algún taxi. El viejo Pop no se habría mostrado tan alterado ante la perspectiva de perder un tren; tarde o temprano siempre encontraría otro. Pero Pop estaba confundido. Por entonces no vivía de acuerdo con plan alguno. Sólo actuaba por impulsos.

Comprendió vagamente que no había hecho gala de su astucia acostumbrada al tratar con el dueño de la casa de empeños. Éste se había aprovechado de él. Su viejo amigo, el telescopio, valía mucho más de lo que el usurero le había dado por él. Pop sentía desprenderse del instrumento, pero dominó ese afán por considerarlo una debilidad sentimental. Al fin y al cabo ¿qué era un telescopio? Sólo un tubo de metal con algunos vidrios adentro. Y sin embargo, aquello lo había acompañado durante momentos difíciles y en muchas ocasiones le había proporcionado el pan de cada día.

Pop vaciló y consideró seriamente la idea de volver a buscar su telescopio. Pero en eso llegó un taxi y Pop lo llamó. Al pasar por una concurrida calle de Los Angeles, de camino a la estación, Pop miró a su alrededor como en sueños. Tenía en aquel momento cerca de tres mil dólares; estaba abandonando la gran ciudad de California donde desde hacía años era un personaje conocido y volvía a su pueblo natal, a aquella pequeña población de Indiana donde podía pasar el resto de su vida en paz.

—¿Hace calor, no? —dijo el conductor del taxi, volviéndose y sonriéndole.

—Sí —dijo Pop—. Estoy contento de irme. Éste no es el calor que me gusta.

—¿Vuelve al Este?

—A Indiana, mi provincia natal.

—Yo soy de Illinois —dijo el conductor—. Pero me gusta California. Quisiera poder quedarme siempre aquí. Pero pronto estaré en Islandia, en Irlanda o Dios sabe dónde. Dentro de una semana me llaman del ejército.

—¡Qué lástima!

—Sí —dijo tristemente el conductor—. ¡Diablos! Habría querido no divorciarme nunca. Tenía mujer y dos hijos. No sabía lo que hacía al divorciarme. Pero no se puede prever una cosa así.

Y el conductor, echándose la gorra hacia atrás, se puso a meditar.

—Pero era un infierno vivir con mi mujer. ¡Y los niños!

—Quizá la guerra no dure —dijo Pop con indiferencia—. Quizá termine pronto.

—No parece por la forma en que se presentan las cosas. ¡Oh, diablos! Mi viejo pasó una guerra sin luchar. Espero que yo también lograré hacerlo —añadió el conductor volviéndose y mirando a Pop—. Los trenes salen siempre llenos ahora y no sabemos si podremos comer mañana o no. Primero les dan de comer a los soldados. Será mejor que coma usted en la estación o que compre algo y se lo lleve, entonces

no tendrá usted por qué preocuparse.

—Gracias por el consejo —dijo Pop.

Aquella noche a eso de la una, Pop se despertó sobresaltado. Estaba viajando en un sillón en un coche de turistas. Se quedó mirando, asombrado, la mortecina luz del techo del vagón. No podía orientarse; el suave balanceo del tren y el acompasado ruido de las ruedas lo intrigaron. Se sentía muy mal. Le dolía por todas partes.

De pronto se levantó al advertir dónde estaba. Era un anciano que iba en busca de un paraíso imposible. Y por un segundo se vio a sí mismo y al mundo con aterradora claridad: su sueño se desinfló como una vejiga pinchada.

—Soy un viejo idiota —gimió Pop—. Debí haber puesto mi dinero en un banco y haberme quedado en Los Angeles con mi telescopio, ganando monedas y cuanto pudiera en otras cosas. ¡Diablos! Jamás me gustó Indiana ni siquiera cuando era niño.

Los sufrimientos se hicieron más agudos. Pop estaba ya despierto del todo. Empezó a temblar. Con un esfuerzo, se levantó del sillón y se puso vacilantemente en pie. Un repentino temor animal a la muerte se apoderó de él; un sudor frío que lo caló hasta los huesos. El tren tomó una curva. Pop intentó asirse a la silla pero no la alcanzó y cayó.

Advirtió que había caído con la cabeza apoyada en la rodilla de un extraño. El extraño vestía de uniforme.

—¿Está bien? —preguntó ansiosamente una voz de mujer.

—Sí —dijo el soldado—. Creo que sólo se ha desvanecido. ¡Pobre viejo!

Pop se sintió molesto por el tono del soldado. Empezó a luchar por ponerse de pie.

—Déjeme —dijo—. Estoy bien.

Varios hombres llegaron corriendo por el vagón.

—Aquí está el médico —dijo alguien.

Pop protestó, pero el doctor se inclinó y lo hizo objeto de un rápido examen, después de lo cual le aplicó el estetoscopio.

—¿Ha sufrido antes del corazón? —le preguntó el médico, adormilado hombrecillo de aspecto solemne y de bigote demasiado recortado.

—No es el corazón —dijo Pop indignado—. Perdí el equilibrio y caí.

Bajaron a Pop del tren en Phoenix, y lo metieron en un hospital al cuidado de un médico que lo fue a recibir al tren. El otro médico había tomado las disposiciones para las maletas y los pasajes de Pop. A pesar de todo, Pop lo consideró un mal individuo.

A Pop no le importó viajar en ambulancia. Sudaba de debilidad, pero aparte de eso se sentía muy bien.

Más entrado el día le dijo al médico que entró a visitarlo:

—Oiga doctor, ¿cuándo podré volver a Los Angeles?

El médico, jovencito de rostro rubicundo y lleno de salud, se restregó la barbilla y sonrió. Aquel viejo pájaro le gustaba.

—Tenía entendido que volvía usted a Indiana.

—Es que he cambiado de opinión.

—Su familia se verá frustrada.

—¿Qué familia?

—¡Oh! —dijo el médico, y se inclinó a tomarle el pulso a Pop—. Jovencito —prosiguió—. ¿Nunca le han dicho que es peligroso pasear por este pícaro mundo con tanto dinero como el que llevaba usted?

Pop se sobresaltó.

—¿Dónde está?

—En la caja fuerte del hospital. Nunca volverá a verlo. Será el importe de mi cuenta.

Pop se sonrió débilmente.

—¿Cuándo podré volver a Los Angeles, doctor?

—Hablabamos de eso más adelante.

—Pero he de volver, ¿no es cierto?

—Claro que sí.

Y el joven doctor se sonrió mientras Pop volvía a recostarse, muy contento.

Al dirigirse a su despacho, el médico se encontró con la enfermera de Pop.

—¿Qué viejo raro, no? —dijo ella.

—Un viejo delincuente, o no sé lo que digo —contestó el médico, sonriendo—. No me gusta el tipo.

—A mí tampoco. ¡Tiene tantas ganas de volver a Los Angeles!

—Espero que pueda volver —dijo el médico, encogiéndose de hombros, mientras la sonrisa se le borraba del rostro.

Charley Evans, que se hallaba de pie al lado del mostrador de recepción, silbó para sí por lo bajo mientras el señor y la señora Lloyd salían del ascensor, pensando en la hermosa pareja que hacían. Era un placer tener gente como aquélla en el hotel Marwood. Charley se hinchaba de orgullo; al fin y al cabo, él había tenido parte en su unión. Y, sin embargo, a veces sentía vagas aprensiones. Le parecía extraño que aquella tranquila y retraída señora Halvorsen se fugara de pronto a México con un hombre al que apenas conocía, como una colegiala romántica y susceptible. Y, además, había algo en aquel apuesto señor Lloyd, que no alcanzaba a definir pero que lo ponía ligeramente molesto.

Recordó un pequeño episodio de la semana anterior. El señor Lloyd estaba en el mostrador hablando con el empleado cuando Evans se presentó. El señor Lloyd terminó de darle indicaciones al empleado, después de lo cual se volvió diciendo:

—¡Qué espléndida comida hemos tenido esta noche, señor Evans! Fue excelente.

El señor Lloyd estaba sonriente y parecía muy contento, como siempre. De pronto —por un momento— la expresión de su rostro cambió. Se le alargó la cara; se le entrecerraron los ojos y los labios se convirtieron en una delgada línea; su aspecto era duro, como el de... como el de un pistolero. Al momento volvió a sonreír, y Charley se quedó mirándolo, incapaz de adaptarse al rápido cambio de expresión. El señor Lloyd acababa de echar una mirada por el vestíbulo. Charley se volvió. Su viejo amigo, su compañero de colegio, el doctor Walter Bright se dirigía al comedor.

Más tarde, Charley recordó el peculiar interés de Doc Bright por la señora Halvorsen. Quizás hubiera algo... Pero al rato Charley desechó la idea con repentino esfuerzo. Su hermana siempre le decía que si no se mostraba cuidadoso llegaría a ser un viejo cascarrabias y sospechoso.

Aquella noche, en el comedor, André colocó al señor y a la señora Lloyd en una mesa cerca del doctor Bright. Evans vigiló cuidadosamente. Ambos hombres hicieron como si no se conocieran y comieron tranquilamente. «¡Bueno! —pensó Charley—, será imaginación mía».

Al día siguiente se afirmó más en esa idea. Estaba conversando con el señor Lloyd y en medio de la conversación mencionó al doctor Bright. El señor Lloyd no demostró por el facultativo sino un interés de pura cortesía, y terminó diciendo:

—Es bueno tener un médico a mano. Nunca se sabe cuándo habrá de necesitársele.

—Es que ya no ejerce la profesión. Creo que está retirado —dijo Charley.

Sí, era una pareja hermosa, pensaba el administrador mientras los Lloyd se dirigían hacia él por el largo vestíbulo, y era tonto de su parte abrigar sospechas acerca de ella. Era gente rica y presentable; de aquella que cualquiera se alegraría de tener por amiga.

En el preciso momento en que Jim y su esposa se acercaban al mostrador y le

sonreían, apareció en la puerta del doctor Bright y se dirigió al empleado para pedirle su correspondencia. Nunca recibía carta alguna pero siempre preguntaba por su correo.

Y de pronto Charley se encontró frente a los Lloyd y a Doc. Los Lloyd le hablaron y Doc también. No había nada que hacer. Los presentó. Los hombres se estrecharon la mano, murmurando las frases de cortesía habituales. Pero Doc se inclinó ante la señora Lloyd y dijo —con una voz que Charley consideró afectada y de muy mal gusto—, que se sentía orgulloso de conocer a una mujer tan hermosa.

El señor Lloyd agradeció a Doc su galantería, después de lo cual los Lloyd se dirigieron al comedor. Charley pensó que era evidente que los Lloyd nada querían saber con Doc... y no los censuraba por ello.

—¡Qué gente agradable! —dijo Doc con una sonrisa.

—Sí —dijo Charley—. Muy agradable.

Doc se volvió repentinamente soltando una risotada y se dirigió a los ascensores.

Charley pensó que ese Doc era un hombrecillo fastidioso y deseó fervientemente encontrar un modo de echarlo del elegante Marwood.

Jim trató de dominar sus manifestaciones exteriores de intranquilidad, pero le fue cada vez más difícil disimular los bostezos. Estaba jugando en el casino con su mujer y perdía continuamente debido a la falta de interés en el juego. Gladys se sentía feliz. Los oscuros ojos le brillaban, y estaba ganando con entusiasmo, pues jugaba con su mayor interés. Había algo infantil en aquella mujer de cuarenta años, algo que intrigaba a Jim, quien a menudo la estudiaba de soslayo. Salvo por un leve aspecto de pasada frescura, apenas si acusaba ser una mujer de su edad. Además, se mostraba entusiasmada y era fácil de entretener; no era nada *blasée*.

Jim volvió un tanto la cabeza y disimuló un bostezo. Gladys dio un grito de triunfo y se echó a reír, encantada.

—Es una suerte que no dependas del juego para vivir.

Reunió las cartas y se dispuso a barajarlas. Pero Jim se levantó y, volviéndose, bostezó ampliamente.

—¿Qué pasa querido?

Jim le contestó.

—Me duelen los ojos.

Gladys dejó apresuradamente las cartas.

—¿Ves, Jim? ¿Por qué no me haces caso? Tienes que ir a que te examinen la vista. Es probable que tengas la vista cansada desde hace años y que no te hayas dado cuenta de ello.

Jim dominó su fastidio con dificultad. Gladys siempre insistía en ese tema. ¿Acaso los ojos no eran suyos? ¿Por qué demonios se preocupaba ella de la forma en que él los trataba?

—¡Oh, no sé!

Se dejó caer en una silla y recogió un diario de la tarde. Pero las letras se le hicieron borrosas, no debido al estado de su vista sino porque en aquel momento nada le interesaba, y menos aún el diario, salvo salir del apartamento y apartarse de la excesiva solicitud de Gladys; quería pasar una accidentada noche con Tony, que se había vuelto tan razonable y amorosa últimamente, que le intrigaba.

Gladys se le acercó, le quitó el diario y se sentó en el brazo del sillón.

—Yo te leeré el diario, querido. ¿Por dónde quieres que empiece?

Jim gruñó para sus adentros y dijo:

—Empecemos en la página primera y sigamos.

Habló con más ironía de la que se propusiera.

—¿Te sientes molesto?

—No sé —dijo Jim—. Me parece que estoy intranquilo.

Gladys lo estudió, ansiosa.

—¿Te aburres, Jim? Si te aburres, por favor, dímelo.

—Claro que no.

—Temo no ser una compañera estimulante. ¿Estás triste?

—¿Triste? ¿Por qué habría de estarlo?

—Por haberte casado conmigo.

—¡Oh, Gladys! —exclamó Jim con impaciencia.

Ella lo miró, observó su fastidio y dijo en seguida:

—¿Te gustaría que te sirviera una bebida?

—Sí —dijo Jim, animándose un poco—. Whisky y soda.

Gladys se levantó y pasó a la habitación contigua. Jim oyó el agradable entrechocar de las botellas. Se levantó y fue a mirar por la ventana. Hacía una calurosa noche de verano. Una tibia brisa estremecía las cimas de las palmeras por debajo de él. La luna no se había levantado aún y la oscurecida ciudad presentaba un aspecto lúgubre.

Gladys le habló desde la habitación vecina.

—Ese médico que conocimos es un hombrecillo extraño, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Jim—. Muy extraño.

¡Doc! ¡Qué canalla! ¿Qué pretendía ganar con vivir en el Marwood? ¿Acaso pensaba que pondría nervioso a alguien? ¡Qué estúpida artimaña! Jim se rió con sequedad, sintiendo en ese momento el mismo enojo frío que sintiera al ver cruzar el vestíbulo a Doc. Ya habría de ocuparse de él, pero el asunto no tenía prisa, y quizás el tiempo lo resolviera todo.

—Es interesante en cierto modo —prosiguió Gladys.

Jim gruñó. ¡Vaya un punto de vista de mujer! ¡Doc interesante! Tan interesante como un caso de viruelas malignas. Las mujeres nunca sabían nada. En lo que a los hombres se refería, andaban siempre a ciegas, y más aún mujeres como Gladys. ¿Acaso no se había casado con ella? Y sin dificultad alguna. No es que aquello fuera difícil de comprender, pero la engañaba con la mayor facilidad. ¡Doc interesante!

—Pues a mí no me parece que sea médico —dijo Jim, sonriendo para sí.

—Se parece a un hipnotizador que vi en Chicago cierta vez —gritó Gladys—. Me refiero a sus ojos.

Jim se encogió de hombros y se apartó de la ventana, bostezando. Gladys entró con el vaso. Le había puesto demasiada soda, pero él no dijo nada.

—¿Y tú no vas a beber? —preguntó.

—No, no me gusta mucho.

—Pues solías servirte un poco.

—Sólo era por ti —dijo su mujer, riéndose—. Ahora ya te tengo. No quiero seguir envenenándome.

—¡Qué bonito! —exclamó Jim con buen humor—. Conque ¡así me atrapaste! ¡Sobornándome con alcohol!

—Es la única forma que se me ocurrió.

Jim se rió y le rodeó el talle con el brazo. Ella lo abrazó inmediatamente y ofreció sus labios para que le diera un beso. Jim la besó. Entonces se llevó el vaso a la boca,

pero ella le cogió la cabeza entre las manos, le apartó la cara del vaso y lo besó repetidas veces.

En ese momento, Gladys anhelaba sus caricias, y él no dejaba de advertirlo, pero la perspectiva no le agradaba; se sentía demasiado insatisfecho e intranquilo. También sabía que si la rechazaba, aunque ella nada diría, habría de sentirse herida y de preguntarse qué le pasaba a él.

Dejó el vaso y la cogió en sus brazos.

—Un hombre puede beber en cualquier momento —dijo.

Gladys rió deleitada.

Jim se despertó sobresaltado. Estaba sudando, se sentía nervioso y muy mal. Por último logró dominarse. Gladys estaba durmiendo tranquila a su lado. Aunque se hallaba en posición incómoda, Jim no se volvió temeroso de despertarla. No quería que empezara a preocuparse por él. Empezó a moverse suavemente en la cama, estirando brazos y piernas. Gladys murmuró en sueños. Jim se quedó helado, esperando. Nada ocurrió y suspiró con alivio.

Sintió una gana imperiosa de bajar al *bar* y beber aprisa unos cuantos whiskies. Pero ello requeriría explicaciones, pues Gladys no dejaría de despertarse y probablemente no se dormiría por el resto de la noche. Jim reprimió un gruñido. Soñó que estaba en la cárcel, medio Tom Rodney, medio él mismo, individuo asqueroso, enfermo y sucio, arrestado por molestar a una muchacha. Hasta las ratas de hotel lo miraban con asqueado disgusto. El juez se mostraba severo e inflexible —era un sueño, así, pues, el juez honesto—, y no sólo condenaba a Jim Rodney a prisión sino que lo declaraba una desgracia para la humanidad. Jim Rodney lloraba y decía: «Mi única desgracia es ser pobre y viejo».

Jim gimió, pensando en ese insistente sueño, en el que veía algo de profético y que lo perturbaba mucho. Gladys se estremeció en sueños. Jim volvió a quedarse helado. Ella estiró un brazo y lo tocó murmurando:

—Jim... ¿cómo te encuentras?

Él se quedó inmóvil, respirando apenas. Gladys esperó, después apoyó suavemente los labios en la nuca de Jim y se arrellanó para volver a dormir.

Jim no podía conciliar el sueño. Durante toda la noche oyó los taxis que tocaban el claxon en la avenida y la distante sirena de un automóvil policial. Un borracho rezagado, al pasar frente al hotel, entonó una canción de amor con entonación irónica, y los ecos de sus pasos resonaron por la desierta calle. Unos pájaros chillaban entre las palmeras bajo la ventana del dormitorio.

Jim se odió a sí mismo y al mundo entero. Se sentía viejo y gastado y ningún esfuerzo merecía la pena. Se preguntó si volvería a dormir alguna vez, y, de paso, a especular sobre la naturaleza del sueño. Se acuesta uno, cierra los ojos y pierde la conciencia. Especie de muerte temporal, perturbada por los sueños. Quizá la muerte fuera así también; quizás el cielo, el infierno y el purgatorio sólo existieran en sueños.

Cuando empezó a aclarar, Jim se sumió en un sueño agotador. Gladys despertó a

eso de las nueve y anduvo de puntillas por la habitación para no despertar a su marido. La noche anterior parecía cansado, y ella se sentía preocupada por él.

A mediodía lo despertó y le preguntó si tenía hambre.

Jim se sentó en la cama y miró a su alrededor. La luz del sol entraba por las ventanas y una fresca brisa hacía volar las cortinas. Gladys estaba de pie al lado de la cama, sonriente y hermosa, envuelta en su larga bata floreada, Jim se sintió bien. Sonrió.

—La verdad es que estoy hambriento.

Gladys desapareció en el cuarto de estar y volvió en seguida con una bandeja con tocino y huevos, patatas fritas, tostadas con mantequilla, un tarro de jalea y una cafetera.

—¡Aquí tienes! —gritó, triunfal—. Todo está listo.

—¡Caramba! —exclamó Jim, a quien la boca se le hacía agua—. ¡A comer!

Gladys le puso la bandeja sobre las rodillas y se quedó mirándolo sonriente mientras él empezaba a comer. Después de algunos bocados, la miró.

—¿Y tú?

—Desayuné hace dos horas.

—No deberías mimarme así. Primero, el alcohol. Ahora comida. Si no me cuido me pondré gordo como un cerdo.

—No me importaría.

—¿No? Pronto empezarías a observarme por si engordaba.

Gladys frunció el ceño, indignada.

—No hables así Jim, no me importaría que pesaras ciento veinte kilos. Siempre serías tú.

—Habría más Jim para amar, ¿eh?

Y Jim sonrió, pensando en lo que decía. El desayuno fue espléndido. A Jim le gustaba comer; toda su vida se había visto obligado a contener su apetito casi anormal.

Gladys se quedó mirándolo comer y sonriendo, complacida.

El propósito de Jim no había sido el de sorprender a Tony yendo a la playa a verla sin llamarla primero. Había estado tan ansioso por verla que se había olvidado de avisar por teléfono. Incapaz de soportar otra noche sin ir, le dijo a Gladys que se le había presentado un negocio importante y que tendría que pasar parte del día con el señor Riley, su secretario general. Gladys le preguntó cuándo volvería. Jim le contestó que no estaba seguro, pero que probablemente volvería alrededor de las diez y que de todos modos la llamaría por teléfono.

—Me voy a sentir muy sola —dijo Gladys.

Impaciente por irse, Jim la besó apresuradamente.

—Hasta luego, querida.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta sin mirar hacia atrás. A Gladys se le contrajo el corazón y se volvió, entristecida. Sabía que estaba portándose como una tonta, pero cuando Jim no estaba a su lado se sentía perdida, desorientada. Era tan terrible como asombroso.

No; Jim no se había propuesto sorprender a Tony. Pero la muchacha se mostró casi asustada al verlo. Estaba en medio del cuarto de estar, desnuda bajo un albornoz, ni siquiera estaba calzada. Tenía el cabello revuelto y en los ojos, la mirada estaba dormida. Lo miró, boquiabierta, como si fuera un fantasma.

Jim estaba tan contento de verla que se mostró lento en advertir los detalles. Pensó que la muchacha había estado durmiendo en el diván y que la había despertado. La cogió en brazos.

—Lo siento mucho, Tony, si te he asustado. Olvidé llamarte.

—¡Oh, no importa! —dijo Tony, haciéndole una extraña y débil sonrisa.

Jim oyó que un automóvil se ponía en marcha y se alejaba con rapidez. De pronto tuvo una repentina sospecha. Se apartó de Tony y la miró; luego se dirigió al dormitorio y encendió la luz. La cama estaba deshecha y la ventana que daba a la playa estaba abierta. Apareció Tony, que se quedó en el marco de la puerta.

—¿Qué pasa Jim? —preguntó, más tranquila ya.

—Nada, nada —dijo Jim, tratando de dominarse—. Creí haber oído algo.

—No hagas bromas, Jim; no deberías presentarte así tan de repente. Casi me hiciste morir del susto.

—¿Estabas en la cama?

—Claro que sí.

—¿Entonces, por qué estaban encendidas las luces del cuarto de estar?

—Porque tengo miedo de noche cuando me quedo sola aquí.

Jim se quedó mirándola. La muchacha se echó el cabello detrás de las orejas con gracioso gesto, después de lo cual se estremeció.

—Tengo frío. Vuelvo a acostarme.

Y volviéndose, dejó caer la bata, vaciló un poco para que su desnudez hiciera

efecto, se metió en la cama y se cubrió hasta la barbilla.

—¿Qué te pasa, querido? —preguntó—. Pareces obsesionado.

Jim no contestó. Pero ya se sentía mucho mejor. Sería estúpido que Tony lo engañara; nada ganaba con ello sino un placer efímero, y tenía mucho que perder. Seguramente todo se debía a su maldito carácter desconfiado. No confiaba en nadie.

Jim apagó la luz y empezó a desvestirse.

—¿Cómo está la señora? —preguntó Tony, sintiéndose cada vez más segura de sí a medida que pasaba el tiempo.

—Bien —dijo Jim secamente, pensando lo extraño que era que se sintiera molesto cada vez que Tony mencionaba el nombre de Gladys.

—Señor —se dijo para sí—, ¡es que estoy tan acostumbrado a hacerme el hombre decente que empiezo casi a sentirme así!

Pero resolvió poner fin a esa tontería.

—Es divina para mi gusto —dijo brutalmente.

Excitada, Tony se rió:

—¿En la intimidad?

—Ocúpate de tus asuntos —dijo Jim con rudeza, a pesar suyo, después de lo cual se echó a reír para demostrar que lo había dicho en broma.

En el camino, a unos doscientos metros de la casa de la playa de Jim, Doc estaba sentado en un automóvil estacionado con el motor en marcha, tan contento de sí y del mundo que apenas si podía reprimir la gana de disparar la pequeña pistola automática cuyo tranquilizador peso sentía en el bolsillo de la chaqueta.

¡Jim Farrar, el astuto, el jefe! Ya le mostraría quién era él. ¿Por quién lo tomaba Jim? ¿Por un hortera? Seguir a un hombre era cosa sencilla, ¿acaso lo sabía Jim? ¡Claro que lo sabía! Lo que pasaba era que al jefe no le importaba ser seguido. Había estado triunfando desde hacía años, pero a ningún hombre le acompaña siempre la suerte.

Doc se sonrió, deleitado. Jim no sólo tenía una mujer escondida, sino que la mujer lo engañaba, como a la mayoría de los hombres.

—¡Caramba! —dijo Doc—. ¡Cómo salió despedido aquél por la ventana! Como si fuera una bala de cañón.

Y Doc encendió flemáticamente un cigarro, dio unas cuantas chupadas e hizo arrancar el coche en dirección a la ciudad.

—Ahora ya puedo hablar con ese bandido —pensó—. Se me ocurre que la simplona de su esposa daría un ojo derecho por saber de la querida de Jim y de dónde se encuentran. Pero quizá sea mejor que me lo guarde. Sí, me lo guardaré. Tengo bastantes datos para hacerlo cantar sin acudir a eso.

Doc se internó por la oscurificada ciudad, silbando una vieja canción de la época que pasara en Chicago, *I can't give you anything but love, baby*, y fumando placenteramente su cigarro. Hacía años que no se sentía tan animado y bien de salud.

—Por desgracia la noche era demasiado oscura para que pudiera echar una buena

mirada al tipo que saltó la ventana —musitó Doc—. Puede que lo conozca.

Y Doc se rió de su chiste. En una curva del camino, vio una taberna.

—Creo, doctor, que le invitaré a tomar un par de whiskies. Usted se los ha ganado esta noche.

Jim había perdido toda noción del tiempo. Envuelto en un viejo albornoz, estaba sentado en el banquillo del tocador con los pies sobre la cama y un vaso de whisky en la mano, hablando del pasado. Tony, vestida con su bata, estaba a su lado con una mano apoyada en su hombro, mirándose en el espejo mientras escuchaba.

—... aquello ocurría antes de que estuviera en Florida —decía—. Si crees que las cosas eran como ahora... Debiste estar en mil novecientos veintitantos.

—Pues ahora no es gran cosa —dijo Tony con amargura—. Hay soldados por todas partes. Oye, tengo hambre, Jim. ¿No quieres que haga unos huevos revueltos u otra cosa?

—No es mala idea, pero espera un momento —contestó Jim, consciente de pronto del pasar del tiempo—. ¿Tienes reloj por aquí?

—Se ha parado —dijo Tony—. No me gusta saber qué hora es, y el tic-tac me aburre.

Jim recogió el chaleco y buscó su reloj.

—No es tarde —dijo Tony—. Tu esposa se habrá acostado a dormir. Parece ser de aquellas que se acuestan a las nueve.

—¡Dios mío! —exclamó Jim, mirando la hora—. Es casi medianoche.

Tony soltó una carcajada señalando a Jim con el dedo.

—¡Qué modo de decirlo! Cualquiera diría que nunca estuviste levantado a estas horas.

—Sí —dijo Jim—. Pero le dije que estaría en casa a las diez. Estará preocupada.

—Déjala que se preocupe. Enséñale un poco. ¿Qué pretende de ti? Ven, vamos a comer algo.

—Estoy seguro de que le dije a las diez —dijo Jim, tratando de recordar, mientras Tony le echaba una mirada de compasión—. ¡Oh, diablos! Veamos qué hay en la cocina.

—Eso, muchacho —gritó Tony—. Defiende tus derechos.

Y cuando Jim se hubo vuelto, Tony le echó los brazos al cuello y él la llevó sobre las espaldas por el cuarto de estar, hasta la cocina.

Mientras Jim atravesaba en su automóvil Westwood Village, echó una mirada al reloj; eran las tres y diez. De pronto recordó que había dicho a Gladys que la llamaría por teléfono.

—¡Dios mío! —exclamó, y apretó el acelerador.

Había pocos automóviles por el camino. Las luces de las calles habían sido apagadas y la enorme ciudad parecía oscura y desierta al pasar Jim a gran velocidad hacia el Este en dirección a los barrios bajos de Los Angeles. Nunca en su vida se había sentido tan angustiado por hacer esperar a una persona. En realidad, apenas si

había pensado en ello. Si llegaba tarde o no iba, ¿qué importaba? El que esperaba podía hacer lo que quisiera; no hacer caso, enojarse o irse. Pero aquello era diferente. Gladys estaría preocupada, de ello no cabía la menor duda, y, por algún motivo, no consideraba justo que su mujer se intranquilizara de ese modo. Ese sentimiento lo asombró hasta que pudo encontrarle una explicación. ¡Diablos! Un hombre en su posición tenía que hacer algunas concesiones. ¡Maldita Tony!

Pasó frente a un restaurante nocturno que derramaba un chorro de luz en una esquina en que había reunidos algunos hombres; un vendedor de diarios, un conductor de taxi y un par de agentes en motocicletas. Jim disminuyó la marcha al ver a los policías. Lo único que le faltaba era ser detenido por exceso de velocidad.

Uno de los policías, al pasar el automóvil de Jim, puso su motocicleta en marcha y arrancó con gran estruendo. Alcanzó a Jim a dos manzanas de allí y lo obligó a detenerse. Jim se quedó maldiciendo, esperando al policía.

—Buenas noches —dijo el policía, sonriendo al acercarse a Jim—. ¿Acelerando, no?

—¿Tan ligero iba? —preguntó Jim.

—Sí.

El policía sacó una libreta, volvió las páginas con un grueso índice, encontró lo que buscaba, y, guardándose la libreta se echó la gorra hacia atrás y se quedó mirando a Jim.

—Señor... ¿es usted el señor James Lloyd?

Jim vaciló. ¡Demonios! ¿Qué pasaría?

—¿Por qué?

El policía lo observó.

—¿Quiere mostrarme su permiso de conducir?

Jim entregó el documento. El policía lo miró y se lo devolvió.

—Muy bien, señor Lloyd. Vuelva usted a su casa lo más pronto que pueda. Su esposa está buscándolo.

—¿Bromea usted?

—No bromeo, señor Lloyd —dijo el policía, riéndose—. Y si conozco a las mujeres, le espera a usted un disgusto.

Jim meneó la cabeza, fastidiado. ¡Hermoso lance!

—Y a propósito —dijo el policía—. Será bueno que se consiga usted un carnet de California si es que piensa quedarse aquí. Así se ahorrará disgustos. Es un consejo.

Cuando Jim entró en el semioscurecido vestíbulo, Charley Evans, pálido y preocupado, se le acercó apresuradamente.

—¿No es un poco tarde para usted? —le preguntó Jim, asombrado.

—¡Oh, qué contento estoy de verlo bueno! —exclamó el señor Evans—. La señora Lloyd... Pues hemos pasado un mal momento con ella. Mi hermana la acompaña.

—Tuve que ir a San Diego por asuntos de negocios —dijo Jim, dando el pretexto

que se le ocurrió.

—Es que su señora estaba muy preocupada.

—Gracias por su atención —dijo Jim—. Siento mucho que se haya disgustado tanto.

Subieron juntos en el ascensor, mientras el sereno miraba curiosamente a Jim de soslayo. ¡Qué lío había armado ese gigantón!

Jim se sentía tan nervioso que por un momento no pudo abrir la puerta de su apartamento. Evans, tan nervioso como Jim, lo miró forcejear con la llave con un aspecto de ansiedad en su semblante, generalmente sereno. Por fin Jim pudo abrir la puerta y entró. Gladys estaba echada en el diván, totalmente vestida, con una toalla mojada sobre la frente. La hermana de Evans, mujer regordeta de aspecto amable, de unos cincuenta años, estaba sentada a su lado, mirando un diario.

Gladys soltó una exclamación, arrojó la toalla, se levantó de un salto y se echó en brazos de Jim.

—Ya ve —dijo la señorita Evans—. Ya se lo decía, querida.

Jim, muy molesto, acarició torpemente el cabello a su esposa y miró a los Evans como diciendo: «¡Qué lástima que se haya disgustado por nada!».

—Nos vamos —dijo la señorita Evans—. Vamos, Charley.

—Gracias —dijo Jim—. Muchas gracias.

Gladys parecía incapaz de hablar. Saludó a los Evans con una inclinación de cabeza y sonrió, débil y distraídamente.

Cuando se hubieron ido los Evans, Jim le dijo:

—Perdóname, Gladys. Debí enviarte un telegrama.

—Estaba segura de que habías muerto o estabas gravemente herido en un accidente de automóvil —dijo Gladys, mirándolo con una expresión desesperada—. ¿Qué te pasó, Jim querido? ¿Dónde estuviste?

—Pongámonos cómodos —dijo Jim—, y te lo contaré todo.

Estaba perplejo por el aspecto de Gladys. Su esposa parecía haber envejecido diez años. Tenía el rostro pálido y estaba ojerosa; las arrugas que tenía a los lados de la boca parecían más profundas. Sus ojos expresaban dolor y asombro. Jim se sintió dolorido e intrigado. ¡Vaya una cosa! Nadie se había preocupado nunca tanto por él. En realidad, hasta ese mismo sentimiento era incomprensible para él. ¿Cómo podía una persona significar tanto para otra? ¿Cuántas veces había creído que necesitaba a Tony sin necesitarla de ese modo?

Hizo sentar a Gladys en el diván y se sentó a su lado, cogiéndole la mano.

—Tuve que ir a San Diego por asuntos de negocios, querida —le dijo, sonriendo y hablándole con suavidad—. Riley dijo que íbamos y volvíamos en seguida. Soy forastero aquí; no sabía que el viaje era tan largo.

—Me prometiste llamarme.

—Ya sé, y traté de hacerlo desde San Diego. Pero aquel lugar es como un campamento, pertenece al ejército y la marina. Allí a los civiles no les hacen caso.

Jim vaciló un poco con su perorata. ¡Suerte que había leído bastante acerca de San Diego en los periódicos!

—Prácticamente no se puede hacer una llamada de larga distancia. Por las prioridades. Luego, cuando se hubo hecho tan tarde, no quise molestarte. Se me ocurrió que al no llegar yo, te habrías acostado...

—¿Cómo pudiste creer eso, Jim?

—Pues... ¿por qué no? —dijo Jim riéndose—. No soy un niño. Sé cuidarme a mí mismo.

—Pues no puedo evitarlo. Cuando no estás aquí...

Gladys bajó la cabeza y se echó a llorar. Jim la abrazó fuertemente.

—Vamos, vamos —le dijo apaciguándola.

—Por favor —sollozó Gladys—. No vuelvas a hacerlo nunca.

Jim se despertó poco antes del amanecer y no pudo volver a dormir. Gladys, totalmente agotada, dormía profundamente, y, ante el asombro de Jim, roncaba un poco. A él le pareció algo poco propio de una persona distinguida.

Se quedó un momento mirando la mortecina luz que se reflejaba en el techo de la habitación, y de pronto tuvo ganas de fumar. Se deslizó lentamente fuera de la cama. En otro momento, aquello habría despertado a Gladys, pero aquella noche no; estaba demasiado agotada.

Jim se fue al cuarto de baño, cerró suavemente la puerta, encendió un cigarrillo y se quedó sentado en el borde de la bañera.

De pronto oyó un grito, seguido de pasos apresurados. Atónito, se levantó de un salto y abrió la puerta de baño a tiempo para ver pasar a Gladys, despeinada y pesados los ojos de sueño.

—¡Jim, Jim! —gritaba.

La alcanzó en el cuarto de estar y la abrazó, dominado por una extraña emoción.

—Aquí estoy querida, aquí estoy. ¿Qué pasa?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Gladys—. Creí que te habías ido.

Y se aferró a él como una persona que se ahoga.

Johnny parecía nervioso e intranquilo y Jim lo miró varias veces preguntándose qué le pasaba por la mente. El aspecto del abogadillo tampoco era bueno; estaba más pálido que de costumbre y parecía enfermo.

Se habían reunido en el bar del Marwood. Promediaba la tarde y el lugar estaba desierto salvo unos aburridos camareros que leían un diario en el extremo del mostrador, mirando furtivamente de vez en cuando por temor al señor Evans, quien podía entrar y sorprenderlos. Pero no se preocupaban demasiado. Los tiempos estaban cambiando. Ya nadie tenía que soportar castigo alguno para conservar el puesto, pues todos los hombres acudían a filas del ejército y a las fábricas de la defensa nacional. Los hombres en edad militar y aptos físicamente podían elegir el puesto que querían. Los camareros habían hablado muchas veces de eso; era un estado de cosas muy agradables.

Johnny había telefonado a Jim para decirle que tenía que verlo. Gladys había oído la conversación telefónica y se había impresionado, temerosa de otro viaje a San Diego; Jim había pedido, pues, al abogadillo que lo visitara en su hotel. Antes de que Johnny pudiera exponer el motivo de su visita, Jim le contó lo impresionada que se había puesto Gladys cuando había llegado tan tarde aquella noche, y le había preparado para lo que tenía que decir en caso de que ella bajara a tomar una copa con ellos.

—Tony estaba hecha un demonio aquella noche —dijo Jim riendo—. No podía desprenderme de ella.

Johnny bajó los ojos sin hacer comentario alguno. Parecía tan preocupado que Jim lo miró intrigado y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Johnny? ¿Te sientes mal?

Johnny reaccionó y logró sonreír.

—¿Yo? Nunca estoy enfermo. Lo que pasa es que me falta sueño. Además, tengo malas noticias para ti. Claro está que puedo arreglar el asunto, pero...

—Vamos, dilo. ¿De qué se trata?

—Windy se metió en un lío en San Francisco. Estuvo en la cárcel un par de días antes de ponerse en comunicación con Shake. ¡Pobre Shake! Se sintió tan impresionado que gritaba al contarme el asunto. Me pregunto qué le pasará al gigantón.

—No te preocupes por Shake.

—Pues Windy se llevó una mujer a San Francisco. Creo que se mostró demasiado charlatán acerca del dinero que llevaba consigo, y una noche, al despertar vio que la mujer estaba revisándole las ropas, en busca del dinero. Windy se enojó tanto que le dio a la mujer un par de bofetadas y la noqueó (aunque pretende haberla abofeteado solamente). La mujer se puso a dar alaridos, alguien llamó a la policía y se llevaron a Windy. Le encuentran el dinero y creyeron que había asaltado a alguien. Windy

insistió en que el dinero era suyo, lo cual es indudablemente cierto. Pero lo mantienen preso para investigar, y lo acusan además de agresión y lesiones.

—¡Caramba! —dijo Jim—. Esos canallas nunca dejan de ser canallas. Vete a San Francisco y arregla el asunto —dijo, y se quedó pensativo por un momento—. ¿No sabes si ha hablado... del dinero? ¿Les ha contado un cuento?

—No. Yo lo diré por él. Insistió en que el dinero era suyo y de procedencia limpia, y calló.

—Bueno. Vete allí en seguida y dile a Windy que diga que tenías con él una deuda de juego y que se la habías pagado. Averigua lo que puedas hacer en cuanto a la otra acusación. Sácalo en libertad y dile que si vuelve a meterse en líos le harás dar una paliza por unos amigos. Dile que lo he dispuesto yo.

Johnny vaciló y bajo la mirada.

—Me imaginaba que quizá pudiéramos telegrafiar a Joe Welch, Jim. Él se ocuparía de eso y nos ahorraría el viaje.

Jim se echó para atrás para mirar a Johnny. ¿Qué le ocurría al pequeño irlandés?

—¿Estás loco? Este asunto tiene que llevarse bien. Podríamos meternos todos en un lío si Windy llega a hablar.

—Bueno, Jim —dijo Johnny, resignado.

—Y no pierdas tiempo. Vete ahora mismo.

Johnny terminó su copa y se levantó. Le molestaba abandonar a Tony, aunque fuera por un día. Sentía tantos celos por ella que no podía pensar en otra cosa. Había pasado varias noches de insomnio pensando en ella y Jim. Era como si hubiese enloquecido de pronto; ya no era el mismo. ¡Qué cosa ridícula y patética que algo semejante pudiera ocurrirle a su edad!

—Jim, ¿has tenido alguna molestia con Doc?

—Sí —dijo Jim, torciendo el gesto—. Se me ha acercado una o dos veces pero yo lo alejé. Es un problema.

—¿Está tratando de sacarte dinero?

—Ése es su propósito general. Ahora ya conoce a Gladys para poder hablarle. Siempre que se le presenta la oportunidad trata de hablarme cuando estoy con ella.

—Mala cosa. Es el sistema de Doc. No se asusta fácilmente.

—Si no fuera un aficionado a las drogas, las cosas serían más sencillas. Pero esa gente es como las mujeres; nunca se sabe qué son capaces de hacer.

—No te impacientes, Jim, por favor —le suplicó Johnny—. Te conozco; eres muy manso hasta cierto punto, y entonces revientas. Si revientas con Doc tendrás que ir hasta el fin, pues él te hará frente. Ya lo ha hecho. ¿Recuerdas el asunto Willy Johnson? Y Willy era duro de pelar.

—Preocúpate por Windy y yo me ocuparé de Doc —dijo Jim con voz cortante.

No le gustaba recibir consejos de nadie. Se había manejado muy bien durante años y actuado en situaciones tan peligrosas como la que entonces se le presentaba.

—Bueno no te enfades —dijo Johnny, tratando de apaciguarlo; no quería que Jim

se pusiera nervioso pues iba a pedirle dinero—. No estoy tratando de enseñarte lo que debes hacer. Lo sabes perfectamente bien.

Jim se aplacó. Miró al abogadillo con una sonrisa.

—Esta vez la hice bien, ¿eh?, hasta superé a Tom Rodney. Él nunca se casó con una millonaria.

—¿Quién lo ha hecho? Nadie del ambiente, que yo sepa. Eres el primero.

Y Johnny sonrió para sí mientras Jim se pavoneaba. ¡No sabía resistir al halago!

—Jim —dijo Johnny—. Me molesta decírtelo, pero necesitaría un poco de dinero.

Jim se quedó mirándolo.

—¿Qué hiciste con aquellos mil doscientos?

Johnny vaciló. No podía contarle a Jim que Tony le había pedido unos ochocientos.

—Bueno —dijo—, no te lo aclaré oportunamente, pero debía casi todo ese dinero; tuve que mandarlo a Florida, para conservar el crédito en caso de que tuviéramos que regresar.

—¡Cómo se va el dinero! —dijo Jim meneando lentamente la cabeza.

La extravagancia era un defecto que perdonaba. Él mismo había gastado medio millón en los últimos quince años.

—Está bien Johnny. Tengo cuatrocientos aquí. Haz que te duren hasta el regreso.

—Gracias, Jim —dijo Johnny, tomando el dinero y metiéndoselo cuidadosamente en el bolsillo—. Te llamaré en cuanto haya arreglado todo.

Se estrecharon la mano. En el preciso momento en que Johnny se volvía para irse, Doc llegó al bar, muy elegante con su traje gris. Llevaba un liviano sombrero gris echado de costado y bastón. Johnny miró a Jim y se encogió de hombros. Doc los vio y se les acercó en seguida.

—¡Hola, Johnny! —dijo, sonriente.

—Ya me iba —dijo el abogadillo, deseando marcharse.

—Cualquiera diría que huyes de mí —dijo Doc sentándose a la mesa de Jim—. Te invito a tomar un trago si te quedas.

—Hasta otro día —dijo Johnny, marchándose con rapidez.

Jim se levantó a medias, pero Doc le puso la mano en el brazo.

—¡Qué lástima lo que le ocurrió a Windy! ¿No es cierto?

Jim volvió a sentarse.

—¿Sí?

—En cierto modo, Shake se puso en contacto conmigo. Le dije que se viera con Johnny en Santa Mónica. Al fin y al cabo, el problema es de usted y no mío. Claro está que si el asunto se ha hecho de buena fe...

—Oiga, Doc —dijo Jim lentamente—. Es usted tonto de nacimiento o lo han idiotizado las drogas. Siga mi consejo; váyase de este hotel. No se meta en cosas que no le importan. Manténgase alejado de mí. Me estoy cansando de todo esto.

—Lo esperaba, de modo que me figuré que consentiría usted en hablar de

negocios hoy. Su esposa me dijo que lo encontraría aquí.

—¡Mi esposa! ¿Dónde la vio usted?

—Subí a su apartamento. Fue muy amable conmigo, muy cortés.

—No se meta en mi apartamento. Evans está buscando un pretexto para echarlo de aquí. Quizás el pretexto se lo dé yo.

—Si lo hace usted, haré que lo echen después que a mí.

Hubo una pausa, Jim se quedó mirando a la mesa tratando de dominar la furia que lo embargaba.

—Doc —dijo con voz un tanto temblorosa—. No sé qué decirle. Jamás me he encontrado en una situación como ésta. Siempre he trabajado con gente recta. Los canallas son escasos en este oficio.

Doc sonrió y se golpeó las piernas con el bastón.

—Está usted perdiendo el tiempo si quiere hacerme enfadar. Sé lo que quiero y cómo lograrlo. Por más que usted diga, no me sacaré de mis cabales. Así, pues, sería bueno que habláramos de negocios.

—Nunca recibirá usted un centavo de mí, Doc. ¿Cree usted que yo soy un pobre infeliz? Una vez que empezara a pagarle, estaría perdido. Me cobraría usted una pensión vitalicia, que, quizá, pudiera no ser muy larga.

Doc se rió.

—¿Aún trata de asustarme, eh? Lo he desilusionado, Farrar.

Doc entrecerró los ojos y la sonrisa se le borró del semblante. Se inclinó hacia Jim.

—Quizá sea usted el que lo está buscando —dijo—. Y tengo algo en mi bolsillo que pudiera satisfacerlo.

Jim miró a Doc y se rió.

—¡Un pobre infeliz intoxicado por las drogas! No, Doc. Ni un centavo recibirás de mí, nunca.

Se volvió y llamó al camarero, que llegó presuroso y sonriente. Al camarero le gustaba el señor Lloyd; era un buen caballero y daba grandes propinas, no como aquel hombrecillo que estaba con él y que jamás daba ninguna.

—Whisky y soda —dijo Jim al camarero, que se inclinó ligeramente y se volvió a Doc.

—¿Y usted, señor?

—Nada.

El camarero se alejó y volvió al minuto con el vaso de Jim. Se preguntaba qué ocurría entre aquellos dos hombres, que estaban sentados en silencio, sin mirarse siquiera. Recogió la propina que le dejara Jim, sonrió y volvió al mostrador, donde estaba sosteniendo una acalorada aunque susurrada conversación con un compañero acerca del proyectado racionamiento de la gasolina.

—Soy un hombre razonable —dijo Doc por fin—. Y no soy ningún chantajista. No quiero sangrarlo, Farrar. Entrégueme usted cien mil dólares y el asunto queda

terminado.

Jim se contentó con reírse. Doc se quedó muy tranquilo un momento, preguntándose si había llegado el momento de indicar que tenía un triunfo en su mano. Pero prefirió callar.

—Está bien —dijo lentamente—. Usted sabrá lo que hace. Pero jamás me figuré que fuera usted tan mezquino, un hombre que no quiere gastar cien mil dólares para proteger un millón...

—¿Cómo se propone intervenir, Doc? —preguntó Jim con tono suave.

—Es fácil; una palabra a la señora, para decirle con qué clase de individuo se ha casado...

—No creería su palabra contra la mía.

—Pues haría que me creyera perfectamente. Sé convencer. Y ella podría hacer anular su matrimonio enseguida.

Jim se inclinó y habló en voz baja aunque cortante.

—Doc, quiero avisarle por última vez; si llega usted a decir una palabra de más a mi mujer... lo mataré.

Doc meneó lentamente la cabeza.

—No me asusta usted, Farrar.

Jim abrió la boca para seguir hablando, pero vaciló. Gladys estaba en el marco de la puerta mirando tímidamente en su dirección. Vestía un traje sastre y un sombrero pequeño; estaba preciosa.

—Doc —dijo Jim—. He aquí a mi esposa. Puede usted hablar en seguida. O lo hace, o se levanta y se va.

Jim se levantó e hizo señas a Gladys para que se acercara. Doc se levantó también. Cuando Gladys llegó al lado de la mesa, se inclinó levemente y dijo:

—Lo encontré, señora Lloyd. Ahora me marchó. Podría molestar.

Gladys miró de Jim a Doc.

—Espero no ser entrometida. ¿Terminaron sus negocios? —dijo, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está el señor Riley? Habría querido saludarle.

—Se marchó, querida —dijo Jim; volviéndose hacia Doc—: Adiós, doctor.

Y se volvió de pronto para marcharse.

Jim y Gladys se sentaron.

—Espero no haber interrumpido —dijo ella, mirando amorosamente a Jim, y, al verlo hacer una señal negativa con la cabeza, prosiguió—: Este doctorcillo es el hombre más extraño que he visto. Cuando me mira parece que me desnuda con la mirada.

—Es un latoso —dijo Jim.

Gladys se rió, como siempre lo hacía de los chistes de Jim.

—Querido, me gustaría beber algo. Me siento animada con mi traje nuevo.

—Me alegro —dijo Jim—. Tomaré un trago contigo.

Y pidió las bebidas. Gladys se inclinó hacia él y le palmoteó el brazo.

—¿No te molesta que te haya seguido?

—De ningún modo.

—A decir verdad, no podía quedarme más tiempo sola. Quería estar contigo, Jim.

—Me alegro de que hayas venido.

—Temía que tuvieras que irte otra vez con el señor Riley.

—Tiene que irse a San Francisco por asuntos de negocios.

Gladys se irguió en su asiento y miró ansiosamente a Jim.

—¿Tú no vas, no es cierto, querido?

—No; él se arreglará solo.

—¡Oh, qué suerte! ¿Quieres llevarme esta noche a ver a Bob Hope?

Jim asintió con lento movimiento de cabeza. Había prometido a Tony que iría a la casa de la playa, pero no tenía tantas ganas de ir como creía. Otra noche sería lo mismo.

—¡Oh, cuánto me alegro! —dijo Gladys—. Y, Jim, ¿querrías llevarme a cenar al Vine Street Derby para poder ver a las estrellas del cine?

—Sí, pero lo que no comprendo es por qué quieres verlas.

—No comprendes. Cuando vivía en Minneápolis, uno de los pocos placeres que tenía era ir al cine. Cari estaba enfermo la mayor parte del tiempo, y de vez en cuando podía ir al espectáculo para olvidarme de mis cosas. Esos artistas significan mucho para mí.

—Pues no tengo inconveniente alguno —dijo Jim—; me basta no tener que pedirles autógrafos para ti.

Gladys rió, contenta. El camarero llegó con las bebidas. Jim se quedó sorbiendo su whisky con soda y pensando en Tony. La muchacha estaba perdiendo poco a poco su poder sobre él. Jim estaba acostumbrándose a Gladys, y, comparada con ella, Tony era ruda y vulgar. En cuanto estuviera en el cine con Gladys, le diría que iba al servicio y de allí llamaría a Tony por teléfono para que la muchacha no se intranquilizara por él.

Jim estaba en el cuarto de estar esperando la llamada de larga distancia de Johnny y gruñendo por haber permitido a Gladys que lo llevara al oculista. Al volver de casa del médico, había encontrado una nota para él en la portería; el señor Riley había llamado de San Francisco y dejado dicho que volvería a llamar.

Oyó a Gladys que tarareaba una canción popular en la despensa, donde estaba preparando un whisky. Descansó, dejó de gruñir y sonrió para sí. ¡Qué agradable era tener una esposa como Gladys! Había conocido a muchas mujeres, pero ninguna como ella. Parecía pensar más en la comodidad de Jim y en su bienestar que en el suyo propio. ¡Ésa sí que era una mujer! En una carrera de más de veinte años, vivida en otros tantos Estados, Jim jamás había encontrado otra que se le pareciera... salvo su madre. Claro está que aquella mujer tenía sus inconvenientes, apenas si podía estar sin él y a veces sus cuidados eran abrumadores, pero todo aquello le daba una agradable sensación de comodidad. Siempre se había bastado de tal modo a sí mismo que nunca le había importado un ardite de si los demás se preocupaban por él o no. En realidad, jamás había necesitado a nadie; ni siquiera a Johnny, que desde hacía mucho era su amigo íntimo. Tony era otra cosa; la necesitaba en un sentido muy diferente, y aquella necesidad, muy a gusto de él, estaba pasando.

Jim se rió para sí. ¿Estaba cambiando? ¡No podía imaginarse a sí mismo permitiendo que una mujer lo arrastrara a casa de un oculista! Ni aún Gladys. Nada tenía en la vista, o muy poco; lo cierto era que simulaba que le dolían los ojos para explicar su intranquilidad y su aburrimiento. Haciendo algunos comentarios sardónicos sobre sí mismo, había sido llevado por una serie de pequeñas habitaciones donde lo habían obligado a sentarse ante aparatos que parecían complicados instrumentos de tortura y a mirar por unos lentes. La cosa no era tan desagradable. Pero la enfermera le había puesto unas gotas en los ojos, que por un par de horas lo habían hecho sentirse prácticamente ciego y Gladys había tenido que llevarlo por todas partes.

—Sí —se dijo para sí despreciativamente—. Lo único que necesitaba era un lazarillo y un plato para pedir limosna. Como el viejo Gig Black en Chicago. ¡Gig, vaya un personaje! Era el mejor tirador del Medio Oeste, y se volvió ciego. ¡Dios mío! Así es la vida.

En el preciso momento en que entraba Gladys con las bebidas, tarareando, contenta, llamó la campanilla del teléfono. Era Johnny, que llamaba desde San Francisco.

—¿Sí? —dijo Jim.

—Todo está arreglado —dijo la voz de Johnny—. Asusté al grandullón y le hice concebir el temor a Dios —dijo Johnny, riéndose secamente—. Le di un susto tal que me pidió que le guardara su dinero. Descubrí que quería quedarse en San Francisco, de modo que le abrí una cuenta en un banco; retirará el dinero semanalmente;

cincuenta dólares cada vez.

—Buen trabajo —dijo Johnny, mirando hacia arriba.

Gladys estaba en medio de la habitación, simulando leer una revista, pero escuchando con tanta atención que se había puesto rígida. Jim sonrió.

—Tuve que untar un poco la mano en el departamento de policía —prosiguió Johnny—. Volveré sin un centavo.

—Yo me ocuparé de ti —dijo Jim—. Adiós.

Cortó la comunicación y Gladys se presentó con las bebidas. Jim la sentó sobre sus rodillas y la besó. Gladys le puso la mano por la frente y le dijo:

—¿Cómo te sientes de la vista, querido?

—Muy bien. Casi puedo ver. Voy al médico para que me examine y me deja ciego.

—Tengo impaciencia por verte con gafas. ¡Tendrás un aspecto tan distinguido!

—Me sentarán muy bien con las canas y con la barriga.

—¡Qué barriga ni qué barriga! Jamás vi un hombre tan bien constituido.

—No se me ocurrió que te ocuparas de las constituciones de los hombres —dijo él frunciendo el ceño.

Ella le estudió la expresión, sin poder comprender si estaba bromeando o no.

—Pues las mujeres no pueden impedir...

Jim se rió y la besó.

—Si no te conociera bien —dijo—, creería que tienes la conciencia sucia.

—Pues no me conoces, y tengo la conciencia sucia —dijo Gladys, riéndose.

Mientras cenaba, Jim empezó a preguntarse dónde estaría Doc; no lo había visto desde hacía dos días. Era posible, claro está, que Doc hubiera resuelto abandonar la lucha después de su conversación en el bar, mas no era probable. Jim no podía acertar nada acerca del doctorcillo. Era un problema serio.

Después de cenar, fueron a un cine; Jim salió de la sala y llamó a Tony. Era la tercera vez que aquello ocurría en una semana. Tony parecía adormilada y algo indiferente, según le pareció a Jim, que se quedó asombrado. Dentro de poco tendría que hacer algunos planes relativos a Tony: la mandaría a Florida. Pero el mandarla allí quizá costara un poco de trabajo. Antes de despedirse de él, Tony le dijo que necesitaba dinero.

—Claro está —le dijo con desagradable risa—, que no puedo esperar a que me lo traigas ahora que andas en la alta sociedad.

Jim le prometió el dinero y cortó la comunicación.

Se encontraron con el señor Evans en el vestíbulo, y se detuvieron a conversar con él un rato.

—¿Qué le ha pasado a nuestro amiguito el médico? —preguntó Jim.

—Se ha marchado —dijo Evans con expresión extraña, según creyó ver Jim.

—¿Se marchó repentinamente?

—Sí. La otra noche se puso muy enfermo. Se desmayó. El médico del hotel subió

a atenderlo, y consideró que el doctor Brigh se fuera a otra parte a cuidarse la salud.

En el ascensor, Jim se mostró muy pensativo. Algo raro estaba ocurriendo. Durante años, Doc había tenido ataques; Ray Slavens insistía en que eran epilépticos. Jim no estaba seguro, pero sabía que las drogas no podían hacerle bien.

Jim volvió en sí. Gladys estaba apretándole el brazo y mirándolo, un tanto preocupada por lo meditabundo que estaba, aunque le sonrió en cuanto él le hubo guiñado el ojo.

Aquella noche, cuando estuvieron acostados, Gladys le dijo:

—A veces no puedo creerlo.

—No puedes creer ¿qué?

—Pues que estamos casados, como estamos. A veces me maravillo de todo cuanto nos ha ocurrido. Es como si hubiera estado escrito. De otro modo no me lo imagino. Cosas así no ocurren por accidente.

Jim, que había preparado el «accidente», no sabía qué decir.

—La primera vez que te vi... me di cuenta —dijo Gladys—. ¡Parecías tan enorme, fuerte y guapo! Casi me dejó de latir el corazón. Y en seguida supe.

—Pues yo sentí casi lo mismo —dijo Jim, siguiendo el juego.

—No. Apenas si me miraste. Pero no me importa. Ahora todo aquello ha pasado. Me refiero a aquella ansiedad. Piensa que casi huyo de ti.

—¿Por qué?

—Tenía miedo.

—¿De qué?

—Sabía que las demás mujeres te deseaban, como aquella rubia en el cabaret. Tenía miedo de no poder aguantar la tensión.

—¿Acaso no nos llevamos bien?

Gladys suspiró profundamente.

—Soy tan feliz que la mayor parte del tiempo no sé qué hago.

Un rato después, Jim se durmió. Gladys se quedó a su lado, sin intentar dormir, feliz de estar cerca de él y observándolo como una madre observa a su hijo.

Jim estaba en la peluquería cuando Shake lo llamó por teléfono. Shake estaba llorando y tan agitado que Jim no pudo comprender lo que decía. Además, se le ocurrió que el peluquero le miraba de modo extraño. Le dijo a Shake que pronto lo llamaría, y colgó el aparato.

En cuanto el peluquero hubo terminado de afeitarlo, cruzó la calle y entró en una farmacia, donde llamó desde un teléfono público.

—¡Dios mío! ¿Por qué tardó usted tanto, señor Farrar? —preguntó Shake—. Es algo muy serio. Sinceramente serio, he...

—¿Se trata de Doc?

—Sí, Doc quiere...

—Bueno, habla pronto.

—Doc se ha metido en un lío tremendo, señor Farrar. Tuvo una riña con dos hombres y una mujer en una cervecería. Gente que nada tenía que ver con él. Creo que Doc se insolentó. A uno de los hombres la cosa no le gustó, de modo que le dio a Doc un bofetón en la mandíbula. Doc no aguanta nada de nadie. Llevaba bastón y atacó con él a los dos hombres. Hasta le pegó a la mujer, aunque no creo que a propósito...

—Espera, Shake. Si pretendes que saque a Doc de un lío, te diré que no.

—No corte, señor Farrar, no es eso. La policía está buscando a Doc, que se fugó, pero dice que primero ha de pagarle usted. Por eso le hablo. Está buscándole a usted en este momento, señor Farrar y está de muy mal humor. Ultimamente se ha sentido mal y como lo echaron de ese hotel porque el director se dio cuenta de su afición a las drogas, está hecho un loco. Traté de ponerme en comunicación con Johnny Doyle, pero no pude dar con él. Traté sin embargo...

—Gracias, Shake —dijo Jim, cortando la comunicación y se quedó meditando un rato.

¡Con qué gentuza se había metido! Debió estar loco al creer que de aquella extraña asociación podía salir algo bueno. Se arrepentía de haber hecho caso de un canalla como Doc y de su pandilla de harapientos.

Salió de la farmacia y miró a la acera de enfrente. No alcanzó a dar diez pasos cuando vio a Doc. El hombrecillo, de aspecto desaliñado y sucio, lo había visto y se dirigía hacia él muy pálido. Se encontraron en la curva justo frente al Marwood.

—Farrar, quiero verte.

—Bueno —dijo Jim—. Aquí me tienes. Mírame bien.

—Me voy de la ciudad —dijo Doc—, y...

—Pues me alegro.

—Sí, pero la cosa no es tan sencilla. Antes de que me vaya quiero terminar ese asunto contigo.

—Éste no es lugar para hablar.

—Hay un café en los fondos del hotel. Allí podemos hablar. Ven.

Doc estaba tan nervioso que Jim se asombró que la gente no se volviera a mirarlo por la calle. Tenía los ojos amarillentos; el rostro pálido y la comisura derecha de los labios se le contraía espasmódicamente. Jim echó a andar al lado de Doc vigilándolo por el rabillo del ojo, tratando de pensar qué sería mejor hacer. Todo hombre en ese estado es peligroso y Doc lo era doblemente. Jim no podía ver claramente cómo habría de reaccionar; por el momento se veía obligado a complacer a Doc.

Una parte del carácter de Jim era paciente y calculadora; unida a su carácter y a su aspecto, le había hecho triunfar, pero también tenía arranques impulsivos que a veces se imponían, y que casi siempre le ocasionaban inconvenientes. Mientras andaba al lado de Doc, tuvo un repentino impulso de darle un golpe, quitarle la pistola y zurrarle despiadadamente. Quizás aquello lo tranquilizara. Pero el Jim calculador lo contuvo. De todos modos, una rabia fría se había apoderado de él. Doc tenía que ser aplacado de un modo o de otro.

Entraron codo con codo en el oscuro café, y, por las dudas. Jim estudió minuciosamente la estancia, la rústica construcción, la vieja pianola al lado de la puerta y la lúgubre y clandestina atmósfera del lugar. Tuvo la extraña sensación de que había estado antes allí, aunque estaba seguro de no haber pisado jamás aquel lugar. Se sentía intranquilo, y miraba a Doc, quien sin mirar a derecha ni izquierda, se dirigió al mostrador y preguntó al camarero si había alguna habitación donde pudieran conversar en privado. El camarero dijo que sí.

—Allí, detrás de aquella puerta. La habitación que está a la izquierda.

—Llévenos dos whiskys con soda —dijo Doc.

Jim, que aún sentía una sensación de extrañeza, siguió a Doc por un angosto corredor hasta una habitación en que había una mesa para dos, y un diván de cuero.

Doc se sentó de pronto y echó el sombrero sobre los ojos. Jim se sentó frente a él.

—Estoy metido en un pequeño lío —dijo Doc—, y saldré, pues, de esta hermosa ciudad antes de que me eche mano algún estúpido policía. En cuanto a ti, siempre tienes la posibilidad de llamarla.

—Eres tan canalla que jamás comprenderás cómo son los demás —dijo Jim con calma—. Jamás en mi vida he llamado a la policía.

—Pues me figuraba que como te estás poniendo tan respetable y estás casado con esa señora rica... —repuso Doc, sonriendo sarcásticamente.

El camarero entró con los whiskies y como Doc no hacía ademán de pagar, Jim echó algún dinero sobre la mesa diciendo al camarero que se guardara el cambio. El camarero salió sonriendo.

—Siempre eres el gran señor —se mofó Doc—. No puedes impedir tratar de impresionar a los miserables —añadió apretando los labios—. Y un individuo que hace eso no es sino un miserable, lo que tú siempre has sido para mí, señor Jim Farrar.

Jim empezó a retorcerse los dedos. Su rabia fría estaba creciendo. En un

momento, si no ocurría nada, iba a arrancarle la cabeza a ese maldito canalla.

—Doc —dijo—. Estás un poco enfermo pero te aprovechas demasiado de esa circunstancia. Modera el tono y di cuanto tengas que decir antes de que yo pierda los estribos.

—Si llegas a perder los estribos, Farrar, será lo último que hagas en este mundo. Te estoy apuntando con una pistola bajo la mesa y te haré volar las tripas.

—A veces me pregunto, Doc, si has disparado alguna vez contra alguien por el modo en que hablas. ¿Lo hiciste?

Doc sonrió forzosamente.

—De todos modos, eres valiente, y ya es algo. Mira, Farrar, nadie habrá de matar a nadie mientras juegues limpio. Quiero mi dinero.

Doc parecía ya más razonable, y Jim resolvió jugar la partida.

—¿Cuánto?

—Todo cuanto puedas reunir. Te pedía cien mil dólares. Pero, por el momento, es una locura. Sé que se tarda tiempo en reunir esa suma.

—Quizá tenga trescientos dólares conmigo.

Doc se rió.

—Eso no basta. ¿No comprendes? Quiero dinero... cinco cifras.

—No —dijo Jim.

—Muy bien —dijo Doc, decidido—. Iré a contárselo a tu esposa.

—¿Estás loco, Doc?

—No, ¿y tú? Quizás ella pague. Es decir, cuando se entere de la clase de información que le llevo respecto a ti.

—Adelante. Ahí tienes la puerta. Será tu palabra contra la mía... y no tienes la menor probabilidad.

—La tendría... si le hablara de la mujer que tienes en la playa.

Jim no movió un músculo. Hubo una larga pausa. La pequeña habitación se hizo tan pesada de silencio que se oyó el crujido de los zapatos de Doc, que se movía, molesto. La expresión de Jim era dura y rígida. Doc lo miró y empezó a perder poco a poco su valor. Había algo muy inquietante en la impasibilidad de Jim.

—Eso es harina de otro costal —dijo Jim, hablando con voz hueca y moviendo los labios con esfuerzo como si se hubieran puesto rígidos. Creo que será mejor que te traiga algún dinero.

Y se levantó. Había llegado al límite y quería salir de aquel lugar horrible, barato y sucio que tanto miedo le diera al entrar en él. No sabía exactamente qué iba a hacer. Quería volver al hotel y ver a Gladys; quería resistir hasta que todo volara por los aires, y, ante todo, quería borrar a Doc del mapa, a ese canalla, ese médico provocador de abortos, ese aficionado a las drogas, jefe fallido y desilusionado que jamás había podido abrirse camino de ningún modo; a ese ruin consumido por la codicia y la envidia, a ese Doc que estaba en las últimas y que luchaba furiosamente para hacer tanto mal como le fuera posible antes de dar su gran salto al olvido.

—No te tengo confianza, Farrar —dijo Doc, aún no resuelto.

—Pues habrás de tenérmela.

—Espera —dijo Doc—. Aún no te dije que podías irte. Todavía estoy apuntándote.

—De nada te valdrá disparar —dijo Jim fríamente.

—Si me juegas una pasada... —empezó Doc, después de lo cual volvió a vacilar—. Veo en tu mirada que me quieres traicionar, Farrar —añadió, riéndose en un arranque de histeria—. No lo hagas, que te pesará.

Jim abrió la puerta. En aquel momento alguien metió una moneda en la ranura del piano, que empezó a tocar un swing llenando la habitación de vivaz ritmo. Doc hizo una mueca al oír el repentino sonido del instrumento y se levantó a medias.

—Espera aquí —dijo Jim—. Te traeré todo el dinero al que pueda echar mano.

Doc se pasó la mano por la cara; por los ojos le pasó una mirada de asombro y se quedó mirando un rato como un sonámbulo. Meneó lentamente la cabeza.

—Nunca veré ese dinero —dijo, levantando la voz en tono agudo para dominar el ruido de la música—. Así son las cosas, Farrar.

Jim se quedó mirándolo. Doc estaba hablando como loco.

—Espérame, Doc —dijo—. Volveré.

Jim salió y cerró la puerta tras de sí. Pasó apresuradamente ante el mostrador y salió a la luz de sol. Se sentía mal. Un minuto más y habría matado a Doc o habría sido muerto por él. Estaba tan impresionado que apenas sabía dónde estaba ni qué estaba haciendo.

Echó a andar mecánicamente por el vestíbulo del Marwood y se quedó esperando el ascensor. Le pareció que pasaban horas antes que las puertas se abrieran ante él. El ascensorista le sonrió y le dijo:

—Buenas tardes, señor Lloyd. ¿Qué hermoso día, no?

Jim murmuró cualquier cosa y el muchacho lo miró, preguntándose qué le pasaba.

Una extraña le encontró en momentos en que habría la puerta de su apartamento. La extraña se parecía a Gladys pero evidentemente no era ella. Jamás habría imaginado que Gladys pudiera parecer tan pálida ni tener el semblante tan descompuesto, débil y miserable como si le hubiera faltado la tierra bajo los pies.

—Jim —dijo ella lentamente—. Acabo de hablar con un hombre por teléfono.

—Ya lo sé —dijo Jim, que no pareció asombrado.

Me dijo cosas horribles de ti. Dijo que era el doctor Brighth, que acababa de estar contigo y que venías hacia aquí.

—Es cierto —dijo Jim.

Apartó a Gladys, entró en el dormitorio, sacó una maleta de un ropero, y, levantando una doble tapa, sacó de ella una pistola automática de calibre cuarenta y cinco, que se metió en el bolsillo de la chaqueta, después de lo cual volvió al cuarto de estar. Gladys trató de cerrarle el paso, pero él la apartó.

—¡Jim! —exclamó ella—. ¿Por qué me llamó ese hombre? ¿Por qué me dijo esas

cosas horribles de ti? ¿Por qué tienes una mujer en la playa? No comprendo.

Estaba pálida y temblorosa, pero Jim la miró sin conmoverse; cruzó apresuradamente por el cuarto de estar y salió dando un portazo.

Gladys dio varios pasos para seguirlo, estirando los brazos débilmente, pero tropezó, cayó de rodillas y hundió la cara entre los almohadones del diván. Aquel trastorno de todas las cosas era demasiado para ella; no podía dominarse. Si sólo Jim le hubiera dicho algo, si hubiera tratado de consolarla, aun cuando le hubiera mentido, podría haber soportado la impresión. Pero su marido había salido del apartamento, silencioso e implacable, como un personaje de sueño; era un Jim que ella no conocía y no lograba imaginar; un Jim siniestro e incommovible, destinado a algún fin inimaginable.

—Nunca volveré a verlo —dijo Gladys—. Nunca.

Jim recorrió la calle apresuradamente, temeroso de que Doc pudiera haber huido. Sólo tenía un pensamiento; eliminar a Doc. Nada le impresionaba; ni el cálido sol de California, el estrépito del tránsito ni la gente que se movía por la concurrida arteria. ¡Nada! Estaba totalmente aislado del resto del mundo.

—Claro está que pondrá pies en polvorosa —se decía para sí—. Seguro que no lo encuentro.

Pero cuando abrió la puerta del café vio a Doc con un vaso en la mano y el pie apoyado en el mostrador, haciendo chistes con el camarero, echando el sombrero sobre la oreja y con una sardónica sonrisa en los delgados labios.

Jim vaciló una fracción de segundo. Había llegado por fin el momento. Era una comedia que tenía que terminar. Y sacó la pistola.

El camarero miró a Jim, luego se puso verde y se agachó detrás del mostrador. A Doc se le cayó el vaso de las manos. Lo cogían totalmente por sorpresa. Pero era valiente. Se volvió de pronto, se lanzó contra una pared para eludir la puntería de Jim, y, metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta, hizo fuego dos veces sin sacar su arma. Las balas no dieron en el blanco y rompieron vidrios sobre la cabeza de Jim.

Jim apuntó cuidadosamente y disparó tres veces. Doc se inclinó hacia adelante, mortalmente herido, quiso agarrar la pared, no pudo, y giró lentamente sobre sí mismo; dio unos pasos hacia atrás, se inclinó sobre una mesa como agotado, y de pronto se le doblaron las rodillas. Fue cayendo poco a poco, mirando a Jim con ojos que ya no veían, inexpresivos; por último, dio de bruces en el suelo y quedó estirado.

Jim lo miró, sin sentir nada, piedad, remordimiento ni satisfacción; luego se volvió, salió corriendo del café y echó a correr por la calle hacia el garage del Marwood. Con una sola mirada vio que jamás podría sacar su automóvil a tiempo para huir; el garage estaba lleno de automóviles y su coche estaba en tercera fila, contra la pared.

—¿Quiere usted su coche, señor Lloyd?

—No, Joe —dijo Jim—. He cambiado de parecer.

Salió rápidamente y se dirigió hacia la avenida, detrás del hotel. Ya se había armado el alboroto. El camarero estaba de pie en medio de la calle gritando, como en un ataque de histeria:

—¡Han matado a uno, han matado a uno!

Gladys volvió en sí poco a poco. Era como si la arrancaran de un profundo sueño y no pudiera despertar del todo. Se quedó con la cara hundida en los almohadones del diván, tratando de creer que había tenido una horrible pesadilla y que dentro de un rato estaría riéndose de su angustia.

Un griterío proveniente de la calle terminó por sacarla de ese estado. Oyó voces, muchas voces, y el molesto sonido de las bocinas de los automóviles. Luego, dominándolo todo, la sirena de un automóvil de la policía empezó a aullar y calló en seguida, dejando un silencio extraño.

Gladys se puso lentamente en pie y se dirigió a la ventana. Bajo ella se reunía una excitada multitud frente a un café y un hombre de delantal blanco trataba de impedir la entrada. Dos corpulentos policías salieron del automóvil, y, empujando desconsideradamente a la gente, entraron en el café con el camarero. Otro policía llegó corriendo y se colocó ante la puerta haciendo señas a la multitud para que se alejara.

Gladys observó inconscientemente la escena, luego se volvió. El desorden callejero parecía algo irreal, como si ocurriera en otro planeta. Se dirigió, como sonámbula, a la despensa, se sirvió un poco de whisky puro y lo bebió. En seguida le dio un acceso de tos y se estremeció. Cayó sentada en el diván y se quedó mirando la alfombra. Estaba totalmente mareada; no sabía si vivía o si había muerto.

Al rato, se echó hacia atrás y cerró los ojos. Le brotaron las lágrimas, que le corrieron lentamente por las mejillas, pero no sintió emoción alguna; estaba insensible.

Shake se sobresaltó cuando de pronto se abrió la puerta y entró Jim. El jefe no parecía tan compuesto ni tranquilo como de costumbre. Su curtido rostro mostraba un color grisáceo; tenía la corbata casi deshecha, y sus ojos tenían una mirada extraña, como de locura.

—¿Qué...? ¿Qué ha ocurrido, señor Farrar? —balbuceó Shake.

—Doc y yo tuvimos un pequeño lío.

—¡Lo sabía! —exclamó Shake—. Sabía que no estaría contento hasta que...

Y Shake calló de pronto, como detenido por una sospecha.

—¿Está... muerto?

—Muy muerto —dijo Jim, dejándose caer en una silla, quitándose el sombrero y secándose la frente, que sentía fría y húmeda.

—¿Lo mató la policía?

—No. Fui yo.

Shake estiró una mano para asirse a algo, y cayó sentado en una silla, desde donde se quedó mirando al jefe, mientras trataba de comprender que por fin había ocurrido aquello. Desde hacía meses sabía que Doc iba a terminar en una mesa de la morgue. Pero nunca se le había ocurrido que el jefe lo mataría. El señor Farrar no era de los que matan. Era un hombre suave que se mantenía al margen de la violencia y dejaba que los matones y aficionados a las drogas se mataran y se metieran con la ley.

—No fue usted —dijo Shake, atónito.

—Sí, fui yo —insistió Jim—. Él se lo buscó. Cuando no quise darle dinero, le habló a mi esposa de Tony, mi amante. Fue una artimaña de canalla y no tuvo más que lo merecido.

Shake asintió lentamente.

—Sí, señor Farrar, así es.

—Mira, Shake —dijo Jim—. Estoy en un lío. Sólo tengo doscientos dólares conmigo y no pude sacar mi automóvil del hotel... estaba colocado muy atrás.

—Espere un momento, señor Farrar —intervino Shake, mostrando más astucia de la que Jim hubiera visto antes en él—. Doc solía venir aquí de cuando en cuando. Es seguro que la policía ha de venir aquí tarde o temprano. ¿Lo han visto entrar?

—No —dijo Jim.

—Bueno. Exactamente sobre el vestíbulo hay una habitación que está en tan malas condiciones que no puede ser alquilada. Nadie vive en ella. Creo que el propietario es bueno, pero sería cosa de no arriesgarse con él demasiado. Ahora mismo lo llevo allá.

—Bueno —dijo Jim.

Shake se levantó y Jim lo siguió por el oscuro corredor del miserable hotelucho, hasta una pequeña habitación, fea y maloliente. Las cortinas estaban cerradas y el interior del cuarto estaba oscuro.

—Aquí es —dijo Shake, sonriéndose para disculparse—. No es gran cosa, pero creo que podrá usted quedarse aquí por un tiempo.

—Sí —dijo Jim, sentándose, agotado, y sacando la billetera—. Mira, Shake, alquílame un automóvil. Trata también de ponerte en comunicación con Johnny en Santa Mónica. Y llama un par de veces a este número. Es el de mi casa de la playa. Si consigues a Johnny en cualquiera de esos lugares, dile que lo encontraré en el restaurante El Buque. ¡Caramba! —exclamó, fastidiado—. ¡Es para enloquecer a cualquiera! Cuando no quiero a Johnny lo tengo hasta en la sopa. Cuando lo necesito tengo que echarle un galgo.

—Tranquilícese, señor Farrar. Salgo volando antes de que venga la policía. Saldré por los fondos de la casa y volveré por el mismo camino. Quizás aunque me busquen pueda burlarlos. Si llega a ocurrir algo aquí mientras está usted solo, dígales a los de la policía que está esperando a unos amigos para jugar a los dados.

—Muy bien. Gracias, Shake. Tienes más inteligencia de la que suponía.

Shake sonrió levemente.

—Es como en los buenos tiempos míos —dijo—. He estado en muchos enredos, señor Farrar, y solía salir bien de ellos. Claro que no era yo el de ahora.

Meneó tristemente la cabeza y salió, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Bajó por la escalera del fondo y echó a andar por un sendero bordeado de terreno baldío. Con un estremecimiento pensó en Doc. Las cosas nunca volverían a ser como antes, pero en cierto modo era mejor. El pobre Doc estaba ya fuera de su miseria. Shake no sentía animadversión hacia Jim. Toda su vida había sido un delincuente; creía en su código y vivía de acuerdo con él. Doc siempre había estado en un estado de confusión. Nunca podía resolverse ni por el lado de la decencia ni por el de la delincuencia. Era imposible explicarle que las cosas había que hacerlas de cierto modo para que no salieran mal. Doc se había hecho culpable de algo imperdonable, y lo habían matado. Era de justicia.

Shake meneó la cabeza mientras salía a una callejuela lateral.

—Sí —dijo—. Doc no quería aprender. Creía que el mundo le pertenecía.

De tiempo en tiempo Jim miraba el reloj. Hacía ya unas dos horas que Shake saliera y estaba preguntándose si no sería mejor probar suerte solo. No era que desconfiara de Shake; éste siempre había tenido fama de ser de una sola pieza; podía embrollar las cosas, pero no era un delator. No, Jim no temía una traición. Pero la policía podía haber echado mano a Shake.

Echó a andar de un lado a otro de la habitación, luego se dirigió a la ventana, abrió la persiana y se quedó mirando a la angosta callejuela. Unos niños mexicanos e italianos de sucias caras estaban corriendo de un lado a otro, dando alaridos. De vez en cuando, algún automóvil, para acortar distancia, se abría camino tocando la bocina entre los tristes edificios de ladrillos, sorteando niños, mujeres y camiones de reparto. Por encima de los tejados del suburbio se veían los grandes edificios de Los Angeles, que parecían un poco brumosos en aquella clara mañana.

Ante los ojos de Jim empezaron a pasar imágenes; Gladys, dolorida y abandonada, que le tendía las manos; Doc, echándose al suelo, probando su última artimaña antes de que el plomo lo alcanzara; el camarero de rostro pálido y delantal blanco, de pie en medio de la concurrida calle, aullando, histérico, con todos sus pulmones.

Jim se retrotrajo al presente con brusca sacudida. A lo hecho, pecho. Había mucho que hacer. No se trataba de un homicidio simple; Doc había disparado primero. Claro está que el testigo de Jim, el camarero, había estado agachado detrás del mostrador al sonar los tiros, pero, bien orientado por un abogado, podía ser convencido para que diera un testimonio favorable ante el tribunal.

—Siempre que me deje juzgar —dijo Jim, y de pronto se vio embargado por tal sensación de desesperación que gimió en voz alta y se inclinó hacia adelante, como si algo le doliera.

El horizonte se mostraba oscuro y sin esperanzas. Jim pensó en la larga lucha que tendría que sostener con la ley, en los meses que habría de pasar en la cárcel, en interminables gestiones con abogados, sobornos, y luego, después, quizás una condena, hasta de veinte años. Jim se asustó, se puso a maldecir a Doc y a dominar inútiles arrepentimientos. Si no hubiera dicho a Pop Gruber dónde se hallaba; si Pop no hubiera hecho caso a Doc; si Johnny no hubiera hecho caso a Pop; si él no hubiera hecho caso a Johnny, fútil procesión de «si» que se alargaba interminablemente.

Jim hizo un esfuerzo sobrehumano para dominarse.

—Tengo que encontrar a Johnny —dijo en voz alta, decidido, tratando de vencer de ese modo su sensación de impotencia—. Y tengo que conseguir mi dinero.

Echó una mirada a la calle, creyendo por un momento ver a Shake; luego cerró la persiana.

—Veamos —musitó—. ¿Cuánto dinero tengo en la playa? Entre cincuenta y sesenta mil dólares...

Al oír el ruido de unos pasos apagados en el vestíbulo, se volvió. Alguien golpeó suavemente en la puerta, y Jim oyó la voz de Shake en un murmullo.

—Señor Farrar, soy yo.

Jim abrió la puerta.

—¿Qué te ha ocurrido, Shake?

—¡Dios mío, qué suerte que se ha quedado usted! —exclamó Shake, que parecía acalorado y agotado—. Temí que usted creyera que iba a denunciarlo o algo por el estilo. Volví hace una hora, y casi me encuentro con un par de policías que estaban buscándome. Se quedaron hasta ahora. Yo me había ocultado en un depósito de mercaderías.

—¿Tienes el automóvil?

Shake hizo una seña afirmativa.

—Bien —dijo Jim—. Oye, ¿localizaste a Johnny?

No. Se marchó del hotel, y en la casa de la playa no me contestaron.

—¿Dices que se marchó?

—Así me dijeron. Estuvo fuera toda la mañana; luego llegó y se llevó unas cosas.

—¿Qué extraño? —dijo Jim, asombrado.

—Vamos, señor Farrar. Vámonos.

—Tú no vienes, Shake —dijo Jim—. Ya has hecho tu parte. Un millón de gracias.

Shake se sintió muy solo. Quería irse con el jefe a pesar del peligro. Con Windy en San Francisco y Doc muerto, nadie le quedaba en el mundo. Cierto es que tenía los libros con que siempre soñara y tiempo para leerlos sin que nadie lo molestara, pero de noche no podía dormir de solo que se sentía. Shake había descubierto que los sueños eran buena cosa mientras no se llegaba a realizarlos.

—Podría ser de gran ayuda. Me estoy aburriendo aquí, señor Farrar. Si piensa usted ir a México, conozco mucho por allí.

—México es mi mejor escondite. Quiero quedarme allí hasta poder organizar las cosas y localizar a Johnny. Él tiene que mover las cosas para mí. Quizá pueda arreglar algo. Entonces yo me entregaría. Pero no quiero que me metan en quién sabe qué.

—Sí —dijo Shake, ansiosamente—. Tiene usted razón. México es el mejor escondite. Conozco a un tipo en Bellamy, Arizona, que se ocupará de usted y le hará pasar la frontera sin inconvenientes. Y, además, ese tipo puede conseguirle cualquier credencial que usted quiera.

Jim escrutó a Shake, que estaba pálido y agitado. La papada le temblaba de emoción.

—¿Qué te propones Shake? A ti no te buscan. ¿Por qué vas a correr ese peligro?

Shake bajó la vista y se quedó confuso.

—Porque estoy muriéndome de aburrimiento. Hace mucho tiempo que no entro en acción, y...

—Bueno, Shake. Vamos.

En el gordo y pálido rostro de Shake se dibujó una sonrisa.

—Voy a cerrar mi cuarto y voy —dijo—. Si vuelvo, bien. Si no... a nadie le importará.

Se había puesto el sol y caía una hermosa tarde de verano cuando ambos se acercaron a la costa del océano. Shake conducía el automóvil. Al llegar a un suburbio cuyas casas se hallaban muy espaciadas y la circulación era escasa, Jim le dijo que detuviera el automóvil. Shake obedeció, después de lo cual se quedó mirando a Jim, que sacó su pistola, la limpió, y después de asomarse por la portezuela, la arrojó a un basurero.

—¡Diablos! —dijo Jim, al reanudar Shake la marcha—. Estaba deseando no usar jamás ese instrumento.

Siguieron en silencio por largo rato. Shake se quedó pensando tranquilamente en Doc, en el pobre y loco Doc. Siempre irritable y enojado con el mundo, odiando a todos... En tiempos idos, Doc había sido alguien; había sido vivaz e ingenioso, lleno de comentarios sardónicos y divertidos. Shake suspiró profundamente. Iba a echar de menos al pobre Doc. Nunca lo olvidaría.

En una curva del camino, llegaron a lo alto de una colina y vieron el suave brillo del mar que se extendía a sus pies, bajo una leve neblina azulada a la luz del poniente. Una plateada luna llena parecía flotar sobre el océano, liviana como una pluma. La oscurecida línea de la costa mostraba algunos vagos y distantes puntos de luz.

—¿No es hermoso? —observó Shake, mientras que Jim asentía.

Era ya de noche cuando llegaron a la casa de la playa de Jim. Dos marineros del cuerpo de guardacostas estaban patrullando el camino, armados de fusil. Jim les dirigió la palabra y ellos le contestaron con reservada cortesía.

—Nunca he estado aquí —dijo Shake mientras los marineros seguían su camino—. ¡Dios mío, qué oscuridad!

Se apearon, rodearon la casa y Jim metió la llave en la puerta. Mientras la abría advirtió un enorme automóvil estacionado en el camino, y recordó la noche que sorprendiera a Tony. Pero no había luz alguna en la casa, y cuando entró en el oscuro cuarto de estar todo estaba tan tranquilo que el tictac de un reloj parecía producir un ruido monstruoso.

Estaba seguro que nadie había en la casa; había una sensación de abandono en la atmósfera.

Encendió la luz.

—Hermosa casa tiene usted aquí, señor Farrar —dijo Shake, respetuosamente.

—Sí —contestó Jim, con aire ausente, y se lanzó precipitadamente al dormitorio donde encendió la luz.

Tony se había marchado; era evidente. Todos sus adminículos de tocador habían desaparecido. Abrió el armario; estaba vacío, aparte de unas perchas de aspecto solitario.

—Pues ahora sí que estoy perplejo —dijo Jim con extraña sonrisa—. Seguramente ha elegido el momento oportuno para desaparecer.

Volvió al cuarto de estar.

—Señor Farrar —dijo Shake—. Creo que he oído alguien rondar por aquí.

—Probablemente serán los marineros guardacostas que vuelven. Quédate aquí, Shake. Voy a ver al otro cuarto.

Jim bajó las estrechas escaleras, y, con una llave que sacó de la billetera, empezó a abrir una de las puertas, pero en seguida se detuvo y se quedó mirando; la puerta estaba entreabierta. La abrió violentamente, y, al arrodillarse, levantó una pequeña caja fuerte y la sacudió mientras la alzaba. Había algo en ella, pero no parecía muy pesado. La cajita también había sido abierta. Jim levantó la tapa y se le contrajo el corazón. Su dinero había desaparecido. Nada había en la caja sino un sobre sellado.

Se puso bajo una perilla de luz que colgaba del techo, pues era la única que había en el cuarto, y, sosteniendo el sobre ante los ojos, lo miró. Estaba dirigido a él en una letra que conocía; la de Johnny. Abrió y leyó:

«Jim:

Es probable que me ahorque por lo que he hecho, pero me he ido al Sur con todo tu dinero, por imaginarme que ahora no lo necesitas. Una noche me emborraché y le hablé a Tony del asunto. Lo demás, lo sabes. Siento haberme convertido en semejante canalla. Estoy asombrado de mí mismo. Tony está conmigo... y a este respecto creo que te hago un favor.

J.»

Jim soltó la risa; se apoyó en la pared y se rió durante largo rato. Aquello era el colmo. Johnny y Tony. ¿Quién hubiera podido imaginar semejante combinación?

De pronto comprendió que el motivo de su risa no era gracioso. Se dominó con un esfuerzo, sabedor de que estaba al borde de la histeria. No tenía abogado ni dinero. ¿Por qué, pues, huir a México? ¿Qué objeto tenía el viaje?

Como en sueños oyó que Shake lo llamaba. Se precipitó hacia el pie de la escalera.

—¿Qué pasa? —gritó.

—Suba usted, señor Farrar. Había una señora por aquí. Está esperando bajo el porche.

¡Tony!

Jim se mordió los labios y subió los escalones de tres en tres.

—Dice que le ha visto entrar y que tiene que hablarle. Le dije que...

Jim salió corriendo a la puerta y la abrió. En seguida retrocedió. Era Gladys, que le tendía las manos.

—¡Jim, Jim! —exclamó.

La sostuvo en el momento en que empezaba a caer y la llevó al enorme diván. Shake lo miró, boquiabierto.

—Es mi esposa —dijo Jim—. Tráele algo de beber. Whisky. Tráelo aquí.

Shake parecía anonadado. Había oído la historia de Jim y de la millonaria de boca de Doc, que por último se la había contado.

Jim empezó a desvestir a Gladys. Volviendo en sí, Shake se lanzó a buscar el whisky, tropezando y cayendo casi en su prisa.

Gladys no volvió en sí totalmente durante un rato. Pero tanto Jim como Shake respiraron mejor cuando empezó a mover las manos y ambos sonrieron con alivio cuando abrió los ojos, aún cuando los cerró en seguida.

Por último, Gladys habló:

—¿Dónde está esa muchacha?

Confuso, Shake carraspeó y volvió la cara.

—Se ha marchado —dijo Jim—. Y de una vez por todas.

—¿Por qué la tenías aquí, Jim? No puedo comprenderlo.

Shake se alejó aún más y se mostró intensamente interesado en un cuadro que colgaba de la pared.

—La conocía antes de conocerte a ti —dijo Jim, con cierta sequedad, para el gusto de Shake—. De todos modos, ¿qué importa ahora?

—Al menos me alegro de que la hayas conocido antes —dijo Gladys débilmente.

Shake se volvió.

—Señor Farrar, será mejor que me aleje por un minuto.

—Vete al dormitorio, Shake, y cierra la puerta. Ponte cómodo.

—Sí, señor. Gracias.

Shake salió apresuradamente, suspirando con alivio, y cuando la puerta del dormitorio se hubo cerrado detrás de él, se dirigió a su imagen reflejada en el tocador.

—Pues le habla como si fuera una persona cualquiera ¡a una mujer con tanto dinero! No puedo comprenderlo. El señor Farrar es un individuo extraño. Quisiera saber qué siente por dentro. No como yo, claro está.

Shake se estudió el pálido y redondo rostro por un momento, luego, volviéndose, se sentó en la cama.

—Nunca fui muy guapo —musitó— ni siquiera en mi mejor época. Soy del tipo casero, tranquilo.

Se rió de su propio chiste, y empezó a mirar a su alrededor, olfateando.

—¡Diablos! —exclamó—. Estoy seguro de que me gustaría conocer a la muchacha que ha dejado su perfume aquí. El perfume parece caro. Algo oriental, como el que debió haber usado Cleopatra allá por la Edad Media.

Shake se quedó con las manos sobre las rodillas, pensando en lo hermosa que debió ser la Reina del Nilo, en aquella época sobre la cual tanto leyera en los libros hallados en diversas bibliotecas penitenciarias. A Shake le gustaba soñar despierto y pensar que vivía en la época que llamaba «de la vieja historia», en particular cuando estaba en paz, como en ese momento, debido al hecho de haberse unido a Jim. Toda su vida Shake había estado uniéndose a alguien, siempre con resultados desastrosos o desagradables. Pero como era de carácter muy sencillo y optimista, seguía. Jim era lo mejor, aun cuando estuviera metido en un lío.

Gladys se sentía por entonces mucho mejor y estaba sentada. Ella y Jim se

miraron en silencio durante largo rato. Apenas si reconocía a su marido. Jim había dejado todo disimulo y parecía un hombre diferente; guapo, lejano, impersonal. En ese momento le era imposible a Gladys imaginarse que había tenido intimidad con él. De pronto, pensó en aquella noche en México; habían bebido champaña y ella se había mostrado animosa y alegre; habían salido al balcón para escuchar la música que les llegaba de la cantina al otro lado de la calle; más allá de la ciudad, asomaban las montañas, negras y enormes bajo el estrellado cielo.

—¿En qué piensas? —preguntó Jim, un tanto incómodo por el largo silencio.

—Estaba pensando en aquella noche en el balcón del hotel mexicano. Es probable que no lo recuerdes.

—Lo recuerdo.

Gladys le echó una mirada y observó el endurecido y serio rostro y la dureza de las arrugas que le rodeaban la boca. En cuanto oyó por primera vez que era el presunto autor de la muerte del mediquillo, la cosa le había parecido fantástica; más aún porque había recibido la información del señor Evans, que era estúpido como una solterona. Era del todo increíble que el Jim Lloyd que ella conocía pudiera pensar en semejante cosa, y mucho menos hacerla. Por entonces, comprendía. Se había engañado con la suave máscara de perezoso buen humor.

Sacó un diario doblado del bolsillo y se lo entregó a Jim. La primera plana estaba llena de noticias de la guerra y sobre los confusos manejos de los burócratas de Washington. La información sobre la muerte de Doc estaba en la segunda página. Doc había sido identificado. Pero el diario se refería a Jim como James Lloyd, magnate petrolero. Se suponía que había sido estafado por Doc y que la muerte de éste se debía a una venganza. Jim leyó la información con indiferencia y dejó el diario de lado.

—¿Tu verdadero nombre no es Lloyd, Jim, no es cierto? —preguntó Gladys.

—No —dijo Jim—. He usado muchos nombres, pero mi verdadero apellido es Driscoll. Mucha gente cree que me llamo Farrar.

—Te casaste conmigo por mi dinero ¿no es cierto, Jim?

—Sí.

—Eso es lo que me dijo el mediquillo. Pero no le hice caso hasta que aludió a la muchacha... Toby.

—Tony.

—Es verdad. ¿Qué le pasó?

—Se marchó.

A Gladys le volvió el color a las mejillas. Se sentía mucho mejor aunque tan confundida por las contestaciones de Jim que no sabía qué decir. Hubo una larga pausa. Gladys se recogió el abundante cabello mirándose en el espejo. Jim la miraba, ausente, tratando de pensar en qué sería mejor hacer. México era el lugar más seguro adonde ir, si se tenía en cuenta que Shake tenía relaciones para ello, pero necesitaba dinero, y con urgencia. En el peor de los casos, siempre le quedaba el recurso de

pedirle a Shake, que aún debía de tener buena cantidad. Pero no quería hacerlo. Shake era uno de la pandilla, era pobre, y Jim nunca había tomado de «candidato» a uno del oficio.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó de pronto Jim. Gladys lo miró en seguida.

—El mediquillo me dijo cómo se hacía para llegar. Supuse que estarías aquí. Primero traté de entrar; luego esperé.

—No me refiero a eso. ¿Viniste en automóvil?

—Claro que sí.

—¿En qué automóvil?

—En el tuyo.

Jim se levantó de un salto, cruzó la habitación y abrió la puerta del dormitorio. Shake estaba echado en la cama, fumando placenteramente un cigarrillo y sonriendo para sí. A Jim se le antojó un idiota. Pero Shake se sentía feliz; pensaba en cómo debió ser la vida «en la época histórica».

—¡Shake!

El hombre se sentó, boquiabierto, vuelto tan bruscamente a la realidad por el seco tono de Jim que se quedó un poco confuso.

—Sí, señor Farrar. Estaba...

—Mi automóvil está afuera. Llévatelo por el camino y échalo en alguna zanja. Luego llama adonde te alquilaron el que llevamos y diles que lo vas a necesitar toda la noche. No dejes de hacerlo para que no lo den por robado.

—Sí, señor Farrar.

Cuando Shake se hubo marchado, Gladys dijo:

—No pensé en el automóvil.

—No importa.

—No puedo decirte cómo me siento —dijo Gladys—. Pareces ser un extraño para mí.

—Y lo soy —dijo Jim secamente.

Gladys lo miró; se mordió los labios y habló con tanta determinación que Jim se quedó mirándola, asombrado.

—No, no lo eres. Estás casado conmigo.

—¿Qué quieres decir, Gladys?

—Digo que me quedaré contigo. ¿Tienes dinero?

Jim se sentó, estudiando a su esposa, intrigado.

—Oye. No tienes idea de lo que estás haciendo. Me buscan por homicidio. Si me ayudas o me sigues, conscientemente, lo cual podrán probar, eres mi cómplice. Es una barbaridad. Pueden encarcelarte.

—Estás hablando de más.

Jim gruñó.

—Tienes que ser razonable, Gladys.

—¿Por qué?

—Escúchame. Eres una mujer respetable. Yo soy un delincuente conocido. No es un futuro para ti.

—No contestaste a mi pregunta —dijo Gladys, sin hacer caso de las observaciones de Jim—. ¿Tienes dinero?

—No, no mucho.

—He reunido cuanto pude. Creí que lo necesitarías. Tengo en mi bolso quince mil dólares y alhajas por valor de por lo menos treinta mil.

—No debiste salir así de noche con...

Y Jim hizo una pausa y murmuró una maldición, después de lo cual tendió la mano:

—Dámelo —dijo.

Gladys cogió su bolso y se lo entregó. Jim lo abrió, sacó el dinero y las alhajas, que se metió en el bolsillo, después de lo cual se lo devolvió.

—Escucha ahora —le dijo—. Me voy a México con Shake. Te dejaremos cerca de una estación de autobuses. Cuando vuelvas, di que te han robado el automóvil. Si la policía te pregunta, diles que estabas buscándome. Diles que entraste a llamar por teléfono y que alguien te robó el automóvil.

—No —dijo Gladys, terca—. Voy contigo.

—¡Estás loca! —exclamó Jim, levantándose y escrutando el rostro a su mujer, preguntándose si no sería una tontería de su parte. ¿Era ésa la actitud de una mujer bien educada?

—Es posible.

—Pues no te comprendo.

—Es muy sencillo. Te amo, Jim.

—Sí, sí —dijo Jim con impaciencia—. Me amas. Pero ¿y qué? Hay un momento para cada cosa y ahora no hay tiempo de amar.

Gladys se levantó y fue hacia él.

—Nunca comprenderás, Jim. Ahora lo sé. Pero no puedo vivir sin ti. No me importa lo que hayas hecho.

Atónito, Jim la cogió en brazos y mecánicamente la besó y le acarició el cabello.

—He visto algunas mujeres locas —se dijo para sí—, pero como ésta...

Y se quedó meneando la cabeza.

—Gladys —dijo, cansado—. Voy a tener que volver a las andadas. Nunca has estado metida en las cosas en que he andado yo. No sabes a lo que te expones. Pueden arrestarme algún día, y te prenderán a ti también. Tendrás que pasar algún tiempo en alguna miserable prisión de mujeres. Se razonable. Haz lo que te digo, y estarás a salvo.

—No —dijo Gladys con determinación.

Jim se separó de ella y se pasó la mano por los ojos. Estaba empezando a sentir la consecuencia de su tensión de nervios. Se sentó de pronto y se quedó mirando, ceñudo, la alfombra.

—Bueno. Soy tan loco como tú al llevarte conmigo. Pero... está bien.

Gladys lo miró y se sentó en el diván frente a él.

—Jim —dijo suavemente—. Tengo que hacerte una pregunta. Es algo que me preocupa. No tienes por qué contestar si no quieres.

Jim levantó la mirada.

—¿Qué es?

—Es acerca del doctor Brighth.

Y miró a Jim ansiosamente, temerosa de que reaccionara de modo violento. Esperaba que al menos Jim tratara de alejarse del recuerdo del muerto.

—¿Qué quieres saber de él? —preguntó Jim con indiferencia.

Gladys hizo una pausa, tratando de hallar palabras para expresar lo que quería decir.

—Me ha estado preocupando desde que oí hablar del asunto, aunque en un primer momento no pude creerlo. Quiero decir que me ha preocupado el efecto del asunto en ti, en tus sentimientos...

Gladys balbuceó y calló.

—¿Quieres decir que te figuras que me molestan los remordimientos?

—Pues... —empezó Gladys, vacilando.

Pero Jim soltó una carcajada.

—No te preocupes por eso. Lo quería y lo consiguió. Generalmente en este oficio, un traidor no vive hasta los cuarenta y cinco años. Doc quiso salirse de la norma y cayó.

—Comprendo —dijo Gladys, mirando a Jim y tratando de penetrar en su mente.

Y de pronto se dio cuenta que un gran abismo los separaba; Jim nunca podría llegar a comprenderla verdaderamente a ella ni tampoco ella a él. Era algo triste y horrible, aunque, sin embargo, a ella no le importaba mucho.

Jim había vuelto a levantarse y estaba recorriendo de un lado a otro la habitación cuando regresó Shake. El hombre entró con el sombrero en la mano, sonriendo como por disculpa, y evitando la mirada de Gladys de pura timidez.

—Ya lo arreglé todo, señor Farrar —dijo—. Encontré un buen lugar para el automóvil. Hay un restaurante por el camino, con entrada para automóviles, donde se baila. El lugar está repleto. ¡Qué multitud! Deje, pues, el automóvil allí. Aunque nadie vaya a buscarlo antes de las doce, los cuidadores no se preocuparán por él. Se irán a sus casas. Es mejor que dejarlo en el camino.

—Buen trabajo —dijo Jim.

—También llamé a la casa donde alquilé el otro coche —dijo Shake, sonriente y orgulloso porque el jefe lo elogiaba—. Todo está listo.

—Muy bien.

Gladys nada dijo. Se quedó mirando a Shake. Aquel hombre debía ser un criminal, como Jim, pero lo parecía menos que éste. Tenía una expresión de bondad y modales muy suaves. Su aspecto inspiraba confianza.

—Vámonos —dijo Jim de pronto—. Mi esposa viene con nosotros.

Shake se quedó mirando, totalmente abismado.

—¿Quiere usted decir que...? —murmuró, sin poder continuar.

—Sí —dijo Jim—. No pude quitarle la idea de la cabeza.

Shake se quedó sin saber qué decir. Meneó la cabeza, impotente. Aquello iba a hacer las cosas más difíciles, mucho más difíciles. Hasta el último agente de policía de la región estaría buscándola.

—Pues señora —dijo Shake por fin—, esto no es un paseo.

Jim hizo que Shake detuviera el automóvil en una importante bocacalle de un lejano suburbio de Los Angeles. Hacía ya casi una hora que estaban viajando. Jim iba adelante con Shake, para que Gladys pudiera disponer sola del asiento trasero. Se proponían recorrer ochocientos o mil kilómetros antes del amanecer, turnándose con Shake en la conducción del automóvil, y Jim quería que Gladys descansara lo más posible. Le había echado sobre los hombros un viejo abrigo que tenía en la casa de la playa y un par de mantas quitadas de la cama de Tony. La noche era fría en el desierto.

Jim se volvió.

—Oye, Gladys. Hay una estación de autobuses aquí y aún es temprano. Es tu última oportunidad. Desde ahora en adelante no vamos a detenemos una sola vez. Piénsalo bien.

—Es inútil, Jim.

Gladys se envolvió en el abrigo y se recostó en el asiento.

—Bueno.

Antes de que arrancaran, Jim compró la segunda edición de un diario de la mañana y encendió la luz para leerlo.

—¡Adelante! —dijo a Shake.

Jim se sobresaltó, y Shake miró el diario.

—¿Pasa algo malo?

—No —sigue conduciendo.

Lo habían identificado. Algún policía inteligente lo había descubierto. Jim leyó la descripción de sí mismo, con sonrisa irónica.

«James Lloyd, alias Jim Farrar, alias Reed Wallace, alias James Driscoll. Cuarenta años. De un metro ochenta de estatura y unos noventa kilogramos de peso. Complexión robusta, tez bronceada. Cabello rubio, ondulado, con canas. Bien vestido y de buen aspecto. Muy fuerte. Su apariencia es la de un próspero hombre de negocios y sus modales son corteses. Vive en los mejores hoteles y da excelentes propinas. La última vez que se le vio vestía un traje castaño de “tweed” una camisa color tanino, corbata castaño oscuro y liviano sombrero castaño jaspeado...».

—No está mal —pensó Jim. No esta mal.

Apagó la luz.

—¿Qué dice el diario, Jim? —preguntó Gladys.

—Ya lo leerás luego. Te lo guardaré.

Y se volvió hacia Shake.

—Cuando lleguemos al campo, detén el coche en un camino lateral. Me voy a cambiar de ropas y a enterrar las que llevo puestas.

—Bien —contestó Shake.

Jim conducía con el acelerador a fondo. Gladys estaba echada en el asiento trasero, envuelta en el abrigo y cubierta con las mantas, durmiendo como un niño. La tensión de las últimas horas la había dominado. Estaba totalmente agotada.

De cuando en cuando, Shake, que estaba sentado al lado de Jim dormitando intermitentemente, miraba al jefe y observaba el serio y endurecido rostro de la pálida luz del tablero, y meneaba la cabeza lentamente. Había visto muchas cosas extraordinarias en su época, pero aquélla era la más extraordinaria de todas; la «candidata» en fuga con el ladrón. Aquello era absurdo.

La noche era hermosa y clara. Una blanca luna se había levantado lentamente sobre los picos de las altas y lejanas montañas y el desierto estaba inundado por su azulada y blanca luz. El negro y desierto camino, con la nítida línea blanca en su parte media, corría sin cesar por debajo de ellos, recto como una vía férrea, para tomar unas curvas repentinas que le hacían torcer bruscamente el volante. Shake se sentía a veces helado de miedo; hacía años que no viajaba a esa velocidad, pero la vista de las enormes y seguras manos de Jim apretadas en el volante lo tranquilizaba. El jefe sabía lo que estaba haciendo; era un buen jefe.

—Ese amigo tuyo —le dijo Jim hablándole por el costado de la boca y sin separar la vista del camino—, ¿podrá conseguimos un automóvil?

—Puede conseguirlo todo —dijo Shake con nervioso estremecimiento—. Y no es rata para el dinero, no es como otros. Una vez le hice un gran favor y no es de los que olvidan. Ese favor me costó una reclusión en un calabozo aislado, de modo que algo vale. ¡Dios mío, nunca me olvidaré de eso!

Y Shake se quedó pensando en aquellos horribles días en que se cerniera sobre él la sensación de estar enterrado vivo y abandonado a su destino.

—El calabozo solitario es un verdadero infierno —observó.

—Te creo —dijo Jim—. Nada sé de eso personalmente. Sé que Fargo terminó por enloquecer. Claro que ya tenía algo de loco de por sí.

—Una vez lo puso usted en su lugar, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Jim con indiferencia—. Mira, Shake. Tu amigo tendrá que encontrar alguien que vuelva con este automóvil a Phoenix y lo abandone allí.

—No se preocupe usted, señor Farrar. Me ocuparé de todo.

Hubo una larga pausa. El automóvil llegó a lo alto de una loma en el desierto, y por un momento pudieron ver la amplia llanura de arena y piedras que se extendía ante ellos durante kilómetros enteros; luego bajaron una cuesta, y, al cruzar una hondonada, no pudieron ver sino el estrellado cielo y las rocas que bordeaban el camino. Por último, volvieron a entrar en la llanura. Delante de ellos, medio ciego por los faros, un chacal cruzó el camino lentamente, mirándolos, brillantes los rojizos ojos. Jim disminuyó un tanto la velocidad para no atropellarlo.

—No quisiera ser ese chacal —dijo Shake, estremeciéndose—. Solo en este lugar

dejado de la mano de Dios.

—Pues no sé —dijo Jim, y Shake lo miró, esperando verlo reírse, pero el jefe no rió.

Hubo otra larga pausa, y Jim repuso:

—Mira a la señora. Fíjate si está bien.

Shake se volvió y sonrió.

—Está durmiendo como un niño.

—Debe estar agotada —dijo Jim—. Ni siquiera en su cama duerme bien.

Hubo un largo silencio, que interrumpió Shake.

—Este amigo mío nos hará cruzar la frontera sin inconveniente alguno. Hay, a unos ciento cincuenta kilómetros de la frontera, una ciudad bastante grande donde unos tipos que conozco se ocultaron hace algunos años. Ninguno de ellos tuvo inconvenientes. Harry —así se llama mi amigo—, se preocupa mucho por ellos si demuestran ser rectos. Ha oído hablar de usted, señor Farrar. ¿Quién no lo conoce? Estará muy contento de verlo.

—¿Conque una ciudad bastante grande, eh? Así lo espero. Esos pueblecillos mexicanos son inaguantables. No se puede estar tranquilo en ellos.

—¡Sí! —dijo Shake, que guardó un momento de silencio, después de lo cual miró a Jim—. ¿Dígame, no está usted cansado? ¿No quiere que conduzca yo?

—Bueno.

Jim detuvo el automóvil y cambiaron de lugar. Al detenerse el coche, Gladys se despertó. Se irguió en el asiento y se quedó mirando a su alrededor, asombrada. No podía comprender dónde estaba. A su alrededor nada había sino un desierto iluminado por la luna, y el panorama parecía un paisaje de planeta muerto.

—¡Jim! —exclamó. ¿Dónde estás?

—Aquí estoy, querida. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, pero, por favor, ven aquí conmigo.

—Descansarás mejor si me quedo aquí.

—No, no quiero.

Había en su voz algo quejumbroso que causó a Jim una sensación extraña, como si fuera un niño que llamara en la oscuridad.

Se fue al asiento trasero con ella. La rodeó con el brazo y ella le apoyó la cabeza en el hombro.

—¿Aún queda lejos donde vamos? —preguntó, soñolienta.

Jim se rió.

—Bastante. Descansa.

Gladys cerró los ojos y al rato se durmió, suspirando.

—Vamos bien, señor Farrar —dijo Shake al rato—. Conozco la pequeña población que hay ante nosotros.

—Bueno —dijo Jim, quien tenía muchas ganas de fumar pero que se contuvo por temor a despertar a Gladys.

Y mientras observaba el desierto, de pronto se le ocurrió que estaba haciendo una locura. ¿Por qué había llevado a Gladys consigo?

—¡Hermoso lío! —se dijo para sí—. Has de estar perdiendo tu pericia, Jim Farrar. Debiste dejarla en Los Angeles. Esto no es bueno para ti ni para ella.

Meneó la cabeza, irritado. ¡Diablos! ¿Qué le pasaba? Quería un cigarrillo e iba a fumarlo. Moviéndose con suavidad, se metió la mano en el bolsillo. Gladys se estremeció y murmuró en sueños. Jim se quedó helado.

—Bueno —pensó—. Puedo fumar más tarde.

Era la hora de la siesta, y la ciudad mexicana estaba tan huérfana de movimiento como un escenario de cine vacío, cosa que parecía ser. En realidad, aún a la puesta de sol, cuando hacía fresco, cuando los habitantes llenaban las plazas, San Gorgonio no dejaba de parecerse a un escenario cinematográfico. Era un pueblo grande, pero de carácter mexicano primitivo; miles de casas de adobe se amontonaban a lo largo de las angostas y tortuosas calles; de noche, ante las ventanas, ardían lámparas de petróleo, y en la plaza principal se erguía una enorme y decaída catedral cuya campana llenaba a la ciudad de sonido los domingos y despertaba a las oscuras aves que se anidaban en el techo del edificio.

El sol ardía con ferocidad. El calor se reflejaba en los blancos edificios, y, cuando lo perturbaba una leve brisa, ésta era como un vaho de horno.

Jim estaba sentado solo en una cantina bebiendo una botella de cerveza fresca. No podía acostumbrarse a dormir por la tarde. Gladys le había pedido que tratara de hacerlo, y lo había hecho, pero con malos resultados. Se revolcaba sobre las calientes sábanas sudando como un toro e irritándose cada vez más. Era inútil. Tenía que dormir de noche. De todos modos, el calor no le molestaba siempre que realizara sus actividades normales y no le hiciera caso. Shake y Gladys se habían acostumbrado tanto, que esperaban la hora de la siesta; Shake, por ser perezoso por naturaleza y por tener una predilección especial por el sueño; Gladys, porque era nerviosa y necesitaba cuanto descanso le fuera posible.

Jim gimió para sus adentros pensando en Gladys. Cada día se le hacía más evidente que aquello no podía durar; la tensión de su esposa pronto habría de ser mayor de lo que le fuera posible soportar. Nada en la vida había preparado a Gladys para una situación como aquélla; además, era de naturaleza delicada y muy sensible. Si no hubiera tenido valor sería una de aquellas inválidas, nerviosas y aburridas, demasiado buenas para este mundo. Pero Gladys luchaba vigorosamente contra su naturaleza, y cuanto más estaba Jim con ella, tanto más respeto concebía por su esposa. A veces, Gladys lo fastidiaba por sus cuidados y con su deseo de estar constantemente con él, pero, al fin y al cabo, aquéllas eran cosas de menor importancia. Gladys era una mujer excelente.

Jim, que no era introspectivo por naturaleza y que rara vez pensaba en algo que no fuera su propio engrandecimiento de un modo u otro, trataba a menudo de descubrir qué sentía por Gladys. Pero siempre abandonaba el intento por considerarlo demasiado difícil. No sabía a qué atenerse. Era algo nuevo para él. Nunca se había encontrado con una mujer semejante. Todas las que conociera anteriormente eran como él, o mujeres perdidas. Sabía cómo actuar con ellas. Pero con Gladys había entrado en su vida un elemento nuevo que le revolucionó todas sus nociones preconcebidas. La idea de aplicar la palabra «amor» a lo que sentía nunca se le ocurrió; aquella palabra había sido utilizada en tantos sentidos que había quedado

vacía y carente de significado. ¡Había oído a tantas mujerzuelas hablar de amor mientras trataban de despojar a los hombres! Aquello le recordó a una mujer con quien solía salir en Florida; estaba casada con un excelente hombre que le daba de todo, pero ella no tenía inconvenientes en engañarlo con cualquier guapo que le hiciera alguna insinuación; además, lo disgustaba poniéndose sentimental en los cines y llorando cuando las cosas no les salían bien a los enamorados en la pantalla.

—¡Qué porquería!

No, no era así como sentía lo de Gladys. Y en cuanto a un aspecto más íntimo, pues... a ese respecto las mujeres se parecen mucho. Lo que más intrigaba a Jim era que por primera vez en la vida se sentía muy responsable del bienestar de otro ser. Ése era el punto. Primero se preocupaba por Gladys, y después, por sí mismo. Pero ¿por qué?

Jim empezó su segunda botella de cerveza y volvió a encender el cigarrillo, que se había apagado. Era casi imposible comprender que las cosas hubieran cambiado tanto en tan poco tiempo. En un momento había estado en la cima del triunfo, casado con una millonaria, ciudadano respetable, al menos en los alrededores del Marwood, con un excelente y astuto abogado que podía ocuparse de él, y una hermosa amante. Y de pronto, ¡pum! ¡Abajo con todo! Y todo había terminado.

—Quizá los muchachos tuvieran razón —musitó—. Quizás haya terminado ya mi carrera.

Pensó por un momento en Tony y en Johnny, y luego los desechó de su pensamiento. ¿Por qué preocuparse por ellos? De todos modos, sabía la contestación a aquella pregunta. Johnny no era un canalla. Tony había sido demasiado para él, y para Jim eso era comprensible. Si Gladys no se le hubiera cruzado en el camino, él también se habría entusiasmado por Tony tan perdidamente como Johnny.

—¡Maldito pequeño irlandés! —dijo Jim, sin amargura—. ¡Cómo estará de arrepentido!

A los pocos minutos se presentó Shake, buscándolo. Jim hizo una ligera mueca. El pobre Shake era un aburrido, siempre recordando el pasado. Estaba vestido con un arrugado traje tropical y le sudaba la barbilla. Se sentó, cansado, frente a Jim y apoyó los codos en la mesa.

—¡Hola, Shake!

—Hola, señor Farrar. No dormí muy bien hoy. De todos modos, un maldito cartero me despertó con una carta certificada. Malas noticias.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Hay lío en Los Angeles. Ahora lo acusan también a usted de secuestro, por la señora. Claro está que nadie puede imaginarse que ella ha venido con nosotros por voluntad propia. Ni yo mismo lo comprendo.

—¿Qué hay de Lonergan?

—Dice que no. Dice que no puede hacer arreglo alguno con la justicia por el momento y quiere más dinero.

—¡Diablos! He visto a individuos hambrientos, pero los abogados se llevan la palma.

—Dice que tenemos que permanecer ocultos. Sería un suicidio presentarse ahora allí.

—Pues iremos bastante pronto. Gladys no puede soportar esto por mucho tiempo. Espero que escuche razones y vuelva contigo. Entonces yo podría quedarme aquí y todo andaría bien.

—Sí —dijo Shake, pensativo.

—No le hables de esto —le previno Jim con rudeza.

Shake se sintió herido, y, boquiabierto, contestó:

—¡Señor Farrar! Usted me conoce bien.

Jim salió al balcón en busca de aire fresco. San Gorgonio estaba a más de mil quinientos metros de altura sobre el nivel del mar y por la noche siempre soplaban un viento fresco del Este. Bajo él, las calles estaban brillantemente iluminadas, viejos automóviles circulaban alrededor de la plaza y por las puertas de las numerosas cantinas salían sonidos musicales. El cielo estaba claro y estrellado; el aire, seco y fuerte. A la brillante luz de la luna Jim podía ver a las aves que dormían en fila, la cabeza bajo el ala, en el borde del techo de la catedral.

De pronto, pensó en Santa Cruz y en aquella otra noche en el balcón cuando Gladys, que por entonces nada significaba para él, se sintiera inclinada al sentimentalismo mientras él había querido hacer chistes, pero se había dominado.

Y por entonces estaba en el balcón solo, pero la ciudad que se extendía a sus pies bien podía ser Santa Cruz; las luces eran las mismas, las montañas elevaban su borrosa dulzura detrás de la ciudad y la misma música resonaba en las calles. Era como si se repitiera una escena aunque pasada, pero con detalles irónicos, sólo para demostrar lo absurdo de las escenas, de la vida, de todo.

Jim se volvió, terriblemente deprimido. Gladys lo llamaba desde la cama. Jim se sentía tan preocupado respecto a ella, que no podía pensar en nada más. Su esposa estaba pálida y parecía agotada. Pero Jim prefería no discutir con ella el regreso a Los Angeles con Shake. De nada serviría. Lo único que conseguiría sería impresionarla tanto con la discusión que la pobre mujer no iba a poder dormir en toda la noche.

—¿Qué quieres querida? —dijo.

—¿No te sientes feliz, no es cierto?

—Pues...

—Sé que no. Es esta ciudad. La monotonía. Y yo.

—No, no es eso.

—Te he causado muchas molestias, Jim.

—¡Oh, no es para tanto!

Gladys se quedó mirando el techo y escuchando la música. Jim se sentó en una silla al lado de la cama.

—¿No vas a desvestirte, Jim? —preguntó Gladys, volviéndose.

Jim vaciló.

—Supongo que sí.

Se levantó, bostezando, y empezó a desabrocharse la camisa.

Gladys volvió la cara. Estaba llorando, pero él simuló no verla. ¡Qué mal aspecto tenía Gladys! Sus nervios estaban destrozados; era menester hacer algo.

Jim se puso rápidamente el pijama; apagó la luz y se metió en la cama. Gladys se volvió hacia él, y él la abrazó hasta que se hubo dormido. Poco a poco la apartó de sí y la puso en posición cómoda; luego suspiró, se puso boca arriba y se quedó mirando el vago reflejo de las luces de la calle en el techo. La música parecía triste y lejana.

—Creo que no he de poder pegar los ojos —dijo Jim, que, al minuto, quedó dormido.

Pero se despertó sobresaltado algún tiempo después, deprimido y nervioso. Había vuelto a tener el viejo sueño, que se había repetido casi sin variantes. Jim se quedó maldiciendo y tratando de dominarse. ¿Acaso era una profecía? Nada fantástico ni imposible había en ello. Podía ocurrir. Y durante largo tiempo se quedó rígido, luchando contra la convicción de que aquello iba a ocurrir, hasta que se convenció de ello.

Mas poco a poco logró calmarse, adoptar una posición más cómoda y cuando iba a dormirse, Gladys lo despertó, temblando. Tenía escalofríos nerviosos, le castañeteaban los dientes y estaba fría como un trozo de hielo. Asustado, Jim saltó de la cama, llenó una bolsa de agua caliente y volvió con ella, tropezando en su prisa. Encendió la luz y se quedó mirando a Gladys, cuyo rostro estaba mortalmente pálido; ella lo miró sonriéndole débilmente.

—¡Qué mujer te has echado encima, Jim! —dijo ella.

—Es este maldito país extranjero, sin médicos decentes, y toda esta preocupación.

—No. La culpable soy yo. Soy una mujer tonta e inútil.

Jim sonrió, pensando lo mismo, y se inclinó para acariciarle la frente.

—Pronto estarás bien. Domínate. Quizá pronto recibamos buenas noticias, y podamos volver a Los Angeles.

—Esperaremos hasta entonces —dijo Gladys, resuelta.

—Claro que sí —dijo Jim.

Shake lo despertó muy temprano por la mañana. Acababa de recibir otra carta certificada. Jim cerró la puerta del dormitorio cuidadosamente —Gladys había terminado por dormirse—, y se llevó a Shake a la ventana del cuarto de estar.

—Habla en voz baja —le dijo.

—Pues sigue el lío —dijo Shake tristemente—. Lonergan dice que no será posible arreglar nada antes de unos dos meses. Han ofrecido una gran recompensa al que le entregue. Sería mejor para nosotros trasladarnos a otra ciudad.

—Shake —dijo Jim—. Hoy salimos para Los Angeles. Quedarnos aquí es matar a mi esposa.

—¡Pero, señor Farrar! ¡Dios mío! ¡Es meterse en la boca del lobo!

—Quédate aquí si lo consideras prudente.

—¿Por qué? ¡A mí no me buscan!

—Si te sorprenden conmigo tu situación será mala.

—Sí —dijo Shake meditabundo—. Pero lo que me preocupa es usted. Es peligrosa la situación en Los Angeles.

—No quiero discusiones —dijo Jim.

—Bueno, voy.

—Dentro de un rato. Despertaré a mi esposa, y luego tú le das la buena noticia. Engaña la.

Shake se quedó meneando la cabeza. Malo, muy malo. Pero se lo esperaba.

San Gorgonio pronto quedó atrás y los tres estaban bajando por la cuesta de un camino montañoso. Shake conducía con demasiada precaución a gusto de Jim. Gladys parecía mucho mejor; las «buenas noticias» la habían animado mucho. Jim estaba en el asiento trasero con ella, apretándole la mano. Se sentía muy tranquilo después de haber tomado la decisión.

—¡Qué hermoso es esto! —dijo Gladys, mirando el boscoso lugar que atravesaban—. Jim, ¿ves el arroyo? ¿No es refrescante?

Jim miró por la ventanilla indiferentemente. La naturaleza poco o nada significaba para él, no podía comprender por qué la gente se entusiasmaba con los panoramas; sólo había barro, árboles y rocas. Él prefería una ciudad, de noche especialmente, con todas las luces encendidas y mucho movimiento. El paisaje agreste estaba al alcance de cualquiera.

—Sí —dijo.

Gladys lo miró y volvió la vista al paisaje.

—Jim —dijo—. Pareces extraño. Quítate el sombrero y déjame verte.

Jim obedeció. Con el objeto de desempeñar mejor la comedia, se había dejado el bigote y hecho un corte de pelo a la alemana del cual se reía profusamente Shake. Parecía más delgado, rudo y viril, y más viejo también.

—Con tus gafas negras y sin sombrero, apenas te reconozco —dijo Gladys—. Pareces un oficial alemán.

Jim se volvió a poner el sombrero y se volvió hacia Gladys.

—Mira, querida, te quiero explicar las cosas, así no te entrometerás ni nos causarás perjuicios. Me buscan por haberte secuestrado. Es una tontería, claro está, pero mientras no vuelvas, es lógico que lo crean. Entonces, Shake te lleva de vuelta al Marwood, y tú le dices a Evans que te fuiste repentinamente porque te sentías muy nerviosa, y que me has estado buscando todo el tiempo. Esa explicación no parece razonable, ya lo sé. Pero paga la cuenta y tendrás a Evans de tu parte. Se me ocurre que ha de estar sudando sangre por esos mil y tantos dólares que le debemos.

Y Jim se rió.

—Pero Jim...

—Déjame terminar, querida. Cuando vuelvas, me levantarán la acusación de secuestro. Lo único que quedará, pues, será la de homicidio; me someteré a juicio y, con un poco de suerte, saldré airoso. Entonces resolveremos.

—Pero irás a la cárcel.

—No por mucho tiempo. Me soltarán bajo fianza.

—Espero que sabrás lo que haces, Jim —dijo Gladys, mirándolo con ansiedad.

—Claro que lo sé —contestó él abrazándola—. Sólo te pido que hagas una cosa; que nos ayudes. De otro modo, harás que las cosas sean peor para mí.

—Haré cuanto me dices, Jim.

—Shake ha recibido sus instrucciones. Nada tiene que reprocharse, de modo que no has de preocuparte de él. La justicia no lo busca.

Siguieron por largo tiempo en silencio.

—Pero ¿y si algo sale mal? —preguntó de pronto Gladys.

Jim le contestó, apaciguándola:

—Nada puede salir mal, querida. No te preocupes más.

Pasaron la noche en un pequeño hotel. Ni Gladys ni Jim pudieron dormir, pero ambos simularon hacerlo para no molestar al otro. Por último, en medio de la noche, Jim no pudo soportar más y encendió un cigarrillo. Gladys se volvió instantáneamente hacia él.

—¿Estás despierto, querido?

—Acabo de despertarme —mintió Jim—. Siento haberte molestado, pero...

—No es nada, querido...

Hubo un largo silencio. En la oscuridad, lo único que Gladys podía ver era el rojo fulgor del cigarrillo que vagamente iluminaba el rostro de Jim a cada chupada.

—Me gustaría poder quedarme contigo, Jim —dijo Gladys por fin—. No puedo soportar la idea de que...

Se interrumpió y luchó por dominar sus emociones. Tenía la sensación de que algo iba a andar mal y que jamás volvería a ver a su marido. Mas de pronto una consoladora idea se le ocurrió, lo mismo que aquel día en el Marwood cuando Jim la había dejado para ajustar cuentas con el mediquillo. Esas sensaciones nada significaban; sólo eran temores.

—Todo saldrá muy bien —dijo Jim, tranquilizándola.

Y apagó el cigarrillo.

—Debo parecerte una pesadilla, Jim. Sólo te traigo molestias y quejas.

—Eres una mujer maravillosa, Gladys —dijo Jim, con voz que le temblaba de emoción, y luego se interrumpió, avergonzado de haber hablado en esa forma.

Gladys se quedó asombrada por su tono de voz y profundamente contenta. Jamás le había hablado Jim en esa forma. Se echó en sus brazos y a los pocos minutos se quedó dormida. Jim la sostuvo hasta que le dolieron tanto los brazos que no pudo soportar más, entonces se separó lentamente de ella. Gladys siguió durmiendo, mientras Jim se quedó mirando el techo.

Jim deseó fervorosamente dormir. No quería estar nervioso al día siguiente, que ya de por sí se presentaba difícil. Se volvió hacia la derecha y después de largo rato logró conciliar el sueño.

Algún tiempo después, gimió y se despertó a medias, bañado en sudor. Otra vez aquel maldito sueño, más terrible que nunca. Aquella vez, viejo como era Jim Rodney, estaban llevándolo al patíbulo por haber cometido un crimen pasional particularmente horrendo. Podía ver las pálidas y asustadas caras de los espectadores que contemplaban, atemorizados, la escena...

—¡No! —exclamó Jim confuso y tan agitado que temblaba en la cama—. No fui

yo. ¿Cómo habría podido?...

Al rato estaba ya del todo despierto y ardiente de vergüenza. Miró a Gladys para ver si su exclamación de miedo la había despertado, pero vio que su esposa dormía apaciblemente.

—Pronto —pensó Jim— se acabará todo esto. No sé quién dispone lo que le ocurre a la gente, y no sé si ha dispuesto eso para mí, pero si así es, tendrá una gran sorpresa.

A los pocos minutos dormía tranquilamente.

Shake había puesto en marcha el automóvil varias veces, pero Gladys lo había hecho detener. No podía dejar solo a Jim.

—Por favor, querida —dijo por último Jim—. Vete. Estás haciéndome perder tiempo. Te veré dentro de uno o dos días. No te preocupes.

Gladys se le abrazó y lo besó varias veces, y cuando Shake, que también estaba llorando, arrancó con el automóvil, Jim echó una última mirada al pálido y lloroso rostro de Gladys apoyado en la ventanilla. Se sentía muy mal. Toda su decisión lo abandonó por un instante. Quiso detener un taxi y alcanzar a Gladys. Podían volver a México. ¡Qué diablos! Todo era mejor que aquello. Pero por último logró dominarse y, volviéndose rápidamente, entró en el café El Buque. El camarero le echó una rápida mirada y bajó los ojos de un modo que intrigó a Jim. ¿Le habría reconocido? Era posible. De todos modos, no tenía mucha importancia. Según Johnny, el irlandés era un hombre recto; no era de aquellos que llaman a la policía.

—Whisky y soda —dijo Jim—. ¿Quiere llevármelo a una mesa? Voy a hablar por teléfono.

—Sí, señor —dijo el camarero con impersonal cortesía, pero en cuanto Jim hubo desaparecido en una casilla telefónica, se lanzó hacia el teléfono de la casa y, nervioso, hizo una llamada.

A Jim le costó un poco de trabajo conseguir a la señorita Evans en el Marwood. La solterona se mostró terriblemente confundida en un primer momento.

—Habla Lloyd —dijo Jim.

—¿Quién? ¿Quién? No será el señor Lloyd que...

—Sí, soy yo. Escúcheme. Tengo entendido que mi esposa llegará al hotel en media hora más o menos. Por favor, cuídela usted. Lo necesitará.

—Sí, señor Lloyd... Haré... Haré lo que pueda —dijo la señorita Evans, mortalmente asustada.

—¿Recuerda usted aquella noche que regresé tarde, cuando usted se ocupó de ella? A eso me refiero.

—Sí, señor Lloyd. Confíe usted en mí.

—Un millón de gracias —dijo Jim y cortó la comunicación.

Hizo otra llamada que tardó un poco, y luego se sentó a la mesa en que el camarero le había servido el whisky. Estaba asombrado de lo tranquilo e indiferente que se sentía. Aquello le demostraba algo. Estaba haciendo lo que debía, aquello que, de un modo u otro, había estado tratando de hacer desde que lo perdiera todo en Florida. Bebió su whisky e hizo que el camarero le llevara otro.

Mientras transcurría el tiempo, Jim se sintió cada vez más satisfecho. De vez en cuando, miraba el reloj, mas sin impaciencia, y al rato encendió un cigarrillo y pidió otro whisky. Tenía la sensación de que el camarero estaba vigilándolo, y miró irónicamente al enorme irlandés, pero en realidad la cosa no tenía importancia.

Empezó a beber su tercer whisky. De pronto, se puso alerta. Se abrió la puerta... Pero en seguida se tranquilizó.

Un hombrecillo de gafas entró con una enorme rubia de boca grande. Se sentaron ante el mostrador. La rubia llamaba a su acompañante «papá», con voz azucarada, y se dio la vuelta para mirar a Jim, que estaba deseando que terminaran de beber y se fueran, cosa que hicieron, principalmente porque «papá», a pesar de su cortedad de vista, había empezado a advertir que su rubia amiga estaba coqueteando con Jim.

Cuando hubieron salido, Jim gruñó para sí:

—No es extraño que Gladys me observara tanto en un principio. Ésa es la clase de mujeres a que estoy acostumbrado, sólo que las mías eran más bonitas.

El aire estaba poniéndose pesado, y Jim abrió la ventana a cuyo lado estaba. Hacía un día hermoso. El sol brillaba en un cielo casi sin nubes, y un fuerte viento fresco soplaba desde el mar, llevando un agradable olor a agua salada. Unas gaviotas volaban sobre la lejana playa, y sus chillidos se oían débilmente por encima del ruido de las aguas. A lo lejos, la luz del sol brillaba sobre las azuladas y verdosas aguas, en que un buque guardacostas navegaba lentamente hacia el Sur, hacia San Pedro.

Jim observó perezosamente el buque, y de pronto se volvió en la silla, sobresaltado. En el marco de la puerta estaba Johnny, pálido y descompuesto. El camarero lo miró y luego señaló a Jim con el pulgar. Entonces Jim comprendió; el camarero había sido pagado para vigilarlo y avisar a Johnny. Pero ¿qué pretendía Johnny al encontrarse con él así?

El abogadillo vaciló largo rato, y, como Jim no daba muestra de conocerlo, se dirigió lentamente hacia la mesa y se sentó. El camarero, vigilando a Jim, se acercó con un whisky puro.

—Gracias —dijo Johnny, mirándolo, agradecido—. Lo necesito.

El camarero le hizo un guiño y se volvió detrás del mostrador, después de lo cual se quedó en seguida absorto en la lectura de un diario. Johnny bebió su whisky y se estremeció. Jim no dijo nada. La aparición de Johnny era demasiado inesperada e inoportuna, y no sabía qué hacer ni qué decir. Cosa extraña, no sentía animosidad para con él.

—Jim —dijo el abogadillo—. He estado tratando de encontrarte desde que terminaste con Doc.

—¿Por qué?

—¡Cómo que por qué! —exclamó Johnny, a quien la nerviosidad se le había convertido en fastidio—. ¡Y me preguntas por qué! ¿No soy tu abogado? Y tengo tu dinero.

—Estás loco... Lo que pasa es que estás loco.

—Casi tienes razón. Estaba loco. Pero desperté.

—¿Dónde está Tony?

—La última vez que oí de ella estaba en el Biltmore. Jim, en cuanto leí la noticia del tiroteo abandoné a Tony. Te juro por Dios que no puedo creer que yo haya hecho

cosa semejante. ¡Huir de ti de ese modo llevándome tu dinero!

Johnny se tapó la cara con las manos y sollozó. Jim vio las lágrimas que le corrían por entre los dedos.

—¡No seas imbécil! —dijo Jim con ansiedad—. Se necesitaba valor para entrar como lo hiciste tú... Ahora lo echas a perder.

Johnny hizo un gran esfuerzo por dominarse.

—No he dormido dos horas seguidas desde hace más de tres semanas —dijo Johnny—. Estoy rendido. ¿Qué es eso de secuestrar a aquella mujer?

—Me la llevé conmigo. Quiso venir. Hemos estado ocultándonos en México.

—¿Y qué estás haciendo aquí? Las cosas están muy serias para ti.

—Es que ella no podía resistirlo.

—Es que ella no podía resistirlo... —repitió Johnny, indignado e incapaz de seguir hablando—. Espera. ¿Quién de los dos está loco?

—Mira, Johnny, hazme un favor. Sal de aquí. Tengo que atender un negocio y no quiero que me echés todo a perder.

—No me iré hasta que hayamos comentado las cosas. Al entrar aquí me figuré que me recibirías a balazos, de modo que comprenderás que ya no me asustas.

Jim cambió de posición en la silla, nervioso.

—No tenemos nada de qué hablar. Todo está resuelto. ¡Vete!

—He oído decir que Lonergan está atendiendo tus asuntos. ¿Es cierto?

—Sí.

—Mira, Jim. ¿Qué te pasa? Lonergan no tiene influencia alguna.

—Es el único que tenía a mano.

—No es que pueda ayudarte ahora mismo, pues nadie podría. Pero con el dinero tuyo que tengo y un par de sobornos quizá lo pueda más adelante. Vuelve a México. Ocúltate. Déjame que me ocupe de todo. Es posible que logremos sobornar a alguien en el tribunal, si te portas bien y te entregas voluntariamente... ya conoces el viejo sistema. Algún juez hasta te dejará alegar inocencia en el proceso por homicidio.

—¿Hacer qué? No alegaré nada. ¿Crees que voy a ir a la cárcel? ¿A mi edad? Saldría hecho un viejo.

—Pero ¡por Dios, Jim! Esto es serio. Sé que nunca fuiste a la cárcel. Sé que has solucionado todo cuanto se te ha presentado; que nunca has ido ante un tribunal. Pero esto es otra cosa. Es homicidio. No se puede andar matando gente y luego comprar al juez. Se razonable.

—¿Crees que sería condenado?

—Naturalmente.

—Es lo que me figuraba.

Johnny estudió a Jim, que se quedó mirando su copa vacía.

—Dime, ¿qué ha sido de ti? —le preguntó Johnny—. Creí que Clancy se había equivocado en el primer momento. ¿Te disfrazaste, eh?

—Más o menos. Mira, Johnny. Vete, ¿quieres? Tengo una cita. Estás perdiendo el

tiempo. No voy a ocultarme ni a pasarme la vida prófugo, ni voy a comparecer ante el tribunal. Saca pues tus consecuencias.

—No te comprendo.

—Pues llévate el problema a tu casa. Siéntate tranquilo y ponte a resolverlo.

De pronto Johnny miró astutamente a Jim, que pudo ver que el abogadillo sentía una sospecha.

—Siempre creí que estabas bromeando —dijo Johnny.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de que estabas cansado. Recuerdo el primer día que pasamos aquí. Estabas de muy mal humor. Yo creí que habías estado bebiendo demasiado.

—Desde que salí de Florida nunca he llegado a ser el de antes. Y nunca volveré a serlo. Es imposible. Conque, ¿quieres irte a tu casa y dejarme en paz?

Johnny miró a Jim fijamente durante largo rato, después de lo cual se volvió, hizo un rápido movimiento y apuntó a Jim con una pequeña pistola automática. Jim miró al camarero; Johnny estaba de espaldas a él y el hombre no había visto nada.

—Vas a salir de aquí y acompañarme a casa. Si alguien te mata, seré yo.

Jim se quedó inmóvil por un rato, mirando a Johnny, cuya mirada empezó a flaquear. En un momento, Jim le quitó la pistola de la mano.

—Johnny, hazme un favor. Vete a casa. El tiempo vuela.

Johnny estaba horrorizado por lo que presentía que iba a pasar.

—Pero, Jim, piénsalo. Además, ésa no es la forma de hacer las cosas. ¡Por Dios, Jim!

—He estado pensándolo desde hace meses —dijo Jim—. Y aquí me tienes.

En cuanto Jim terminó de hablar, dos corpulentos agentes de policía de Los Angeles aparecieron en el marco de la puerta. Johnny se volvió y los miró. Luego exclamó:

—Aquí está. Aquí, detrás de mí.

Y agarrando el borde de la mesa, se colocó entre Jim y los policías.

—Vamos, Lloyd —dijo uno de los policías, que tenía un cuello de toro y rostro rubicundo—. Levántate. Tienes una cita en la ciudad.

De pronto, Jim perdió el valor. Quizá la histeria de Johnny lo afectó, o quizá la tensión del internado en México le hubiera disminuido la fuerza de voluntad; quizá fuera también el miedo animal a la muerte, temor muy fuerte en un hombre de tanta salud como él. Se puso en pie tambaleándose, pálido el rostro y agitado el corazón.

El mundo se le había reducido al tamaño de un café de tercer orden, y nadie había en el mundo salvo él y esos dos agentes de policía. Todo a su alrededor parecía irreal como una pesadilla, aunque muy claro. Vio el reflejo del cielo en el espejo del mostrador; por él pasó volando una gaviota. Vio los botones que llevaban los policías en sus azules guerreras y advirtió que uno de los agentes estaba masticando un palillo cuyo extremo estaba ligeramente astillado.

Todo su ser habría querido ceder y entregarse. Pero de pronto se le presentó el

recuerdo de Tim Rodney, aquel viejo asqueroso con cataratas. Luego se vio a sí mismo, en un día frío y gris, una mañana de invierno; las lúgubres puertas de la prisión se abrían para dejarlo pasar envejecido, de cabello blanco, encorvado, debilitado por el encierro y la comida de la prisión, llorosos los ojos, arrugado el rostro y vacilante el paso; sin dientes, con unas gafas sobre la nariz, vestido con las miserables ropas que le dieran en la prisión y con cinco dólares apenas en el bolsillo. Los niños en la calle, aquellos niños de caras sucias se reírían de él, las mujeres gordas, desaliñadas y malolientes se considerarían demasiado para él; mucha suerte tendría si lograba conseguir un miserable empleo de vendedor de diarios; en caso contrario, la mendicidad: «¡Una moneda, señor! No he comido en todo el día». Dormir en inmundos hospedajes, ser arrestado a cada momento por corpulentos policías por vagancia, por esos policías que no se andaban con paños calientes para tratar a un pobre infeliz que no podía darles nada...

... ¡NO!

Y con repentino movimiento, Jim empujó a Johnny y sacó su pistola. Los policías se vieron tan sorprendidos que se echaron hacia atrás, palideciendo, y tratando de sacar sus armas. La forma de la guerreras los molestaba para actuar.

Johnny, impulsado por el poderoso empujón, había dado en el mostrador y se había caído al suelo. Acababa de levantarse sobre sus rodillas cuando Jim hizo fuego. El tiro fue alto, muy alto, y rompió un espejo al lado de la puerta. Los agentes de policía aún estaban tratando de sacar sus armas. Jim volvió a hacer fuego. Aquella vez también el tiro fue muy alto; rebotó y dio en el mostrador con agudo sonido.

Entonces ambos policías hicieron fuego a un tiempo. Jim dejó caer su arma y dio unos pasos hacia adelante, tambaleándose. Uno de los policías volvió a hacer fuego.

—¡Basta, bruto! —grito Johnny, frenético.

Quiso abalanzarse contra los policías, pero Clancy lo cogió por detrás y lo sostuvo.

Los policías, pálidos aún, se quedaron mirando a Jim, que había caído boca abajo y estaba moribundo, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro. Ambos policías sacaron los pañuelos, se echaron las gorras hacia atrás y se secaron la frente.

—Suerte que era mal tirador —dijo el de cuello de toro, con forzada sonrisa.

Johnny le contestó despreciativamente:

—Habría podido descoseros los botones a tiros si hubiera querido.

Los policías se miraron, y el que tenía en la boca el palillo le dijo a Johnny:

—¿Qué le pasa, señor? Usted lo denunció, ¿no es cierto?

—Yo no fui. Soy su abogado.

—¡Oh! —exclamó el policía—. ¿Un abogado? Muy bien.

Luego se volvió hacia su compañero.

—Llama al juez de instrucción, Chuck. Ya falta poco.

Jim empezó a mover la cabeza con lentitud cada vez mayor. Había vuelto a San Gorgonio. Estaba poniéndose el sol; al Oeste, el cielo era color rojo sangre; las calles

aún estaban calurosas, pero una fresca brisa empezaba a soplar del este. Estaba cenando con Gladys en el patio del hotel, donde brotaba una fuente y donde un mexicano de entristecido rostro tocaba una guitarra mientras una muchacha de triste expresión, también, cantaba plañideramente un amor no correspondido. Gladys decía:

—Vi este lugar en sueños hace años. Sinceramente. Jim...

... Johnny se volvió, y, apoyándose en el mostrador se echó a llorar. La cabeza de Jim había quedado inmóvil.

El agente de policía que llevaba el palillo en la boca se dirigió al mostrador, secándose aún la frente.

—¡Dios mío, qué calor hace! —le dijo a Clancy—. ¿Nos sirves una cerveza... a cargo de la casa?

Era una tarde de domingo y el pequeño cafetín de Los Angeles estaba abarrotado de gente. La pianola había estado funcionando desde la una, tocando continuamente las mismas viejas canciones. Afuera, una lluvia de enero estaba empapando las calles y ahuyentando a la gente, que se apresuraba a buscar refugio en los portales.

Shake, vestido con un vistoso traje nuevo, estaba sentado ante un par de mendigos que estaban escuchando con mucha cortesía y condescendencia a ese señor que les invitaba con un trago tras otro.

—... Y yo soy el único que sabe en realidad la verdad del asunto, ¿sabéis? Estuve en él desde un principio hasta el fin. Fue una de aquellas cosas divinas que se vienen abajo. A todos les viene un disgusto de un modo u otro. Fue como si el destino hubiera intervenido para decir que no debieron hacer eso y que iban a sufrir por ello...

Shake un tanto bebido, estaba exagerando un poco, y los mendigos se miraron como diciendo: «¡Oh, aguantémoslo por su dinero!».

—... Fue el hombre aquél, muerto en Santa Mónica. Quizás hayáis oído hablar de él.

—Sí —dijo uno de los mendigos—. Recuerdo el asunto.

Y levantó su vaso vacío y lo miró cuidadosamente.

—¿Quieres tomar otro?

—Sí, gracias.

Shake llamó al camarero.

—Otra ronda —dijo, sonriendo, para volverse hacia sus «amigos»—. Jim había matado a Doc unas semanas antes.

—Sí —dijo uno de los mendigos—. Lo recuerdo.

—Pues bien —dijo Shake, acalorándose con su tema—. Doyle, el abogado, se dio a la bebida y se vino abajo; ahora está en un sanatorio siguiendo un tratamiento. Windy está en la cárcel allá en San Francisco. Claro está que nada tuvo que ver con este asunto... pero nos salimos de la cuestión. Soy el único que no ha tenido que rendir cuentas. Hasta el pobre viejo Pop Gruber murió... y maldito si sé quién tiene su dinero.

El camarero se presentó con las bebidas y Shake le dio una espléndida propina.

—Pues, señor —le dijo uno de los mendigos—. Muy rara vez le es dado a un individuo encontrarse con un caballero tan amable y generoso como usted.

Shake sonrió, sintiéndose un verdadero hombre de negocios. Luego se volvió y señaló a una parte del cafetín, a la mesa al lado de la ventana, a la izquierda de la entrada.

—Pop siempre solía sentarse a esa mesa cuando venía a tomar un trago después de recorrer la ciudad.

Uno de los mendigos levantó su vaso en dirección a la mesa que Shake había

indicado.

—¡A la salud del viejo Pop! —dijo.

Y entonces intervino otro de los mendigos, que hasta entonces se había quedado callado:

—¿Y a aquella señora, qué le paso? A ella no le tocó sufrir consecuencia alguna en ese asunto. Y aunque le hubiera tocado algo, ¿qué importancia hubiera tenido? Dadme un millón de dólares y estoy presto a sufrir cuanto sea necesario.

—No sé qué fue de ella —dijo Shake, repentinamente entristecido—. Pero era una excelente mujer... Toda una señora. Reclamó el cuerpo de Jim y le dio sepultura.

—Debía ser una mujer muy extraña —dijo uno de los mendigos, meneando la cabeza—. ¡Enamorarse así de un individuo que la había tratado de ese modo!

Shake suspiró. De pronto, de puro ebrio que estaba, sintió un incontenible deseo de llorar, y, levantándose bruscamente, echó a andar hacia el excusado. A mitad del camino, se volvió:

—¿Me disculpáis un momento? —dijo—. Pedid otra ronda si queréis.

Los mendigos se miraron entre sí y se encogieron de hombros como diciendo: «¿Por qué no?».



JOHN
GARFIELD
GERALDINE
FITZGERALD

Warners'

**"Nobody
Lives
Forever"**

WITH
WALTER BRENNAN • **FAYE EMERSON**
GEORGE COULOURIS • GEORGE TOBIAS

ORIGINAL SCREEN PLAY BY W. R. BURNETT
MUSIC BY RUDOLF DEUTSCH
A WARNER BROS. FIRST NATIONAL PICTURE
DIRECTED BY **JEAN NEGULESCO**



WILLIAM RILEY BURNETT, nacido a fin de siglo en Ohio, es uno de los grandes innovadores de la literatura policíaca norteamericana. La edición en 1929 de *El pequeño César*, abrirá las puertas a una literatura del mundo gangsteril visto desde su interior, sin baratos maniqueísmos ni moralismo liberal burgués de tercera.

Sus narraciones del bajo mundo de Chicago, su descripción del territorio fronterizo entre las fuerzas policíacas y el crimen organizado, su información sobre las presiones sociales, el *status* del gángster, el reconocimiento de la sociedad las telas de araña que unen a los grandes capitalistas y los nuevos barones del crimen, hacen de la literatura de Burnett una de las más ácidos del período.

La producción literaria de Burnett se desarrolla a lo largo de los años 30 y los 40 cuando escribe *El último refugio* y *La jungla de asfalto* (1949).

Tras haberse dedicado al cine, donde varias de sus historias se convierten en espectaculares éxitos de pantalla, Burnett regresa en 1981 con *Adiós Chicago* a sus temas literarios favoritos; la depresión y el gangsterismo organizado.